

ALTAZOR

Edwin Madrid

El tigre de los años

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA
ALTAZOR

El tigre de los años

Edwin Madrid

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

El tigre de los años
© Edwin Madrid

Fotografía de portada
Eduardo Guerra

Montaje de portada
Carolina Marcano

Diagramación
Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización
El Silencio, Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 0212) 485 0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal Nº DC2026000486
ISBN 978-980-01-2618-9

LA NOVELA DE MI POESÍA
(2022)

Mi madre murió en noviembre del 2019, la despedimos con actos sencillos. Pasaba el duelo recordando varios momentos de mi vida junto a ella cuando se declaró al Ecuador en cuarentena total. Ese tiempo de encierro me hizo reaccionar para escribir sobre mis recuerdos, sin dejar de sentir que un fantasma rondaba por el mundo.

QUITO, ABRIL DE 2020

MI MADRE DE PASEO

Con la muerte de mi padre
fue como si, al mismo tiempo,
se hubiera apagado y encendido la luz
de la habitación donde me hallaba. Luego,
salí y continúe con mi vida. Pero, la noticia
de la muerte de mi madre,
fue un rayo en la cabeza
atravesándome las plantas de los pies
y esparciéndose por la tierra.
Me dejó mudo incontables segundos
con titilantes imágenes cruzándome con velocidad.

Nunca pude llevarla al mar,
verla por la playa,
las olas mojando sus pies,
detenida en la contemplación del océano
y el cabello alborotado en la brisa.

No realizamos ese paseo. Una linda
idea que vivió conmigo:

Beso del cielo con el agua.
Niño frente al horizonte con mano apretada
como si agarrara la mano de su madre.

Ella me envió al primer paseo escolar. Yo tenía 7 años.
Desde entonces, fui por mares del mundo. Nunca procuré
un tiempo y recorrer 10-12 horas hasta llegar al mar.
Tampoco es importante si lo conoció o no.
Es esta orfandad que me desparrama.

MI PRIMERA MAESTRA

La boca del monstruo
la escupía hacia sus orillas, pero
con uñas y dientes se aferró
hasta instalarse en la gran ciudad.
Fue cocinera, lavandera, criada.
Luego, vinieron los hijos
uno tras otro. Nunca se casó.

La recuerdo restregando sus manos
sobre la piedra de lavar, me imaginaba
que, al terminar las montañas de ropa,
se quedaría sin dedos.

Hacía malabares: de una papa sacaba sopa caliente;
de un plátano creaba seis desayunos.

Para mí era una leona que salía de la casa
y cuando regresaba traía una presa consigo,
sobre la que nos precipitábamos
a saciar el hambre del mundo.

Desde luego, era una vida salvaje:
cinco cachorros abandonados en el barrio.
Había que salvarse a trompadas o ingenio.

A su tiempo, a cada uno, nos aconsejó.
«Si un niño te golpea, no te pongas a llorar, debes responderle».
Ella fue mi primera maestra.

LAVANDERÍA MUNICIPAL

Una vieja casona que tenía un techo de teja, bajo del cual había
dos filas con ocho o diez piedras de lavar, frente a frente
como para que las comadres lavaran mientras conversaban.
[A un costado,
duchas, cuartos con claraboyas que dejaban
entrar al sol directo al chorro de agua. Algunas veces
nos bañábamos allí, agua que engarrotaba las manos,
castigo para quienes no podíamos pagar agua caliente.
Había un gran patio con cordeles para colgar la ropa recién lavada.
Mamá levantaba, a las cinco de la mañana, a mis dos hermanos
[mayores
para que vayan a obtener un turno, entregado por la portera
[cara de bruja.
No se podía disponer de las piedras cuando uno quería o tenía
[tiempo,
eran públicas y se las disputaban los pobres
para lavar, hasta que la bruja los echaba.
Mi madre parecía disfrutar su trabajo, tenía un grupo de amigas
y festejaba cada ocurrencia de ellas.
Cuando Ed y yo la acompañábamos, nuestra tarea,
si ya no cabía una prenda más en los cordeles, consistía en
[acarrear
la ropa lavada a un potrero cercano y extenderla para que se
[secara.
Con él pastábamos esa ropa horas de horas,

mientras el sol oscilaba entre esconderse y salir.
Así pasábamos dando vuelta a los pantalones, sábanas,
[camisas, calzoncitos,
manteles, colchas, etc., para que se secaran de todos lados.
Un lujo de lavado y secado para los que podían pagar centavos.

MI MADRE Y EL TIEMPO

Mamá murió a los 95 años.
Nunca se casó.
Tal vez por eso vivió tanto.

MI SEGUNDA MAESTRA

Un día nos entregó dos tinas con ropa; la grande la cargaría yo, que tenía siete años, y la más pequeña Ed, quien tenía cinco. Ella, mirándome, dijo que deberíamos llevarlas a la casa tal, tal color, tal número, de fulana de tal, imposible perderse. Efectivamente, al tocar el timbre salió una señora ni joven ni vieja, bonita, tez blanca, ojos negros como su pelo ondulado; sonrió y nos hizo pasar, nos preguntó el nombre; mamá también dijo que era buena gente. Terminó de colgar la ropa en su patio, recogimos las tinas y dijimos que debíamos traerle más, sonrió, nos llevó a la cocina y preparó unos riquísimos sánduches.

Al segundo viaje nos preguntó si íbamos a la escuela. Dije que no, mi hermano me miró como diciéndome: cierra la boca. Enseguida quiso saber la edad. Ed respondió al instante: yo cinco y él seis, lo asentí diciendo que mis otros hermanos sí iban a la escuela. La señora abrió más sus ojos exclamando: ¡No puede ser! Ustedes también tienen que ir, son niños listos. Hoy mismo hablaré con la Anita. Mi madre se llamaba Ana María Francisca.

Esa noche, después de que todos tomamos un jarro de agua de hierbaluisa con pan, y nos disponíamos a dormir, mamá nos abrazó a Ed y a mí, y dijo que se había puesto de acuerdo con la señora que conocimos ese día para que desde el lunes fuéramos a la escuela, que ella misma nos recibiría porque era una de las maestras.

Nunca voy a olvidar mi primer día de clases, estaba tan nervioso y tan contento como si hubiera ido a jugar la final del

campeonato de unas de las mejores ligas de fútbol. Mi maestra, la señorita Grimanesa de Murgueitio, nos dio la bienvenida, nos presentó al resto de alumnas y alumnos, nosotros llegábamos meses atrasados, a Ed le dejó en las primeras bancas y a mí casi al final del aula.

Cuando tocó la campana del recreo hizo que me quedara, me sentó en su escritorio frente a un libro abierto en el que había dibujos con sus nombres debajo. Vamos a ver qué tal estás con la lectura, dijo sentándose a mi lado, el corazón quería salirme por la boca. No tengas miedo, estás aquí para aprender, y puso su dedo en un limón. ¿Qué dice aquí?, con cierto temor respondí: li-món. Puso el dedo en una mesa, preguntó y dije: me-sa; luego tapó la figura de lo que creí un árbol y solo dejó su nombre, y aquí, ¿qué dice? Se dio cuenta de que no sabía nada, absolutamente nada, casi me orino y sentí mareos. No te preocupes, dijo, ya aprenderás. Se colocó detrás de mí, dio vuelta a las páginas del libro hasta encontrar las hojas que tenían palabras al inicio y el resto había que rellenarlas, me pidió que escribiera una de esas palabras hasta el final de la plana. Creo que sudaba intentando dibujar las letras; entonces, desde atrás me tomó la mano, dijo, déjala suelta, acomodó el lápiz entre mis dedos y me guio. Fue como si una nube tibia y fragante me envolviera, sentí emoción, dicha, cariño, gratitud, libertad, mientras la maestra escribía con mi mano. Pienso que a ese acto de verdadera vocación y entrega le debo mi afición por la escritura.

Los seis años de escuela fui un niño muy feliz, aprendí mucho, era tan disciplinado y estudioso que, después de clases, llegaba a la casa, me cambiaba de ropa, almorzaba y me ponía a hacer los deberes, solo cuando terminaba salía a jugar en

la calle. Al finalizar los años, las maestras se quedaban con mis cuadernos, tan bien llevados con letra impecable e ilustraciones. Durante la escuela tuve tres maestras y un maestro: la mágica señorita Grimanesa, desde que tapó el dibujo de una rama y yo dije árbol, hasta segundo grado, en tercero otra maestra, en cuarto un maestro, y quinto y sexto grado la señorita Mariana.

CUMPLEAÑOS

Mamá murió un 7 de noviembre,
yo cumplo años el 8 de noviembre.
Ella vive en mi cumpleaños,
moriremos los dos.

DIBUJO DE UNA RAMA

Una semilla no es una hoja,
una hoja no es una rama,
una rama no es un árbol,
un árbol no es un bosque,
un bosque son miles y miles
de hombres y mujeres talados.

LA ESCUELITA FISCAL MIXTA

No sé cómo pudo hacer mamá para tenernos a todos en la escuela. Sola, dependiendo de un trabajo precario, seguramente hacía malabares, esos que, de niño, me tenía acostumbrado a mirar: multiplicar el pan o curar nuestras heridas con agüitas de hierbas. Cuando Ed y yo ingresamos, solo mi hermano mayor había dejado la primaria. Todas las mañanas íbamos cuatro. Veo a mi madre bordando los nombres de cada uno en los mandiles, nos compraba las cosas una talla o dos más grande, con la creencia de que podríamos utilizarlas más tiempo. A mí los zapatos no me duraban, siempre andaba con zapatos rotos o parchados. Era una fiesta cuando nos llevaba al centro de la ciudad, de compras. Subía al bus tomado de su mano, me repetía: ¡Por nada del mundo me sueltes! Una vez, me compró unos zapatos negros de charol, muy lindos, parecían de bailar tango. Me recomendó usarlos los lunes, con el uniforme de la escuela. Desde entonces, después de clases me cambiaba de ropa y de zapatos.

La Escuela Fiscal Mixta República Argentina es un recuerdo que me hace creer aún que otro mundo es posible. Estaba a cuatro cuadras de donde vivíamos: una gran casa de corte colonial con paredes gruesas de adobe, grandes ventanales y columnas de madera en los amplios pasillos, tenía dos pisos y un patio que se llenaba de niñas y niños los lunes, que era obligatorio cantar el himno nacional y el de la escuela que era el himno nacional de Argentina. Solo ese día nos poníamos

el uniforme de parada: zapatos negros, pantalón azul de casimir, saco azul de lana con una franja en el pecho de dos líneas celestes y una blanca en el medio, como la bandera argentina, y camisa blanca. Las niñas llevaban faldas plisadas. Desde primer grado también recibimos clases de inglés, costura y manualidades. Teníamos profesor de canto, un viejo calvo con cara de muerto que nos caía a reglazos en la cabeza si desentonabas, y un profesor de educación física, flaco como un fideo, a quien llamábamos Tribilín, quien para empezar su clase nos hacía trotar alrededor de la manzana de la escuela.

En los recreos las niñas se quedaban en el patio interior y los demás salíamos al parque del barrio, junto a la escuela. Había una bellísima cancha de fútbol en la que jugué partidos memorables, pero también en la que rompí los zapatos de charol que mi madre compró con sacrificio. Ese día regresé a la casa con miedo, nos pusimos de acuerdo con Ed para que se adelantara y me avisara si mamá estaba en casa o no, si no estaba, llegaría corriendo a esconder los zapatos.

Pasaron dos semanas y mi madre descubrió los zapatos rotos, entonces me azotó con el alambre de la plancha de ropa. No pude escapar, siempre que me iba a castigar salía corriendo y volvía cuando ella ya no estaba en casa. A su regreso, por la noche, le habían pasado las iras y solo me hablaba. Esa vez me dejó unas vetas marcadas en el culo y en la espalda, que parecían del cuerpo de Cristo. Este episodio es de cuarto grado, cuando tuve un profesor, de cuyo nombre no me quiero acordar, a él le gustaba más que enseñar, experimentar con los alumnos, si queríamos salir a jugar nos lo permitía todo el tiempo. Un día me trincó peleando con un compañero, nos pasó adelante y pidió explicaciones, el otro niño, entre sollozos, dijo que

avisaría a su hermano de sexto grado para que me diera duro. Respondí que no tenía miedo. El profesor me miró y dijo: Entonces por qué no se pegan ahora. Le mandó a mi compañero a traer a su hermano. Mientras, hizo retirar los pupitres de las primeras filas y cuando llegó el de sexto, nos hizo cuadrar frente a frente y a la voz de tres empezamos a golpearnos ante la expectativa y bulla del resto de niños y niñas. Cómo puedo decir, ¡me sacó la puta!, pero no lloré y me defendí hasta que la inobjetable sabiduría del profesor dijo: ¡Se acabó!

Creo que fue una pelea de gallos aleteando y girando, dándose contra la pizarra o contra los pupitres, mientras ciertos picotazos llegaban al rostro haciéndonos sangrar ante la exaltación del público que había hecho correr apuestas y la sublime complacencia de mi profesor de cuarto grado.

Pero amo mi paso escolar por mis maestras. Ellas me guiaron en el sentido que latía mi corazón por entonces. Yo tenía sed de aprender y allí descubrí el placer de escribir. Había un periódico mural que las profesoras llenaban con los mejores y más bonitos trabajos. Teníamos una materia que se llamaba Redacción, y en esas clases debíamos escribir sobre Navidad, Día de la Madre, la batalla de Pichincha, vacaciones, Día de los Muertos, o cualquier título que la maestra propusiera. Yo elaboraba versiones propias del tema que fuera, la mayoría del grado copiaba de los libros, y casi siempre mis redacciones eran exhibidas en ese mural, incluso poemas. Me gustaba escribir y no recitar. Sufría los lunes en el Minuto Cívico: después de entonar el himno nacional, se hacía una exaltación de estas fechas y pasaban alumnos y alumnas. Mi señorita quería que yo pasara a decir mis redacciones, tenía pavor de situarme frente a todos y recitar. Era muy tímido, hasta ahora me cuesta leer

en público. En la escuela odiaba las declamaciones grandilocuentes, exacerbadas. Hoy, cuando veo y escucho a un poeta recitar así, sé que es un tipo del que debo cuidarme para que no me contagie esa cursilería. De la escuela también es mi primer poema de amor.

En quinto y sexto grado, la señorita Mariana, maestra inspiradora, hizo que compráramos una colección de los clásicos en versión juvenil, es decir, que tenían ilustraciones como las historietas. Cada alumno debía tener un libro. Le obligué a mi madre a comprar *Simbad el Marino*, otros llevaron: *El Lazarillo de Tormes*, *La Celestina*, *El Cid Campeador*, y así teníamos como treinta libros y cada semana los intercambiamos, hasta terminar de leer toda la colección. La maestra enviaba una esquela a los padres para que controlaran la lectura en casa. Pero el poema de amor no lo hice para esta maestra, sino para una niña de sexto grado de la cual estaba enamorado, solo que su madre leyó mi poema y llegó a la escuela a increpar mi amor por su hija como una de las aberraciones de un niño loco. Cuando se enteró mi madre y me preguntó, le conté que esa niña no me hacía caso. Desde entonces, escribo poesía por venganza.

GALLO DE PELEA

Un gallo que si lo topas
comienza la pelea hasta matarte.
Una muerte en el bullicioso abandono.

PRIMERAS LECTURAS

Ocupábamos un cuarto y una cocina ubicados al final de la casa, debajo de unas gradas por las que se iba a un segundo piso en el que habitaban otras familias. La puerta de calle era de madera y tenía un zaguán de quince o veinte metros de largo que de noche eran metros infernales como la oscuridad de cuervo. Yo no lo podía cruzar, me ponía a gritar para que saliera uno de mis hermanos. La mayoría de las veces aprovechaba el destello de un auto atravesando la calle para correr despavorido y llegar al cuarto. Como esto conocían mis hermanos, a veces, uno de ellos se escondía en el zaguán y fingía la voz de un demonio, yo lloraba de miedo llamando a mamá.

El cuarto que ocupábamos era grande, teníamos tres camas, una donde dormía mi madre con mi hermana, otra para mi hermano Gus, Ed y yo, y una tercera solo para el mayor de todos.

Cuando se apagaba la luz para dormir, mi madre encendía un radio de pilas chiquito que teníamos sobre una mesa a su lado. Todos hacíamos silencio y ella sintonizaba las radionovelas que escuchábamos hasta quedarnos dormidos. Eran series de radioteatro mexicano que para mí pasaban como películas dentro de mi cabeza, las esperábamos noche tras noche. Cuando uno de nosotros se había dormido antes de que terminara, al siguiente día le pedía a mamá que le contara en qué se había quedado ese capítulo. Ella relataba cada detalle. A veces yo mentía y decía que me había dormido solo para escucharla.

Ciertas noches, cuando mi mamá apagaba la luz y no había radio porque se habían agotado las pilas, y tampoco había dinero para reemplazarlas, ella nos narraba historias de fantasmas y aparecidos, yo me agarraba de mi hermano en las partes más tenebrosas de esas leyendas. «La caja ronca», «El duende», «María Angula», «La viuda alegre», «El cura sin cabeza», desfilaban por la boca de mi madre mientras nosotros escuchábamos en silencio sepulcral. Nunca dije que tenía miedo porque mis hermanos las festejaban y a veces le pedían que contara tres o cuatro historias en la misma noche.

Mi mejor refugio para las historias fue la revistería que estaba en la misma calle de la casa, al lado del zapatero. Me gustaba quedarme a la entrada mirando las coloridas portadas que había en una estantería hecha de hilos sobre los que pendían; también las exhibían en unas piolas atravesadas de lado a lado del local agarradas con las pinzas de la ropa. Me gustaban, entre las que recuerdo, las de *Supermán*; *Kalimán*; *Memín Pinguín*; *El llanero solitario*; *Pluto*; *La pequeña Lulú*; *Hermelinda linda*; *Santo, el Enmascarado de Plata*. La revistería ponía un par de bancas en la vereda y, si uno alquilaba la revista, debía sentarse a leer allí. Esta modalidad tenía un precio y el doble, si se quería llevar a la casa. Me pasaba sentado hasta terminar de leerlas, pero la que siempre anhelaba llevarme a casa era *Estadio*, revista del fútbol nacional. Me pasaba ahorrando un mes para lograrlo, aunque a veces me cobraban multa por devolverla muy tarde, no me la podía quedar más de tres días. Sabía todo de fútbol, soñaba con convertirme en uno de los futbolistas de las fotos.

BLUE DEMON CONTRA EL FANTASMA

Un Fantasma ronda por el mundo,
causa fuertes estragos en Europa.
Blue Demon se prepara,
para recibirlo en tierras americanas.
El Fantasma viene desde China,
luchador implacable.
La prensa anuncia que ya pisó Estados Unidos.
El Demonio Azul, envuelto en su capa,
lo enfrenta en la Arena México, es una lucha incesante.
El Fantasma logra zafarse de una tijera
y lanza una patada voladora a diversas poblaciones mexicanas.
Blue Demon se sobrepone, le aplica un candado.
Cuando cree que lo tiene bajo control
el Fantasma reaparece, al mismo tiempo, en Ecuador y Brasil.

LA YE

Cuando era niño soñaba que me perdía en un bosque, sentía mucho miedo porque el anochecer estaba próximo.

De pronto aparecía una anciana pequeña con el rostro cruzado de líneas, llevaba sobre su espalda una carga de ramas tres veces más grande que ella, se detenía junto a mí y sin desprenderse de la leña me decía: Solo debes seguir caminando sin mirar, y cuando llegues a un punto en que el camino se divida en dos, no elijas el que tiene flores, frutos, y esté lleno de luz, sigue por el que es polvoriento, con grietas, riscos y amenaza de lluvia inminente. Así lo hacía y caminaba atravesando obstáculos, pero en cuanto salía del camino sentía un bienestar inmejorable, y a lo lejos veía de nuevo a la viejita con su bosque de leña en la espalda, entonces iba a su encuentro, al aproximarme cada vez más, me percataba de que se trataba de mi madre.

Después de unas semanas de su muerte volví a tener ese sueño, y cuando llegué a la «ye» del camino, me fijé que uno de los senderos tenía el letrero: *Quien vaya por aquí deje toda esperanza*.

A MANERA DE CHUANG-TZU

Un hombre sueña que un niño sueña
que su madre muere y se convierte en ángel.
Al despertar, el hombre no sabe si su madre murió
o es el ángel que lo acompaña desde niño.

MI MADRE SE PELEABA POR MÍ

Extremar los cuidados para no reventar los vidrios de las ventanas de los vecinos, para no herir a los transeúntes con un pelotazo, tampoco estrellarme contra los bordillos de las veredas, detenerme al paso de los autos para no chocar contra los postes de luz, no tropezar con piedras levantadas de la calle y no permitir que la pelota se vaya adentro de la casa de la vieja que la acuchillaba y el partido termine con el funeral de la pelota. Todos los días jugábamos fútbol hasta que el sol caía completamente junto al griterío y desenfado de los pelotazos en las paredes. Partidos endiablados en los que nadie quería perder. Había honor en cada disputa y el sudor mojaba los rostros como una muestra del trabajo cumplido. Al final del juego nos sentábamos a descansar, hacíamos un recuento de las jugadas más memorables; pobre de aquel a quien se le hiciera un túnel o se barriera en falso, pues era objeto de tantas burlas y chistes que en ese momento hubiera preferido no haber nacido.

Quería con toda mi alma ser futbolista. En vacaciones armábamos una selección, íbamos a otros barrios y pactábamos partidos en un potrero. Se convenía que quien hacía el primer gol obligaba al otro equipo a sacarse las camisas, eso era humillante de entrada, ganarles la moral, de allí para adelante el partido, generalmente, se ponía de nuestro lado. No eran juegos inocentes. Corría una apuesta por lado: cinco reales, tres sucres, que era la colación de una semana. Casi siempre uno de mis amigos ponía el dinero por mí. Yo estaba condenado a ganar

o ganar, lo que ocurría con mayor frecuencia, y regresaba donde mi madre comprando un pan.

No me gustaba perder y se me ponía cuesta arriba cuando venía del lado de mi equipo el dueño de la pelota: un escaldado, un bulto que estorbaba y que, como todo capitalista dueño del balón, exigía jugar de delantero. Cierta vez, uno de estos se me impuso para cobrar un penal. Tiró la pelota diez metros fuera del arco. Después de perder, cuando nos retiramos, le dije que pateaba como un elefante de circo... vino hasta mí y me lanzó un trompón a la cara; fue una pelea que gané por nocaut. Luego apareció llorando con su mamá para reclamarle a mi madre, la señora le gritaba: ¡Mire cómo está mi niño! Y le increpaba una y otra vez, yo, temeroso, sabía que me tiraría de las orejas. Mi mamá también empezó a gritar: ¡Pero si son niños y es producto del juego! La mamá del gordo estaba histérica, entonces me armé de valor y fui detrás de las faldas de mi madre. La señora me quedó viendo con ojos vidriosos; de pronto, un rayo de extrañamiento cortó su rostro, y volviéndose sobre su hijo dijo: ¡Es más chiquito y más flaco que vos! ¡Yo pensé que era uno más grande! ¡Ya deja de quejarte! Y, con un par de chirlazos sobre el lomo del gordo, pidiéndole que dejara de llorar y se comportara como hombre, no como mariquita, se fueron por el zaguán de la casa. Mi mamá me preguntó por qué peleamos, le dije: Porque tiene patas de elefante y me dio un trompón en la cara que casi me saca chocolate.

LA MUERTE DE LOS POBRES

La vida en la calle
brinda alegría
sin imaginar el tiempo
escapado de las manos
o los cadáveres
que se levantarán
y acusarán con el dedo.

DE LAS POCAS FOTOS DE MAMÁ

Es una de esas imágenes que los fotógrafos de plazas sacaban a personajes que captaban su atención. Mi madre camina con mis futuros hermanos; uno en la izquierda y el otro en su derecha; yo recién voy a nacer en 1961. A ellos se los ve lindos, bien cuidados. Creo que, si solo se quedaba con los dos, hubiera tenido otra vida, pero fue la misma vida la que le dio otra.

Gus tendrá dos años, el mayor seis. Ella sujeta sus manos con precisión, está dando un paso y mira al frente; es una mirada sin temores, la vista fija a donde quiere llegar, lleva blusa blanca de manga tres cuartos abotonada hasta el cuello, recogido el pelo hacia atrás, falda negra hasta las canillas, tacones medios también negros, es una señora atractiva, incluso, una transeúnte la regresa a mirar y otro al fondo, que está haciéndose limpiar el calzado, la mira embobado. Plaza de Santo Domingo, centro de Quito, son los años cincuenta. Hubiera tenido otra vida, pero fue la misma vida la que le dio otra.

CARTAS QUE ESCRIBÍA POR MI MADRE

Ella sabía que, si no estaba en la revistería, estaría jugando, de tal forma que me mandaba a buscar con uno de mis hermanos o, a veces, aparecía ella agitando un palo de escoba y de un grito me sacaba de la cancha. Apenas la veía, corría donde mis hermanos que me decían lo que mamá quería que yo hiciera. Demasiado juego, demasiada vida en la calle, pero nunca descuidé la escuela. Como mi madre solo había llegado a segundo grado, no sabía leer, aunque escribía su nombre como firma.

Cuando llegaba el cartero, salía corriendo y recibía las cartas de mi tío que vivía en Guayaquil, inmediatamente las leía a mamá y también respondía por ella. En la escuela me enseñaron que primero debía poner la ciudad y la fecha, luego el nombre del destinatario. Me dictaba y yo escribía con la letra más bonita que tenía, para terminar cerrando con: «Sin tener más que contarle, me despido». Mi madre ponía su nombre.

En quinto o sexto grado, mi hermano Gus se había ido a trabajar en otra ciudad y nos escribía, yo le respondía; solo le decía a mamá que pondría que ella le saludaba mucho y le pedía que se cuidara, y yo rellenaba lo demás, le contaba muchas cosas. Cuando volvía mi hermano, abrazado me llevaba a comer al mercado y me pedía que nunca dejara de escribirle.

CARTA

Quito, 30 de abril del 2020

Señor Muerto:
le escribo porque fue al hospital,
luchó por su vida, pero murió.
Pasan días y ni su esposa
sabe dónde lo dejaron.
No le puedo enviar su carta.
Me despido enojado con lo sucedido.

EL CAMAL MUNICIPAL DE QUITO

Amaba el fútbol creo que con la misma fuerza con la que un amigo quería convertirse en torero. Tenía una cornamenta de vaca con la que jugábamos; coleccionaba fotos, noticias de toreros y se metía en la plaza de toros cuando había toros de pueblo. Con él, Antonio y el Pajarito íbamos al camal. Pasábamos las tardes del verano entre los corrales de los animales. Nos montábamos en los grandes borregos merinos que corrían tras los rebaños, con uno de nosotros de jinete, perdiéndose en la multitud de lana. El Torero llevaba una espada de palo y una franela roja para lanzarse al corral de los terneros, allí nos demostraba lo que es una verónica, al estilo del Cordobés gritaba, pero todo acababa cuando uno de los cuidadores del camal nos perseguía. Salíamos en picada a refundirnos en el mercado.

Otras veces, llegábamos y el cuidador ya estaba paseándose sobre los tapiales del encierro de animales, nos tocaba quedarnos en un galpón detrás de las rejas de una gran puerta de hierro, viendo cómo faenaban a las vacas. Los cuidadores, con unos palos largos, picaban a los toros o vacas que escogían en el corral, y los dirigían hacia un pasillo que conducía directo a la boca de ese cobertizo en el que había, por lo menos, diez matarifes: hombres fuertes enfundados en gruesos delantales de caucho, botas de agua, pañuelos en la cabeza, quienes manejaban hábilmente grandes y afilados cuchillos. Cuando ingresaban las reses, las enlazaban de los cuernos con cabestros que luego pasaban por fuertes argollas de hierro sembradas en el

piso de cemento. Tiraban con fuerza de la cuerda, y entre silbos y mugidos, el toro hincaba sus patas delanteras, quedando con la cabeza inclinada, casi tocando el suelo. El matarife aprovechaba la quietud del animal y con un puñal cortito, agarrado fuertemente de su diestra, juntaba una rodilla al piso, calculaba el momento preciso, el punto más letal, y antes de darnos cuenta, hundía una estocada en el toro que caía horizontalmente con las cuatro patas, estiradas y virando los ojos. Rápidamente, hundía un cuchillo enorme en el cuello y se escapaba la sangre humeante a borbotones. Al desangrar casi todo, el faenador cortaba la cabeza, lo mismo que las cuatro patas y las ponía a un lado, mientras con unas poleas con ganchos enormes que bajaban del techo, los clavaban en los muñones de las patas traseras y levantaban a la res todavía chorreante. Lo primero que hacían era abrirles la panza y desprender los intestinos, un vaho olor a hierro y a caca salía de las entrañas y llegaba a nosotros, que veíamos al matarife cómo de varias cuchilladas seguidas despojaba el cuero y, tan solo cuando terminaba esa faena, hacía un corte horizontal dejando la mitad del toro en una polea y la otra mitad en otra; sirviéndose de un hacha pesada y filuda partía cada mitad, escindiendo en cuatro partes al animal, que todavía tenía ciertos espasmos. Todo era transportado por cargadores hacia un almacén que repartía la carne en la ciudad.

Yo quedaba con un peso en el alma por haber visto en el piso la cabeza infinita y rotunda del toro remordiendo su lengua blanca, pastosa, entre gigantescos dientes verduzcos. De regreso a casa, por unos minutos, caminaba junto a mis amigos como un autómata. Una vez, uno de mis hermanos se percató de que llevaba garrapatas conmigo, mi mamá me

guio hacia el patio y me bañó refregándome como ropa sucia y aconsejándome que no volviera al camal. No volví por un buen tiempo al encierro de animales, pero seguía jugando con el Torero cuando sacaba su cornamenta de vaca.

IMAGEN DE LA MUERTE

La muerte es una cabeza de toro
sangrante en el suelo mojado,
tan grande que ocupa toda mi imaginación.

Remuerdo mi lengua para no nombrarla,
la veo con los ojos virados
esperando su estocada final.

TOREO DE SALÓN

No me gustan los toreros de salón,
son poetas de salón;
se pasean por las oficinas del poder,
miran a los toros desde los tendidos,
elucubran sobre la suerte en cada tercio,
nunca han tomado un toro por los cuernos,
caminan con traje de luces por los pasillos
de la muerte.

Cuando los aficionados los descubran,
pedirán sus orejas y rabo.

¿POR QUÉ ME PUSO ESE NOMBRE?

Nos mandó hacer una investigación sobre los nombres que llevamos. Me vi en un aprieto. Me llamo Edwin Rafael, dos nombres horribles. Hubiera preferido Alejandro en vez del primero, que es nombre propio gringo, y cualquier otro a cambio de Rafael, que era el mismo de mi padre, a quien aborrecía. No sabía cómo ni por dónde empezar la redacción hasta que mi madre me llamó a comer. Entonces me di cuenta de que no era Edwin o Rafael, que yo obedecía al nombre que acababa de pronunciar mi madre, al mismo que también respondía y me comunicaba con mis hermanos, vecinos y amigos, y por el cual todos me conocían, a excepción de mis compañeros de escuela en donde era el Edwin o el Madrid.

Después de comer me puse a hacer la tarea y escribí que desde muy pequeño mi madre me decía que yo era su hijo más negrito y empezó a decirme: Mi Negro, haz esto, Negrito a comer, etcétera, al mismo tiempo, mis hermanos empezaron a decirme Negro. Todos me conocían así. Entonces escribí que mi verdadero nombre era Negro, por el cual mi mamá me llamaba con cariño y amor. Mi maestra lo revisó, vino a abrazarme y dijo: Se me fueron las lágrimas leyendo tu trabajo. Esa profesora se convirtió en mi amiga y segunda madre mientras terminaba la escuela. Me preparó para ingresar al colegio, pero esa es otra historia.

POEMA SIN NOMBRE

Cuando viene la muerte tiene nombre:
Don Pedro, Li Wong, Salvatore Ferrucci,
Johnny Brown, Rosa Almagro, Philippe Dubois,
señorita Elsa. Nadie se salva.
Solo hace falta buscarlos
en los pasillos de un hospital,
para el último adiós.

COLEGIO NACIONAL

Varias veces vi a los estudiantes enfrentar a la policía o a los militares. Yo quería ser como ellos. Me gustaba el colegio del barrio. Cuando mi profesora de sexto grado preguntó dónde continuaríamos los estudios, sin titubear mencioné ese colegio. En las vacaciones la maestra me preparó, me presenté a los exámenes y luego vi mi nombre en la lista de aceptados. No tenía plan B; los escolares debían anotarse, por lo menos, en dos instituciones para acceder a una. Yo no dudé y pasé allí todo el bachillerato. Todavía lo recuerdo como un gran colegio, crisol de clases sociales, porque algunos ricos enviaban allí a sus hijos como castigo. Los profesores lo manejaban como un cuartel, rompí toda clase de reglas absurdas, no fui estudiante modelo, pero desde el inicio me convertí en líder. Mi madre con frecuencia era citada para ser advertida de las sanciones disciplinarias; luego discutíamos y para evitar estos contratiempos, pedí a mi maestra que fuera mi representante.

Me vinculé a un grupo de alumnos con curiosidades por fuera de las materias regulares. Armábamos un periódico con la dirección de un profesor, lo imprimíamos con un mimeógrafo. Fuimos cayendo en lecturas deliciosas con autores insospechados. Para entonces, una agrupación política me reclutó y comencé a mezclar esas lecturas con las de materialismo histórico y filosofía marxista. Yo, que de política solo sabía lo que había escuchado de mi madre en las noches, cuando se apagaba la luz y no había radio, y todos en silencio oíamos el

sonido de los aviones: Son aviones cubanos, vuelan solo en la noche porque son de los comunistas. Mis hermanos mayores pintaban en sus camisetas la cara del Che. Yo, que no sabía nada, de pronto estaba en las filas de un grupo político y era comunista, al menos eso creí por un tiempo.

LA VIDA ES CORTA

La muerte es militante del dolor;
llega un día con la cara de tu madre
y destruye el mundo
que tenías orientado hacia el sol.

ESE ES TU PADRE

Mi padre dejó de ser una fotografía en blanco y negro, tamaño postal, en la que aparecía de medio cuerpo con traje y bigote a lo Benny Moré, que mi madre guardaba con otros papeles en una caja metálica de galletas, y se convirtió en un fantasma al que visitaba de vez en cuando.

Un día ella me dijo: Hoy vas a conocer a tu padre. Yo tendría diez años, me vistió con ropa dominguera y me llevó a un sitio. Estuvimos en la vereda de enfrente de un edificio al que él concurría. Al verlo, mi madre señaló con la mano como si me mostrara un árbol en la mitad del bosque. Lo ves, es aquel de levita, dijo. Yo lo miré por unos segundos y me grabé su porte y su forma de caminar. Una imagen sin relevancia sobre la que me tocó volver en el colegio.

Catorce años tenía cuando volví a ese edificio. Pregunté por él y me presenté. Se llevó el susto de su vida al mencionarle a boca de jarro que era su hijo y que mi madre era Ana María Francisca, solo atinó a decir: Y bien, ¿qué quieres? He venido porque estoy en el colegio y necesito su apoyo. Creo que respondió algunos lugares comunes sobre el costo de la vida, y discutimos hasta que, a regañadientes, sacó un fajo de billetes y me entregó unos cuantos.

Volví varias veces; que yo recuerde, nunca hubo buena química en esas visitas. La última vez fue en sexto curso. Me entregó los billetes diciéndome cosas que no recuerdo, pero lo que sí tengo presente es que le lancé sus billetes a la cara y desapareció de mi mundo.

MURIÓ MESES ANTES

La foto de mi madre
no está en el periódico,
son otros muertos:
aparecen tirados en las calles,
abandonados en sus casas,
apilados en pasillos hospitalarios y morgues.
Son los muertos de un país de cartón.

LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

Corríamos para ver su llegada o su partida, era un gran oso negro que botaba humo, pitaba y sacaba chispas de sus patas. El tren era la aventura que teníamos los niños del barrio. Nos colgábamos de sus pasamanos y subíamos al techo de los vagones para saltar de uno a otro mientras, lentamente, el tren se apeaba a los andenes y bajaban pasajeros enfundados en abrigos, sombreros, cargando pesadas valijas de madera; algunos eran recibidos por amigos o familiares, otros se alejaban solos arrastrando sus maletas. También traía vagones de carga que decenas de estibadores vaciaban en las bodegas o las arrumaban en los andenes.

La estación del ferrocarril fue uno de nuestros lugares favoritos. Mis hermanos y yo, que acompañábamos a mamá a la lavandería, al escuchar el rugido del tren salíamos corriendo a la terraza, desde donde contemplábamos al gran oso negro que echaba bocanadas de humo blanco en los días fríos de invierno o en las mañanas azules de verano. En él viajamos: ¡a París! Gritábamos colgados del estribo del vagón de pasajeros: ¡Aaa Parísss!, haciendo los ademanes del maquinista cuando el tren pitaba anunciando su partida. Íbamos a cualquier ciudad del mundo sin movernos.

Una vez, con un amigo decidimos montarnos sobre el lomo de un vagón y permanecer allí hasta su partida. El tren empezó a abandonar lentamente la estación. Sentados en el techo del vagón veíamos cómo los postes de luz pasaban cada

vez más rápido, y cuando quisimos descender fue muy difícil poner el pie en la escalera, el tren ya había salido del perímetro que conocíamos sin detenerse en el Camal, que era nuestra esperanza para bajar mientras recogía pasajeros, cálculo que no funcionó. El tren se alejaba a toda velocidad cada vez más, nosotros con miedo. Mi amigo empezó a llorar creyendo que nos llevaría a Guayaquil, le dije que debíamos colgarnos de la escalera y resbalar hasta poder lanzarnos al vuelo. Así lo hicimos al cruzar por un potrero, y después del impacto con la tierra, rodamos, por lo menos, veinte metros. Nos reincorporamos en medio del páramo, remellados rodillas, manos y brazos. Empezamos a caminar por los rieles y, por primera vez, vi cómo las líneas del tren se juntaban al final de la vista, y cada vez que llegábamos a ese punto se volvían a separar. Caminamos cerca de dos horas hasta llegar a la estación.

También levantábamos unas palancas tendidas entre los rieles muy muy pesadas, que producían cambios en las vías. Lo hacíamos entre dos o tres niños, si los guardianes llegaban y nos retenían, éramos castigados. Creo que, a veces, esta travesura pudo producir descarrilamientos.

En otras ocasiones, una jauría de doce niños tomábamos el cochecito de los ferroviarios con el que se movilizaban para arreglar los desperfectos de las vías. El coche tenía una manivela en la mitad y necesitaba de dos hombres: uno a cada extremo, para echarlo a caminar. Entre todos lo subíamos diez cuadras y montados bajábamos gritando, festejando esa hazaña. O buscábamos clavos grandes para acostarlos en las líneas férreas, alguien nos había hecho creer que, al pasar el tren sobre el clavo, lo aplanaría tanto que lo dejaría hecho una cuchilla, y para que esto ocurriera, intentábamos escuchar, poniendo la oreja en el

riel, si el tren estaba acercándose o no, la idea era tener nuestra navaja en cuanto terminaba de pasar sobre el clavo.

A veces jugábamos a las escondidas y era ardua tarea encontrar a todos. Había sitios tan intrincados como disimulados que era imposible que alguien se escondiera en ellos. Mi madre se moría de las iras cuando se enteraba de nuestros juegos en la estación. Enfadada repetía que no debíamos jugar allí porque se trataba de un sitio lleno de ratas que venían en los vagones de carga quién sabe de dónde y podríamos agarrar la peste bubónica. Recuerdo su coraje y la bravura con que nos hablaba, como si hubiera sido cierto que un día llegaría la peste, despertaría a sus ratas y les mandaría a morir en una ciudad como Quito.

GUAYAQUIL

Hace tres días asomó en la vereda
los vecinos lo cubrieron con esa sábana.
Ya empezó a oler mal.

NUEVA YORK

Llamé y llamé al 911. No vinieron.
Los tengo en la casa, parecen momias.
Me recuerdan a las arañas cuando envuelven
a sus víctimas en su fina seda.

MADRID

En una ola de sentimientos
decidió meterse y fue quitando
las fundas de los pasillos
hasta encontrar a su padre.

BÉRGAMO

Hay cadáveres allí.
El que murió el martes está allí;
adelante está otro botado allí.
Nosotros tenemos a Francesca allí.

LA RADICAL SABIDURÍA DE MI MADRE

En el colegio, la lectura y nuevos amigos me abrieron un universo más grande. Empecé a entender que la pobreza no era cuestión de ricos y pobres, sino de un sistema que controla el mundo. En los años setenta estaba claro que el imperialismo yanqui creaba en el continente repúblicas bananeras dirigidas por dictadores que gobernaban de acuerdo a los intereses del imperio. Ecuador es parte de la región en la que muchos jóvenes querían ser como el Che y hacer la revolución en cada país. Para mí, lo más cercano fue Nicaragua; trabajé para el Comité de Solidaridad Sandinista, lo viví tan profundamente que quería convertirme en un internacionalista, así llamaba a quienes, de forma clandestina, se unían a la lucha armada en el país de Sandino. Toda esa mierda me mamé hasta 1984, cuando Daniel Ortega y Sergio Ramírez fueron electos presidente y vicepresidente, bien se sabe en qué terminó la basura del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Fue una adolescencia escandalosa; ya me habían metido a la cárcel por dirigir manifestaciones en las calles, ya me había emborrachado y fumado yerba con los compañeros del colegio. No era mal estudiante, pero las clases dejaron de interesarme y comencé a participar en foros, reuniones, asambleas, debates, conferencias, encuentros, charlas sobre realidad nacional y lucha estudiantil cuando estaba en tercer curso, llegó un día mi madre y dijo: ¡A fin de mes nos cambiamos de casa! Fue un balde de agua fría, pensé que iría a otro colegio. Dijo que había

hablado con una conocida que le arrendaría una casa en el valle, a media hora de Quito, y de inmediato me explicó que debería tomar un bus que me dejaría en el colegio. Me asusté, aunque solo debía levantarme más temprano. Rápidamente me adapté a los nuevos tiempos. Sin embargo, fue un choque que me rebotó por los aires. Mi barrio, donde viví y construí tantas cosas, se alejó irremediablemente. Allí quedaron las historias de cuando mamá me mandaba al mercado con una lista, un sitio lleno de bulla, de colores y olores, me gustaba porque me hacía el carbón; es decir, si tenía en la lista cinco reales de col, yo llevaba cuatro, si estaban anotadas tres libras de arroz, compraba tres, pero del arroz un centavo más barato, la cosa es que sacaba la colación para la escuela. Tampoco volvería a jugar con el hijo del sacristán con las sogas que colgaban de las campanas llamado a misa; o ir al atrio de la iglesia para, después de la celebración de los matrimonios, mientras los recién casados salían, cantar pidiendo capillitos, capillós, monedas, que los padrinos lanzaban como un gesto de abundancia para los nuevos esposos. No iría los domingos al vermut del Teatro México con películas de *Ringo*, *El bueno, el malo y el feo*, ese cine con planos panorámicos del oeste que me deslumbraba, con chullitas y bandidos cargándose a tiros y muertos cayendo desde los tejados. Ya no estaría en el estadio, en el que siempre aspiré a jugar un partido de segunda categoría. Yo me sentía parte de esa herencia de jugadores increíbles que salieron de allí para los equipos profesionales. Era muy difícil no ser buen jugador en un barrio tan futbolero. Es decir, todo: las cantinas, el retén policial, las fábricas, los amigos, los vecinos, la gente, cambiaría. Yo no tenía ningún otro modelo de vida y solo la sabiduría natural de mi madre había comprendido que era el momento de salir del barrio.

POEMA INVISIBLE

Cuántos muertos
dejó la guerra en Nicaragua.
Cuántos el Fantasma en Guayaquil.
Nadie perdone.

LOS POLÍTICOS

En una inundación el alacrán le dice a la rana:
Ayúdame a cruzar al otro lado, la rana responde:
No, porque me picas, el alacrán asegura que no lo hará.
Cuando el agua sube más, la rana acepta llevarlo
sobre ella, a mitad del camino siente el aguijón hundirse
en su espalda. ¿Por qué lo hiciste? Dice: No sé hacer otra cosa.
Imbécil —alcanza a expresar la rana— ahora ninguno llegará
[al otro lado.
Recuerden en las elecciones a los alacranes.

OTRAS LECTURAS

Por ese tiempo quería que mi profesor de Matemáticas se despertara convertido en cucaracha, tomara su portafolio y saliera a vender seguros, para que luego, en su clase, nos contara cómo se sentía ser una cucaracha. También quería que el de Física, al mirarse en el espejo, no supiera si era el hombre que lo miraba desde el espejo o el que miraba fuera del espejo y que viniera a sus clases y hablara sobre su vida en dos dimensiones. No quería saber más de fórmulas ni ecuaciones. Leí a autores y libros que no estaban en el programa del colegio y caía impactado con cada descubrimiento.

Para segundo curso leí: *El gigante egoísta*, *El príncipe feliz*, *El ruiseñor y la rosa*, salí corriendo en busca de más de esos cuentos, hasta dar con un ejemplar de los hermanos Grimm y otro de los *Cuentos completos* de Hans Christian Andersen, una edición en cuero con letras de oro; me pasé a vivir en esos libros, con ellos iba y volvía de todo lado. Oscar Wilde, Andersen, los Grimm y otros anónimos levantaron mi curiosidad por esa literatura. Me di cuenta de que mi madre nunca nos dio un padrastro, pensaba en la madrastra y en las hermanastras que hicieron muy duros los días para la huerfanita Cenicienta.

LOS CINCO CERDITOS

Si salimos el lobo nos comerá.
Quédate en casa,
el lobo por más que sople,
y sople, no la derrumbará.
Lobo egoísta, no permite
ir a la escuela, al trabajo,
al bar. Somos príncipes
viviendo de mendigos.

MI MADRE EN EL CAMPO Y YO CON ELLA

En el nuevo barrio no tenía amigos, solo estaba la maravillosa naturaleza abrumándome con su inmensidad compuesta por todos los verdes del verde, vacas y más animales de granja, campesinos que cultivaban sus tierras y sabían de los ciclos de siembra y cosecha. Los primeros días viví en una sinfonía que empezaba con el canto de los pájaros, pasaba por la tierra húmeda, el sonido del viento, la música del arroyo. Me levantaba muy temprano para ir donde los vecinos, ellos ordeñaban sus vacas; el olor del pasto, de las vacas y de la leche espumosa: una fiesta para mí. Mi madre casi de inmediato compró gallinas, construimos un corral, también creó un pequeño huerto en el que, según recuerdo, sembraba lechugas, tomates, cebollas, berros, tomillo, coles, manzanilla. Un sitio que cuidaba y nos hacía regar cada día, una sabiduría que años después llegaría a comprender y a valorar. Yo, que ni siquiera conocía de cerca una planta de maíz, ahora tenía a la vista sementeras. Las piscinas, creo que, en tres meses, con mi hermano las conocimos todas; luego organizábamos excursiones y acampábamos en las montañas más cercanas, nos divertíamos con Rabito, nuestra mascota.

Ese ambiente fue un choque que me modificó la mirada. Tenía quince años y poco a poco esa quietud, esa armonía naturaleza-hombre pasó a ser un silencio bullicioso, hasta que descubrí que lo mejor que podía hacer en ese medio era leer. Fui por todos los libros de mis compañeros del colegio y los de

las bibliotecas. Mi mamá y mis hermanos empezaron a preocuparse, me pasaba echado leyendo, qué placer más grande acostarse con un gran libro, no salía de la casa o cuando lo hacía era para aprovechar el clima y tenderme con un libro bajo la sombra de un árbol. Mi madre me decía que me iba a quedar sin ojos si seguía así.

No teníamos dinero, pero nunca nos faltó un plato de comida. Mi madre hacía almuerzos deliciosos los fines de semana, mi hermana o yo nos ocupábamos de ayudar con la comida durante la semana. Lo más lindo era cocinar choclos en tiempo de cosecha. Los llevábamos de la mata a la olla, o lo hacíamos tostado con una fogata en tiempos de lluvia. Era una vida sencilla que me permitió admirar a mi madre, su conexión con las plantas y los animales. Hablaba con ellas para que crecieran lindas, decía. A veces la escuchaba: ¡Qué linda amaneciste hoy, pequeña lechuga! ¿Quieres un poco más de agüita? ¡Estás muy linda, señorita cebolla! ¡Este tomatito juguetón cada vez se pone más colorado! Mi madre en el huerto parecía una demente hablando sola. A veces me quedaba contemplándola y me daba cuenta de que también las acariciaba, pasaba sus manos sobre ellas como si les diera palmaditas. Eso no era todo, vi con mayor claridad su sabiduría cuando uno de nosotros tenía tal o cual dolor y volvía con una hierba para hacer emplastos, un agua o jarabe que nos curaba. Pero también tenía algo especial con los animales y se desesperaba cuando alguno amanecía enfermo. ¡Este está mal, creo que tiene escorbuto!, decía refiriéndose a un gallo que se había quedado en el gallinero como tímido, sin moverse. Ella lo abrazaba con una mano, me pedía que le abriera el pico y con la otra mano le metía limón y unas pizcas de bicarbonato, y allí teníamos al gallo cantando después de unos días.

Mi madre sostenía que un animal es mejor que una persona: si a un animalito le das de comer, siempre volverá a ti. Nunca te morderá la mano.

ODA

Tener una rama de ortiga,
machacarla hasta que ofrezca
todas sus propiedades
no detiene al maldito virus,
pero lleva la mirada a la naturaleza.

ODA

Hablar en voz alta con las plantas,
pedirles consejo,
revolcarse entre ellas
es detener venenos futuros.

ODA

Mi madre quería más a mi perro.
Cuando él la veía a lo lejos
movía la cola
y salía corriendo a su encuentro.
Ella le traía golosinas,
pasaba su mano sobre el lomo,
le hablaba mientras comía.
Hoy comprendo que lo hacía por mí.

QUINCE AÑOS

Ese día me alisté para ir con mi hermano al cine. Después del baño me miré en el espejo y creí que debía quitarme el bigote. Tomé la afeitadora de mi hermano y, silenciosamente, la deslicé dejándome sin esa fina pelusa negra, y en su lugar quedó un sitio claro, verdoso. Me pasé los dedos, lo sentí muy terso, una sensación agradable. Terminé de vestirme y fui donde mi madre, que estaba entretenida con alguna labor. Me presenté:

—Mira, ¿te gusta cómo quedé?

Dejó lo que hacía y se acercó. Me tomó de los hombros, y mientras me miraba se le fueron las lágrimas. Lloró abrazándome:

—¡Cuídate hijo, cuídate mucho!

Por primera vez me vio convertido en hombre. Una desazón le atravesaba cuando me abrazó, como si de allí en adelante yo me encontraría con el horror del mundo y tendría que arreglármelas solo. En ese abrazo le hubiera querido decir:

—¡No te preocupes, venceré a todos los monstruos que se me crucen!

Pero solo dije:

—¡Después del cine, regresamos!

EL MUNDO FUE Y SERÁ

Arrastrar la carretilla llena de inmundicias
y arrojarlas en los sótanos de la noche.
No convertirse en un bribón boquiabierto
con los hilos del poder.
Doblegar el infortunio
sin sucumbir al orgullo y podredumbre
en el concierto diario.
Sacarse las veleidades intrincadas y perversas.
Creer a ojos cerrados que la metáfora del trabajo
cura la pestilencia humana.

LA MÚSICA DE MI MADRE

Tuve un profesor de literatura, quien, a inicios de año, nos hizo comprar un poligrafiado preparado por él, trescientas páginas con todas las leyes, reglas y ejercicios de gramática. Además, como ejemplos nos recitaba sus propios poemas. Margarito, le decíamos, se paraba frente a nosotros, afinaba la voz y con ademanes de galán lanzaba el poema después del cual terminaba diciendo: Autor: quien les habla. Braaaavooo..., chiflidos y risas. ¡Otro! ¡Otro!, gritábamos entre burlas y chácharas. Se ponía colorado, entonces alguien convenido se levantaba para exaltar el poema pidiéndole que lo volviera a recitar; ante el murmullo y la burla, lo volvía a hacer y, nuevamente, el curso golpeaba los pupitres y silbaba aclamando: ¡Margarito! ¡Margarito! Con él aprendí gramática, pero me hizo odiar la poesía.

Por esa época empecé a madrugar como los campesinos apenas los pájaros y los gallos empezaban a cantar, me levantaba acicateado por la contemplación de la vida como ciclos de estados del cuerpo y de la mente, y por una añoranza del bullicio y la velocidad de la ciudad, me dio por escribir.

Hacía panfletos que levantaban discusiones acaloradas entre los compañeros. Pero también escribía poemas de forma secreta, no los compartía con nadie, eran solo para mí. Tal vez, también como una venganza contra Margarito. Los escribía en hojas de pliego que desdoblaba para seguir escribiendo, creía que, si tenía el texto completo frente a mí, podía continuar con

la escritura sin cortar; los cuadernos o libretas me resultaban muy pequeños, elegía los pliegos hasta cuando los pasaba a la máquina de escribir.

Con la poesía quería alcanzar lo que mi madre obtenía cuando se comunicaba con los animales y las plantas. Esa sencillez de salir al patio, lanzar maíz y reunir a los pollos, gallinas, pavos, patos, que salían de todas partes y armaban un alboroto de alegría a su alrededor, esa alegría era la que yo quería contener en mis poemas. Entonces utilizaba las palabras de la música que le gustaba a mi madre. Ella, a veces, entre las compras que llevaba a casa, traía un disco de esos que tenían dos canciones, lados A y B: pasillos, boleros, sanjuanes, pasacalles, saltashpas, los escuchaba en un viejo tocadiscos. Mi madre cantaba, se ponía alegre y muchas veces dijo que cuando muriera quería que le enterraran con esa música.

CANCIÓN

Qué distintos los dos, tu vida empieza
y yo ya de vivir tengo pereza.
Pero tú no olvidarás
al infeliz que te adoró.
¿qué me has dado vida mía
que ando triste noche y día?
Piensa que en el fondo de la fosa
llevaremos la misma vestidura.
Cantando como yo canto Sanjuán, Sanjuán
llorando como yo lloro mi soledad.
La escribiré con sangre,

con tinta sangre del corazón.

Para expresar mi amor
solamente me queda
rasgarme el pecho, amada.

Yo miraba un día aquel pañuelo blanco
que secó tus lágrimas.
Mi vida se fue contigo, te la llevaste dolor
tristeza y llanto solo dejaste.
Quiero comprarle a la vida
cinco centavitos de felicidad.

MEMORIAL

Soñé que, con mi hermano y el resto de la banda,
asistíamos a mi velorio y nos poníamos a tocar:
todo era jarana y baile.
Cuando terminó la ceremonia la gente comenzó a irse,
guardamos los instrumentos,
salimos despreocupados
y una enfermera con mascarilla negra
vino directo hacia mí y dijo:
«usted no puede irse».

MAMÁ SE CABREA Y TENGO MI PRIMERA GRAN LECCIÓN

Era un verano caluroso. Vacaciones de cuarto curso. El sol caía verticalmente calentando las piedras y los árboles del valle. Mi madre se cabreó conmigo. No recuerdo lo que pasó. Pero, como siempre que se enojaba, yo preferí alejarme para que ella enfriara su cabeza. El enojo de ese domingo no fue lo más importante, por eso no lo recuerdo, sino lo que sucedió después. Salí de la casa y fui a dar al balneario de un amigo.

Él ayudaba a sus padres los fines de semana. Tenían una piscina de unos doce metros por seis que se llenaba con el agua recogida de una vertiente que nacía terrenos arriba: agua limpísima que dejaba ver el fondo de la alberca. Creo que por eso se llamaba Fuentes Cristalinas, era la única piscina de agua fría del sector. Mi amigo estaba sentado en una banca cerca de la administración, se emocionó cuando llegué y me hizo sentar junto a él. El sol estaba en el cenit y la piscina se veía provocadora.

—¡Qué bueno que llegaste! —dijo— ¿Ves al viejo que está en el agua? —Había un hombre que nadaba con solvencia y un niño cubierto por los hombros con una toalla sentado cerca de los vestidores.

—Es un escritor —mencionó con alegría. Y yo abrí más los ojos. Volví a mirar al hombre que llevaba gafas de agua y, antes de llegar al filo de la piscina, giraba sumergiéndose para impulsarse con los pies y salir nadando hacia el otro extremo—. Se ha cambiado de Quito al barrio de al lado, y ahora viene los

fines de semana a nadar. Como a vos te gustan los libros y leer, quiero presentarte.

—¿En serio es un escritor? —dije y me quedé mirándolo cómo nadaba, parecía un ser acuático, en pocos segundos iba de un extremo al otro.

Mi amigo volvió a la carga:

—Ya mismo se va, porque siempre que llega se da unos cien largos, sale y se va. Creo que ese niño es su hijo.

Yo trataba de fijarme en su rostro, pero solo veía el gesto que hacía tomando un poco de aire para volver a hundir su cabeza en el agua. De pronto, salió de la piscina, se sacó las gafas de nadar, tomó una toalla que había en uno de los costados y, secándose la cabeza y el cuerpo, se dirigió hacia el niño. Mi amigo se levantó diciendo:

—Vamos, te presento. —Dio un paso y yo le seguí.

Ese día volví a la casa y apenas apareció mi madre, le dije:

—¡Conocí a un escritor!

—¿Y eso a mí de qué me sirve? —Seguía enojada. No dije nada más y me puse a revolver mis papeles.

No conversé más de cinco minutos con el escritor, pero para mí fueron los minutos más importantes de toda esa época.

Cuando me preguntó qué me gustaba leer le dije:

—Literatura, aunque prefiero más poesía.

Se me quedó mirando. Se había puesto unos anteojos de pasta, negros y de vidrios gruesos que le hacían los ojos más chiquitos; era flaco y tan blanco como papel de arroz, no parecía escritor, sino médico. Hablaba con voz aguda y precisión. Esparciendo la toalla a lo largo de su cuerpo dijo:

—Es muy raro, la gente no lee poesía.

—No lo sé, tal vez sea porque también me gusta escribir. —Me salió de lo más profundo.

Él sostuvo la toalla con sus manos y mirándome directamente dijo:

—Entonces me gustaría revisar lo que escribe. —Me explicó en dónde vivía y me dio una cita.

Regresé donde mi amigo, quien estaba atendiendo a un grupo de bañistas llegados minutos antes. Como le vi muy ocupado, le dije que volvería más tarde.

Mientras retornaba a casa con el sol pegándome en la nuca, pensé en que no habría conocido al escritor si mi madre no se cabreaba. Como ella no me hizo caso, me puse a revisar mis poemas y los junté en una carpeta.

El martes siguiente estuve ahí a las 12:30, tal como me dijo. Me hicieron pasar a su estudio, una biblioteca del tamaño de la piscina de mi amigo; las cuatro paredes llenas de libros. Creí que si me lanzaba al fondo de ellas me podía ahogar. Fueron apabullantes el temor y la delicia que sentí: una *petite mort* para bibliófilos. Permanecí en una butaca frente al escritorio, también me fijé que a continuación había una galería con pinturas de maestros ecuatorianos. En eso apareció recién afeitado, el pelo cano bien peinado con raya a un costado. Luego de saludar, se sentó en la butaca que estaba a mi lado y dijo:

—Y bien, ¿qué tenemos para hoy?

Le extendí mi carpeta, y al mirarla pareció retroceder diciendo:

—Bueno, no vamos a leer todo, solo elija tres o cuatro.

Revisando uno de los trescientos poemas que le llevé, recibí mi primera gran lección de escritura que desde entonces he mantenido como una regla de oro.

Leí tres poemas y me detuvo en uno de ellos preguntándome lo que quería decir con una palabra. Traté de explicar por qué usé esa palabra. Estuve un poco enredado, así que se levantó, sacó de una pared un diccionario más grande que todas las biblias que conocía. Regresó y dijo:

—Veamos. Repítame la palabra. —La halló y con aplomo sentenció—: No es lo que usted cree.

Entonces me dio una clase sobre poesía contemporánea de la que yo extraje que por más absurdo que parezca el poema, por más loco que sea, siempre obedece a una estructura, a una lógica interna.

Después de esa reunión, quemé la carpeta que le había llevado y me puse a escribir los poemas más locos y absurdos que pude.

¿PARA QUÉ SIRVE UN ESCRITOR?

Un escritor es alguien que baja al infierno
y trae noticias para que los demás,
sin visitarlo,
sientan cómo queman las llamas humanas.

LOS TIEMPOS QUE NOS HICIERON LO QUE SOMOS

Después de las vacaciones busqué información sobre el escritor que había conocido. Se trataba de uno de los intelectuales más importantes del país, su prestigio causaba temor en quienes merecieran comentarios de su pluma. Un verdadero erudito en poesía, literatura y artes plásticas, de formación jesuita, quien también hacía periodismo.

Los años en que cursé quinto y sexto fueron caóticos: el país vivía la vuelta a la democracia después del gobierno militar revolucionario de Rodríguez Lara, un general del pueblo de donde salió mi madre. Para ella también debió ser tiempo de preocupaciones, entre las cuales estábamos Ed y yo. Mi hermano seguía mis ideas y se lanzó a la presidencia estudiantil de su colegio. Le ayudé a planificar y, cuando ganó, escribí su discurso de posesión. Ese año lo expulsaron del colegio y se graduó en otro. Eran tiempos agitados. Mi madre ni se enteró de que estuve preso por arengar a mi colegio. Nunca le conté nada y se fue sin saber.

Recuerdo que un día se convocó a una asamblea en el barrio de al lado. Ed y yo fuimos con un grupo de amigos. El tema fue el alza del pasaje. La discusión subió de ánimos y se decidió no permitir el paso de los buses. La gente estaba decidida; se prendieron fogatas en cada entrada del pueblo interrumpiendo el paso. Cada vez que asomaba un bus era linchado con consignas de rechazo al nuevo pasaje. De pronto, todo el barrio estaba en las calles y era una hermosa manifestación. En ese

amontonamiento divisé al escritor enfundado en un saco de lana y usando una gorra. Cuando se corrió el rumor de que un pelotón antimotines había sido desplazado para detener la protesta, él puso orden a la preocupación de todos.

Para mí no fue un intelectual, fue un vecino con quien charlaba de literatura y a quien a veces le llevaba mis escritos. Recuerdo su emoción cuando dio con un poema y me dijo:

—Este quiero que me lo deje porque lo voy a publicar.

En un diario que él dirigía en Guayaquil me dedicó una página con una ilustración especial para el poema. Fue tan emocionante ver mi texto y leer, por primera vez, mi nombre impreso en un periódico. Con él supe que existen dos tipos de poetas: los buenos y los malos. Un hombre generoso que en las primeras citas me trató de disuadir de la poesía diciendo que era tarea difícil y que todo poeta o escritor, en nuestro medio, se moría de hambre, pues a él era al único a quien le pagaban para escribir libros. Nunca dudé de su bibliografía prolífica y especializada, como cuando leí que, en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Zacatecas, en 1997, Gabriel García Márquez en su discurso inaugural había dicho: «Llama la atención que el verbo *pasar* tenga cincuenta y cuatro significados, mientras que en la República de Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino...». Mi vecino, ya en 1979, había publicado una muy larga y detallada investigación sobre el léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano, y en su primer capítulo registró minuciosamente, en el habla del ecuatoriano medio, ciento siete palabras para el falo. Y también dejó anotado que, en Colombia, los trabajos previos al establecimiento del atlas lingüístico han documentado, en todo el país, ciento ochenta y una voces para lo mismo.

PARA QUÉ SIRVE UN CRÍTICO

No un abogado,
no un economista,
peor un político.
Alguien que mire vida
donde hay vida.

ECONOMÍA, POESÍA Y VERGÜENZA

Al terminar el colegio, vivíamos juntos mi madre, Ed y yo. Los demás habían abandonado la casa para hacer sus propias vidas. Me habría gustado ir a una escuela de escritores, pero si hubiera existido tampoco habría podido, como no pude con la escuela de Periodismo porque tenía un bachillerato en Ciencias exactas.

Fui a Arquitectura, creí que ahí desarrollaría una creatividad. Ed se matriculó en Ingeniería y desde el primer año empezó a hacer prácticas en una empresa. Mi madre nos mantenía y tratábamos de no defraudarla.

Arquitectura estaba bien. El profesor de dibujo llevaba una modelo que se desnudaba para que captáramos las curvas del cuerpo femenino o nos llevaba a dibujar las fachadas de las casas y edificios del centro de la ciudad, aunque pronto vi que no podría seguir. Cumplir con maquetas, tener una mesa de dibujo, instrumentos de precisión para elaborar diseños a escala: útiles inalcanzables que no podía pedir a mi madre. Al segundo semestre abandoné la escuela. Mi hermano seguía con su Ingeniería y sus prácticas.

Al año siguiente volvería a intentar con otra carrera, mi madre no comprendía mi escaso interés. La verdad, yo solo quería escribir; perdí el contacto con los compañeros del colegio, a las actividades políticas cada vez las veía con más desconfianza y lo único que fui afianzando fue el juego en el equipo del pueblo. Alguien me vio y me propuso probarme en un equipo profesional, pensé en mamá y accedí. Me aceptaron

en la reserva y empecé con entrenamiento profesional. Creí que la ilusión que tuve de niño podía cumplirse. Tenía diecinueve años. Me gustaron el ritmo y desarrollo de mi cuerpo. Estar en el segundo equipo era ser *sparring* del primero; en los entrenamientos ellos salían a matar y nosotros solo aguantábamos porque los primeros jugaban el domingo y había que cuidarlos. Pensaba en ser parte de los dieciséis que se concentraban para cada juego, si estaba entre los convocados y llegaba, aunque fuera a la banca, me aseguraba un sueldo que podría llevar a casa. Mi madre no estaba interesada, solo sabía que no andaba en nada malo y como para ir al complejo del equipo recibía una suma mínima, con los pasajes no le molestaba.

Ed aseguraba que me vería jugar, que sería cuestión de poco tiempo. Me divertía y me esforzaba en los entrenamientos, pero vi que aquello se trataba de pequeñas mafias entre jugadores, técnicos y dirigentes. Llegué a practicar, codo a codo, con una de las leyendas del fútbol nacional, rápidamente me di cuenta de que era un simple huevón incapaz de transmitir un consejo, un verdadero hijo de puta que llevaba el agua a su molino. Lo mismo he sentido al toparme con ciertos poetas que admiré toda la vida y de pronto son otras personas.

Lo bueno fue que de una gran patada me rompieron el menisco interno y desviaron la rótula de la rodilla izquierda; fui al quirófano y la historia de jugar terminó. Todo se fue a la mierda, no hice una buena fisioterapia, y cada vez que intento fútbol recreativo, la lesión vuelve. Una mierda de la que no me arrepiento, porque a pesar de que perdí dos años entre arquitectura y fútbol, se afirmó mi vocación por la escritura.

Volví a la universidad y elegí Ciencias Económicas, algo afín con las lecturas que tenía. Sabía que nunca terminaría la

universidad, no estaba interesado en ser economista. Mi ambición era saber más del valor del uso y el valor de cambio de las palabras para proponer una línea de curva en la poesía. Esto me remordía la conciencia con mi madre. Si no hubiera sido por Ed, que un día dijo: Me ofrecieron un trabajo con buena paga en la empresa en la que hago las prácticas. Vos no te preocupes, debes seguir escribiendo. Esa humildad, generosidad, hermandad, me hicieron sentir más miserable.

FÚTBOL Y CUARENTENA

La pelota sin árbitros,
los árbitros sin jugadores,
los jugadores sin público,
el público sin estadio,
el estadio sin ciudad,
la ciudad metida en las casas.

VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO

Llueve en el poema,
la lluvia
se escucha en el techo,
en las ventanas.
Se ve correr el agua hacia las alcantarillas
en crecientes remolinos.
Hay relámpagos en medio de la ciudad;
el agua arrecia en la calle
llevándose colillas de cigarrillo,
latas de cerveza,
desechos de comida.
Valor de cambio, cuando usted,
que lee plácidamente este poema,
estimado lector, se ve en necesidad de salir,
y por más abrigo y paraguas,
la lluvia lo moja.

NUNCA DIJO DE ESTA AGUA NO DEBES BEBER

Pienso en los días en que me pasaba acostado leyendo o sentado escribiendo, y solo salía de casa a caminar por la orilla del río para meter mis manos en el agua y disiparme escuchando el correr de su cauce; para, al rato, regresar y seguir en esa especie de melancolía o posesión que tiene la literatura mientras mis hermanos hacían las faenas diarias. Mi madre, que me miraba con extrañeza, debe haberse dicho que habría sido mejor si yo me encariñaba con la mecánica o la carpintería, oficios prácticos que podían salvarme la vida de manera urgente. Pero no, yo seguí en ese empecinamiento, sin mirar a los costados.

Cosas para las que yo era inútil, como hacer una instalación eléctrica, reparar la gotera del tejado, mi hermano las realizaba óptimamente. La naturaleza había ordenado nuestras capacidades así: yo diseñaba y él las ponía en práctica, las hacía tangibles con habilidad suprema haciéndome ver más inútil todavía y, estoy casi seguro de que, por esos tiempos, mamá también me veía así.

LO QUE MI HERMANO ME DIJO

Hacer de un tablón una silla,
arreglar la fuga de agua,
instalar luz para que brille la casa
es tan inútil como construir un poema
en el que cada mañana
sale tu madre y se sienta
a contemplar la eternidad.

¡OH! MUERTE
DE PEQUEÑOS SENOS DE ORO
(1987)

AL LECTOR

Cuando me llegó el manuscrito de este libro pidiéndome un prólogo, lo revisé de la cabeza a los pies, me metí por sus ojos, di la vuelta por sus costados, luego contesté: ¿Qué creen que soy? ¿Crítico de pacotilla, tarado o el mejor amigo del autor? Cómo voy a escribir sobre algo que desafía las leyes de la estética, de cuándo acá la poesía se burla de nuestros congéneres y es capaz de hacernos creer que hubo un niño con cabeza de armario, una ciudad poblada por muertos, torturas, amores obscenos, persecuciones y otras cosas que no interesan a la poética.

Este libro tiene los dientes careados, los oídos supurantes, la lengua llena de llagas.

Antes de leer sus pútridos huesos, de ver su panza infectada de miasmas. Antes de topar su sexo incontinente y baboso. Antes que acabe con nuestro apetito de belleza, éxtasis, azúcar, filosofía, y nuestros matemáticos y poéticos-metafísicos cominos y rábanos. Me niego prologar sus poemas incandescentes que apenas sirven para ver de otra manera nuestra horrible vida.

RAFAEL DESSAINGNES
MADRID, 1987

EL NIÑO DE LAUREL

en un pueblo
donde el sol entraba a las casas
saltando tapiales
y despertaba a sus habitantes
haciéndolos cosquillas en los pies
nació un niño con cabeza de armario
este hecho
conmocionó a la comunidad
el niño se convirtió en escándalo
y fue necesario exhibirle
en la plaza más grande del pueblo
para evitar amontonamientos
de carros y mulas que llegaban
de todas partes del país
transportando sacerdotes ancianos
científicos y militares
solo para verle dormir
con una puerta del armario cerrada
y la otra abierta
y cuando lloraba
escuchar el insistente
traquetear de sus cajones
hasta que colocaran en su interior
una botella de leche

el niño creció
y se le fue haciendo más difícil
llevar la cabeza sobre los hombros
no podía subir a los buses
tampoco jugar de arquero
en el equipo del pueblo
pero descubrió que no necesitaba
ir al colegio
o a la universidad
porque con solo depositar los libros
de cualquier tema en su cabeza
obtenía la sabiduría
de un erudito en la materia
lo que le convirtió en el cráneo
más pesado de la humanidad
llegando a poseer en su memoria
cerca de cien mil títulos
que abarcaban desde magia negra hasta
«diseño y construcción de ciudades espaciales»
asimismo
se había creado una terrible dificultad
su cabeza se desarrolló a tal grado
que de armario pasó a ser
una especie de bóveda con puertas de cementerio
que le impidió salir
del cuarto de estudio
por el resto de sus días.

MUCHACHO DE CORAZÓN AMARILLO

me imaginas durmiendo entre tus cartas
recordando la lujuriosa ruta
de nuestros orgasmos
desnudo y prendido de tu cuello
haciéndote revelaciones
para que me digas que crees en la felicidad
sí estoy atado a tu cuerpo
nutriéndome de tus pechos
como rómulo y remo
muchas gracias de veras
pero ya no soy el muchacho de corazón amarillo
que mira confundido la sombra
de tus nalgas en las fiestas
esa frágil marioneta
que se movía a media noche por la cocina
llevándote café en la tetera blanca
ni siquiera soy el vagabundo
que te escribía poemas
en las puertas de los baños públicos
nunca más seré
una patata frita en la sartén de mi suegra
aunque para ella no deje de ser el ebrio
atropellado por la húmeda luz de un camión
ahora estoy sufriendo

la magnificencia de la gracia del señor
vivo al margen
a la orilla de tu sed
en aqiev
esa región invisible de la muerte
donde apolo y afrodita
son perfectamente humanos
donde la lluvia se quiebra en los siete colores del sol
y las mujeres se tienden en las riberas
como si nunca hubieran pertenecido
a estas cuevas o avenidas.

RABITO

estaré silencioso estos días
como cuando murió mi primera mascota
no fumaré ni saldré a caminar
por el bosque de ushimana
tampoco quiero que venga el félix
a conversar del gobierno
de sus últimos sucesos
necesito estar solitario
para detenerme a meditar
como esos monjes de los himalayas
que se pasaron la vida
queriendo desentrañar los misterios de aqiev
y aunque no soy ducho en hacer poemas
pensaré acerca de uno que te haga inmortal
utilizaré ¡guauu! tu palabra favorita
le pondré música de rondas infantiles
un hueso de azúcar al final de cada estrofa
y al tercer día
llegaré a la tumba de donde hoy duermes
y lo leeré
como cuando leía a breton
mientras vos te revolcabas sobre mi cama
pero si ese momento se te ocurre
lo mismo que al rey de los judíos

¡guauu! —te diré— ¿eres de esta vida o de la otra?
seguramente contestarás moviendo el rabo
incitándome a que te persiga
morderás los cordones de mis zapatillas
entonces
empezaré a corretearte
hasta que nos vayamos esfumando
en medio de un campo lleno de girasoles.

MARÍA

recordarás maría
cuando paseábamos por la plaza san francisco
y quedábamos lelos
viendo al doctor gustav
que estaba ahí de casualidad
porque iba a entregar unos sobrecitos
que eran la bendición de dios
vos me codeabas
para que me fije en el anciano
que miraba cruzadito las manos
atrás de la raya blanca caballero
no me toques los frascos niño
viendo a los cargadores espantados
uno dos tres años una tableta
antes del desayuno
te cogía por la cintura
y a tu oído decía
¿no tendrás la solitaria?
desde los doce años tres tabletas
después de las comidas
recordarás maría
cuando fui la primera vez a tu casa
y tu papá me quedó observando
con una carota
cosa que me sobrecogí
porque fue un punto menos a favor

que luego lo reivindiqué
al visitarte preocupado
cuando apenas tenías un resfrío
recordarás que aburridos
de estarnos besando en el parque el ejido
nos dedicábamos a ver cómo jugaban cocos
éramos jueces del boly
del 40
o sino vagábamos por la 24
viendo a las putas
llenándonos de deseo
y gastándolo en caricias
abrazos toscos
porque no teníamos un perro sucre
para comprar los profilácticos
que nos salvarían de tu maternidad
recordarás maría
cuando mi hermana me prestaba
las llaves de su casa
yo te iba a esperar en la universidad
para ir a devorar el refrigerador
y luego meternos en esa cama
que parecía cancha de fútbol
porque a los 45 minutos
quedábamos exhaustos
y si teníamos plata chupábamos
en «las aspirinas»
el salón de los ciegos
que eran maravillados al vernos
abriéndonos paso entre sus historias

ya borracho te preguntaba
¿*sabes*?
y vos contestabas *no*
porque sabías que te quiero
recordarás maría
hoy que somos dos viejos
que se ven inmensamente a los ojos
como diciéndose a este yo le conozco.

BARBA ROJA O EL MISTERIO DEL POEMA

los piratas nunca veneraron
las noches sin estrellas
ni sus verdes sueños madurados al fin
ellos están contra las embarcaciones
resignadas a vivir en los puertos
saborean sus mitos como quien ama
el tatuaje de una mujer
en el brazo
antes de hacer la siesta
guardan su pata de palo
en el baúl con siete llaves
colocan el parche
con el cordel con varios anzuelos

desvergüenza

me siento el niño que recorre los charcos
en su barquito de papel
nunca entenderé a los marineros
que beben cerveza al pisar tierra firme
el lenguaje acaba de jugarme una mala pasada
yo quería hacer este poema
con el habla especial de los delfines
sin ejemplos hechizados
por la sal de las aguas

ni náufragos agarrados al tronco de una frase
donde las sirenas
lean el evangelio de sus cuerpos
y el viento ballenífero nos embargue
fumo como el capitán
que piensa en el peligro aún no consumado
soy ese fantasma que ronda los tesoros
en la isla vacía
ojeroso sigo buscando
la significación de cualquier símbolo
que permita desencantar el misterio
de los corsarios
tal vez no logre
escribir este poema
pero juro
por barba roja y los siete mares
que algún día develaré su historia.

JUVAN CARZOS

Nacido en un pueblito del Ecuador, comenzó a escribir poemas a los nueve años. A los trece publicó el primero. También escribió en kichwa. En el año de su aliá, en mil novecientos veintisiete, aparece su poema PRENDAS TAN QUERIDAS, firmando con el seudónimo CARZOS, que luego adoptó como apellido definitivo.

Durante la guerra del cuarenta y uno residió en Cali y otros lugares de Colombia, para regresar a Etznüez, provincia de Pichincha, en mil novecientos cuarenta y cinco. En mil novecientos sesenta, visita San Borondón, lo que quedó impreso en su gran poema PASAJES.

En el sesenta y nueve es premio Jesús María Lequerica por su libro PROFESIONES, luego premio Angosto Pioli, con el poema EN LA GUERRA MUEREN HASTA LAS FLORES.

Traducido al griego y al alsaciano. Sus obras siguieron apareciendo después de su muerte publicadas por editorial Roca y Liebre.

Este poema es uno de sus mejores antes de la tragedia:

LAS VISIONES DE SUMPA

diez mil abrazos
no fueron suficiente
para acariciar tus pechos de ñusta

frágil escultura
te consumen te consuman
amores secos
alhaja huarmi
junto a mi tumba
tu luz cenital repite el gesto

ningún hombre escapará
al olor de tu asnayuyo
ya nada pueden mis sueños
ni la flor de tilo
mas qué importa
si ya la ñusta
ha cuajado en este rictus.

INVITACIÓN

creedmoi
nuo est temps d'mourir
recoget les uves
tendremois hermosure et enchante
nuo volbeiremois a étair troistes
conme sphinges llamativuas e extrañes
la vie n'est pas une aventure
c'est une manzane repartit entre toutos
dessa d'doumir
et vien conmig
viengan
les qui tiens suis cuellos lavantés pour il hambre
les qui dudain et les qui crein
totuos les qui nuo tiens zapaates
les perres sanuosos
et les mariposs amarilles
les saltamontes les vacas et sapus
les putains et les qui c'alimeintan
cun les putains
viengan viengan
les mujeres d' perfiel grigo
et dients finites
les lombrices les scorpions les rouces
lechugues garániums berrus

les sonmunistes et les qui nuo
sun conministes
nuo voi a habler d' paz ni d' gerre
nuo pronuceré le pelebra espoiranze
je nuo soi il salvadeur del mundi
je nuo les invite a qui moi escucheis
invite a le qui toutos deseais
qui les invite en la vie
a bevoir une beer a bevoir une beer a beber una cerveza.

(*Segundo Éluard*)[1]

[1] Poeta francés contemporáneo, exquisito en el trato del lenguaje. Ha escrito: *L'enfant qui dort*, *Carta postale*, *La dame de Haute-Savoie* y *Repondez-moi*, libro del que hemos extraído este poema.

ANTEOJOS VEGETALES[2]

La imprevisible huella
demanda una sensibilidad
del verdadero enemigo interno
que hace más bella
la historia del poema
tras la emergencia humana
de un verano de dolor
los románticos al día
ruedan en el texto a media noche
habrá una extraordinaria creación
en busca de las delicias
del cristal

no descansaremos
estos terribles anteojos
son un rompecabezas jamás condecorado.

[2] Corte literario en el que se trata de remendar frases célebres, coser ideas vagas y pegar palabras esdrújulas para la elaboración de un verdadero terno poético que exagere nuestro goce estático.

SOMOS DESAGRADABLEMENTE UN POCO DE HUESOS METIDOS EN UNA CAJA

Entendí la delicadeza de ser un espectro
porque la caída de mi sombra fue una delicia
Esa noche vagaba
por la vieja ciudad de aqiev
donde el más leve movimiento
es un sonido exacto.
Había descubierto que para mí
el tiempo tocó su fondo
Mis muertos se levantaron de la tumba
e invadieron la ciudad
No había duda era un cadáver más
que compartía con ellos cada uno de los placeres:
comíamos niños
abandonados en las calles
degollábamos a las viejas gordas
y mientras bebíamos whisky
surgían de nuestros labios
serpientes enloquecidas
contando historias del pasado:
Win afirmaba ser
el hombre más buscado por la policía
Drid acariciando su demacrado rostro
relataba sus romances con niñas de 7 años

yo reía estrepitosamente
porque pasé toda mi vida
escribiendo poemitas
Cuando salíamos de los bares
entrábamos en velorios que no eran el nuestro
o caminábamos como zombis alrededor de los cementerios
hasta quedar dormidos en una fosa común
y empezábamos a soñar:
Ed cenaba en una lujosa mansión
acompañado de la vampiresa diana
Ma emergía de la neblina laberíntica
con una paloma muerta entre sus manos
yo apaciguaba la revolución nudista

Pero llegó el sol
y Ed Win Ma y Drid somos desagradablemente
un poco de huesos metidos en una caja.

EL EXDIFUNTO

revisaré los periódicos
hasta encontrarme en alguna crónica roja
porque desde esa maldita tarde no transcurro
y he cedido al enjuiciamiento de los otros
como si ejecutaran la ceremonia de la luna llena
esta muerte agrupa el odio de mis enemigos
de la misma manera que un alacrán
hunde sus tenazas en la mano de un niño
su sombra es suprema
como el sol en la fotosíntesis
sé que estoy en un ataúd
tapizado de terciopelo
con las manos en el corazón
como se duerme para tener pesadillas
ya no hará falta
que ande contando las piedras de la calle
ni siquiera que me detenga
junto a los charlatanes
mis conceptos han caído conmigo
en esta tumba
y solo aqiev sabe que yo existo
como la hiena sin cría
que acecha al raptor hasta que duerma
esta muerte me ha despoetizado

pero ha abierto otro espacio
donde una bruja ingresa verticalmente
y cae sobre esta página
reivindicando mi teoría del encanto.

MAL

la muerte es buen colchón para este mal
solo ahora entiendo lo lejos que está el cielo
por eso repaso una hilera de santos
como si estuviera contando ovejas

nunca han de salir las cosas como uno quiere
yo creí que ella estaba loca por mí
y todo lo que hizo
fue entreverar sus piernas con las mías

hay que dejar que el agua de los tejados
gotee hasta hacer agujero
los gatos no despiertan con el olor del sol
y si alguna vez han oído
el quejido de los años
saben que a la larga acabarán con todo
incluso con ella
que huele a miel derramada
donde los años parecen encogerse

esta es mi época
por eso una bandada de cuervos
me visita desde hace algunos días
seguramente me llevarán tras las cortinas
pero yo nunca tuve miedo a esa oscuridad

lo que me espanta es esta vejez
que no me permite recordar
el trote rebozado de las damas
y el galope de un caballo
allá donde se cruzan los días.

EL ESQUELETO DEL TIEMPO

aqiev está más allá
de los letreros luminosos del cementerio
en los parques de asientos húmedos
acurrucado bajo las patas de la cama
es el escarabajo que de noche
hace ruido en la puerta
sin embargo, no diré a nadie
son demasiados para descubrir
que cada uno sostenga su alegría
que se corroe en la abertura de las tardes
ahora yo me iré a caminar
para escribir con ustedes una leyenda
porque dentro de su espíritu
hay una piedra
para sepultarlos
seguiré abriendo tumbas
hasta encontrar el esqueleto del tiempo
la muerte es larga
como los caminos
deben quitarse arremangarse
para plantar sus vidas
en la maceta
igual al hombre
que dibujó un bisonte
para adornar su morada

miren los rieles
ellos nunca se juntan
sus sueños son diferentes
a la mueca dulce de los niños
que depositaron sus cuerpos en aqiev.

FANTASMA ENAMORADO
(1991)

UN MAÑANA

esto de despertar
y saber que hay un mañana
y mañana al despertar
saber que hay un mañana y mañana unmañanaymañanaun
[mañanay
pero vos sabes que si despiertas
un lunes
a la mañana siguiente será martes
y el lunes es lunes
y el martes martes
vos sabes que el lunes se trabaja
el martes se trabaja
y los miércoles
y los jueves
y los viernes
pero esto no quiere decir
que todos los días son iguales
porque el lunes es lunes
y el martes martes
aunque los siete días
podrían ser domingo
y el lunes lunes
pero vos sabes
lo que importa es saber que hay un mañana.

NI SIQUIERA LA CIENCIA ES UNA VACA SAGRADA

intrigado por la muralla china
dediqué gran parte de mi vida
a su investigación
en el principio
me pareció imposible
que pueda existir
con su material
se pudo haber edificado una ciudad
para diez millones de chinos
así motivado por mis cavilaciones
indagatorias
estudié ingeniería civil
obtuve el masterado en construcciones
dicté cursos
sobre diseños de puentes
conferencias acerca
de la arquitectura grecorromana
pero la muralla china
me seguía haciendo despertar a media noche
hasta que decidí
realizar una expedición al tíbet
para recoger información
de las rocas utilizadas en su construcción
a mi regreso

alemania
quiso contratarme
para que reconstruyera el muro de berlín
        mafiosos de todas partes del mundo
        hacían cola en mi oficina
        esperanzados en que les firme contratos
        para la edificación de sus búnkers
            mas hoy cuando he descifrado
                los misterios de la gran muralla
me despierto
intrigado por los castillos de arena
        que mi nieto
        construye sobre la playa.

CAPERUCITA ROJA Y EL LOBO FEROZ

un día caperucita roja
se internó en el bosque
mientras escudriñaba
apareció el lobo feroz
con voz de caperucita
le preguntó:
—¿qué llevas en la canasta?
y caperucita roja
le contestó con voz de lobo:
—una carabina con tres balas
—¿por qué la carabina tiene mira?
preguntó el lobo
—para verte mejor
contestó caperucita
—¿para qué la arrimas al pecho?
—para disparar mejor
—¿y a quién vas a matar?
—a vos. pum/pum.
colorín colorado
este cuento
está contado.

YO NO SOY DE ESTE BAILE

últimamente sueño cosas muy extrañas
sueño que una niña
me lleva por el cuello de arriba
abajo
como si fuera un muñeco

sueño que estoy caminando
en el tejado de los vecinos
y sin darme cuenta piso el vidrio del tragaluz
entonces voy a parar en la cocina
y los ratones al verme con la barba quebrada
ríen cínicamente
y yo con la sangre entre ceja y ceja
les correteo
hasta que cansado me despierto en un sillón
y empieza la bendita rutina:
la radio dice qué ropa hay que llevar este día
me estiro como tratando de alcanzar el tumbado
bostezo largamente
escucho voces por toda la casa
me mojo las manos
y comienzo el ritual para lavarme la cara
enseguida voy en busca de leche
en un dos por tres estoy en la mesa
oliendo el pan y la mantequilla

hasta que me percato
de que la niña mimada de la familia
se acerca con la intención de atraparme
y dando un salto acrobático
escapo por la ventana
a pasear en los tejados de los vecinos.

LA CRUZ SÍMBOLO DE LA SUMA

joven poeta ecuatoriano
demostrará que cristo no cargó una cruz
sino una butaca
este acontecimiento que podría desviar
el curso de la historia
ha desencadenado serias preocupaciones
en la iglesia católica
y en el mundo literario
el papa visitó ecuador
para excomulgar al poeta

que precipitadamente fugó de su laboratorio
en donde desde hace siete años
experimentaba con la biblia sapos y enanos

las monjas carmelitas decidieron
cancelar su viaje a popayán
y buscar al hereje
hasta debajo del aserrín
vargas llosa que llegó al país
para visitar a su tía julia
dijo que el escribidor
después del acto vandálico

huyó por un sendero luminoso
mientras tanto las religiosas
en agitada y desesperada búsqueda
se han metido en la olla del panecillo
registrado las pirámides de cochasquí
y ni sombra del poeta
en argentina
borges declaró haber visto al seudo escritor
parado de cabeza sobre el obelisco de buenos aires
luego de algunas semanas de
«operación rastrillo»
las monjitas escribieron una epístola a roma
indicando que el joven ateo
posee una aguda imaginación para esconderse
porque no le han podido encontrar
ni en la nariz del diablo
se teme que el poeta
publique su poema.

POEMA BÍBLICO

mi hermano asegura
que cuando suba a los cielos
san pedro le dará con las puertas en la nariz
        y no le quedará más remedio
que regresar a la tierra
                esto funcionaría
aunque san pedro
ni se percatará cuando él ingrese al paraíso
arrase con el árbol de manzanas
quiebre la vajilla irrompible de maría
se tome unas cervezas con los once apóstoles
                y salga por la puerta de atrás
                antes de que eva
                lo declare su huésped.

90-60-90

Érase una vez en que
la tierra fue una media naranja
sostenida por cuatro elefantes
parados sobre una gigantesca tortuga
nadando en un mar de leche
luego
atribuyéndole la forma esférica
se creyó haber descubierto la verdad
hasta ahora
las pruebas obtenidas al respecto
únicamente sirven para confirmar
que la tierra es una hermosa mujer
de la vía láctea
que se ha detenido un instante
en el sistema solar
a disfrutar de los baños de luna
los viajes de circunnavegación
como el empezado por magallanes
y concluido por sebastián de elcano
demuestran que después de navegar
por la cintura femenina más exótica
inevitablemente se vuelve al mismo ombligo
claro, existen algunos casos
como el de colón que cautivado
por el movimiento de sus aguas

se desvió por una pierna
y tuvo que descubrir américa
los geógrafos aseguran
que se trata de una mujer 10
por la forma siempre circular del horizonte
y la sombra que sus senos proyectan en el satélite
de otra manera —agregan—
no podríamos explicar por qué amstrong
al pisar la superficie lunar dijo:
«tengo los pies en la luna
pero mis ojos están sobre la tierra»
y se dedicó a sacarla fotos
desde todos los ángulos.

COMO GATO PANZA ARRIBA

siete años sacando a esta señorita
tecleándole mis secretos
para guardarla nuevamente
quisiera emocionar otras historias
en los espejos de su cinta
sembrar un bosque de luces verdes
para huir del correr de la luna
y esconderme de las hojas blancas
acariciando mis huesos
estos ojos chiquitos
no perseguirán un amor joven
escrito en el aire
siete años frente a una mesa
podría ser un récord
pero los días pasan
anhelando hacer un buen poema
y tenderse como gato panza arriba
sobre un tejado nuevo.

LOS ADOLESCENTES

los adolescentes
con sus caras de prisma
y cuerpos cilíndricos
viven inquietos en el cuadrado

los discos
distraen sus trapecios grises
cuando se preocupan
por el paralelepípedo
de la vida
entienden
que la superficie del rectángulo
no es base por altura sobre dos
y la realidad les cae como un cubo de hielo.

CRÓNICA DE UNA FAMILIA DE NIVEL MEDIO EN TODO EL TERRITORIO ECUATORIANO

en el almuerzo
la cebolla sentada sobre una silla
lagrimea quejumbrosamente
al extremo de la mesa
el tomate
acariciándose los bigotes
colorea
el rábano como si le importara
un comino lo que se discute
pide un vaso de coca cola
mientras el pimiento
en silencio se sirve
su sopa
y la lechuga que desea
conservarse fresca
picotea unas cucharadas de arroz
cuando la familia
se ha levantado
la cebolla recoge los platos
pensando en el almuerzo del día siguiente.

ESCRIBISTE UN HERMOSO POEMA Y LO PERDÍ

A Gustavo

ese martes salí como siempre
llevaba tu poema en la carpeta
        caminé por la av. américa
y al tratar de cruzar
        la 10 de agosto
se paró delante de mí
        una calabaza tirada por ratones
bajaron unos monstruitos
me obligaron a subir
        les dije que estaban equivocados
        que yo no era ningún personaje
                de cuento
me hicieron callar
porque ellos solo cumplían
órdenes de rico mcpato
        nos internamos en un bosque
        en cuya entrada dos cuervos
        hacían guardia
atravesamos una serie de pasadizos
y me encerraron en un cuarto oscuro
            pensé en alguna hada madrina
            o por lo menos en despertar
            de eso que parecía pesadilla

pero en ese instante asomó el lobo
que debió ser el que se comió
a la caperucita y a su abuela
por las botas y las manazas
cuando se aproximaba
y me ponía la luz en los ojos
empezó a gritar que él lo sabía todo
le contesté magnífico
(porque yo no sabía nada)
se enfurecía
me tiraba del pelo
y me decía
que no vale la pena que mienta
porque desde esa mañana
ya no le quedaban dudas
de mi participación
que habían encontrado en mi casa
un arsenal literario
de viejo barbones y jóvenes locos
que quisieron tomarse el mundo
por asalto
yo gritaba que soy estudiante de economía
y que en mi casa
hay únicamente
las historias prohibidas del pulgarcito
y que la tierra es un satélite de la luna
entonces me pegaba en la cabeza
y unos hilos tibios
recorrían mi rostro

manchándome la camisa
luego amanecí
amarrado de pies y manos
en un patio que tenía un tanque lleno de agua
y cada vez que decía:
no-sé-na-da
casi me ahogaban
me estaba volviendo más flaco
y no es cuento
porque blanca nieves
y los siete enanitos
no asomaron
por ningún lado
hasta que una madrugada desperté
en la orilla de la ciudad
y lo primero que hice fue
llamarte para disculparme
porque tu poema
se quedó confiscado
junto a mis libros de roque dalton
y leonel rugama.

BALADA PARA MI VERDUGO

el miedo es una idea
un concepto que está en el aire
y necesita de una persona para poner
los pies en la tierra
yo soy muy simpático
no soy miedoso
moriré el jueves 27 de julio
la verdad no es una mentira
solo los cobardes tienen miedo
ellos mienten
la verdad está en las cosas
el miedo flota en el aire
me siento muy simpático
la verdad es la muerte
el miedo es un fantasma
mi verdugo es una persona miedosa
yo me sigo sintiendo muy simpático
de sus ojos se desprende amor
es un miedoso
que tiene la verdad en los ojos
el amor no flota en el aire
moriré el jueves 27 de julio.

CELEBRIEDAD
(1991)

CELEBRIEDAD

«Cuando no ando en las nubes
ando como perdido».

Un borracho es una noche trizada sus cristales
es un cristal tirado bocabajo
es un poste con el foco encendido
es un disco hablado del suicidio
es un torturador triturando los testículos del lenguaje
es una cantina con sus putas y ladronzuelos
es una botella destapándose en la cabeza

un borracho es una mujer azul
¿te gustan las mujeres azules?

Dylan Thomas fue un buen borracho
se salió de la clínica a tomar 18 whiskys seguidos

las mujeres azules vagan en las noches sin niebla
¿te gustan las mujeres azules?

el Marco es buen borracho
dice que está cuerdo de remate
una mujer azul es un niño haciendo volar su cometa
las cometas son velas encendidas
¿te gustan las cometas?

ellas invaden los sueños vestidas de lila
corren por las veredas tropezándose con la luna
incendian las noches en sitios estratégicos
violan el recuerdo refugiándose en los poemas

¿te gustan los borrachos?

una mujer azul es una niña chorreándole su helado
es una flor de donde salen gigantes perfumados
es una ciudad con sus túneles y avenidas
es un libro con las piernas de par en par
es el cuadro amarillo de un loco
es un ángel con las alas rotas

el Marco es un buen poeta nos rompió el alma
un borracho un cristo resucitando
cristo es una puerta abierta
una puerta es una canción de bob marley
bob marley es un perrito orinando en el poste
un poste es un borracho con el foco encendido —ya dije—
¿ya dije te gustan las mujeres azules?
azules sus pétalos
pétalos los ojos
ojos negros transparentes
transparentes sus pechos
sus pechos de luna
luna de cuarto menguante

¿te gustan los borrachos?

a mí me gusta la cerveza
una cerveza es un plato de sopa hirviendo
es un poema botando espuma
es dios cabalgando desnudo
es una plancha calentándote la cabeza
es una montaña con muchas lagunas
¿te gustan las mujeres azules?
Dylan Thomas fue un gran poeta
tomó 18 whiskys seguidos
yo no soy borracho a mí me gusta la cerveza
¿te gustan las mujeres azules?
estoy bebiendo una cerveza
yo no soy gran poeta

un gran poeta es un piojo trepándote los huesos
es un gusano carcomiéndote el intestino
es una ameba jodiéndote el espíritu
es un virus inoculándote el cuerpo
es un microbio infectándote la memoria
es una ballena navegando en tu corazón
es un elefante zumbándote en las orejas
es un camello sentado en tu joroba
es un burro cruzando en el cielo de quito

¿te gustan las mujeres azules?
un gran poeta es un gran poeta
yo no soy borracho

a mí me gusta la cerveza —ya dije—
Dylan Thomas fue un borracho
salió de la clínica a tomar 18 whiskys seguidos
el Marco es buen poeta
dice que está de cuerdo de remate
¿te gustan los poetas?
un buen poeta no es el testigo ontológico de todo lo que acontece
no es la seudoconciencia universal
no es la reencarnación del pensamiento
no es una sospecha de la realidad
no es lo que alcanza su realización
no es ni siquiera un atributo indispensable
Dylan Thomas fue un gran poeta
¿te gustan las mujeres azules?

ya he bebido mi segunda cerveza
yo no soy buen borracho
¿te gustan los borrachos?
el Marco es gran borracho

un borracho no es una consecuencia que afecte al sujeto
no es un significado verdadero
no es el ser determinado por la arbitrariedad global
no es lo específico de la torpeza
no es el ocultamiento tras una realidad
no es la motivación que nace en cualquier destino
no es de ningún modo algo que haya sucedido
no sucede nada en absoluto
¿te gustan las mujeres azules?
Dylan Thomas fue un gran poeta

tomó 18 whiskys seguidos
a mí me gusta la cerveza
el Marco nos rompió el alma
el Marco es buen poeta
¿te gustan los borrachos?

ya he tomado cuatro cervezas
sin desperdiciar una sola gota
una gota es la luna derramando el vaso
el vaso es comunicante del dolor
el dolor es una mala noticia a quemarropa
quema la ropa del Marco amigo mío
mío el amor ajeno
ajeno es el verano
el verano es una muchacha en bikini
un bikini son dos ojos abiertos al extravío
el extravío es un mundo
un mundo es mi quinta cerveza
¿te gustan las mujeres azules?
yo no soy un poeta
Dylan Thomas se tomó 18 whiskys seguidos
el Marco es buen poeta
a mí me gusta la cerveza ya bebí la sexta
el Marco nos rompió el alma

el alma no es una parodia del principio
el alma no es una creatura que represente un papel
el alma no es una sugestión hipnótica
el alma no es una forma de personificación del universo
¿te gustan las mujeres azules?

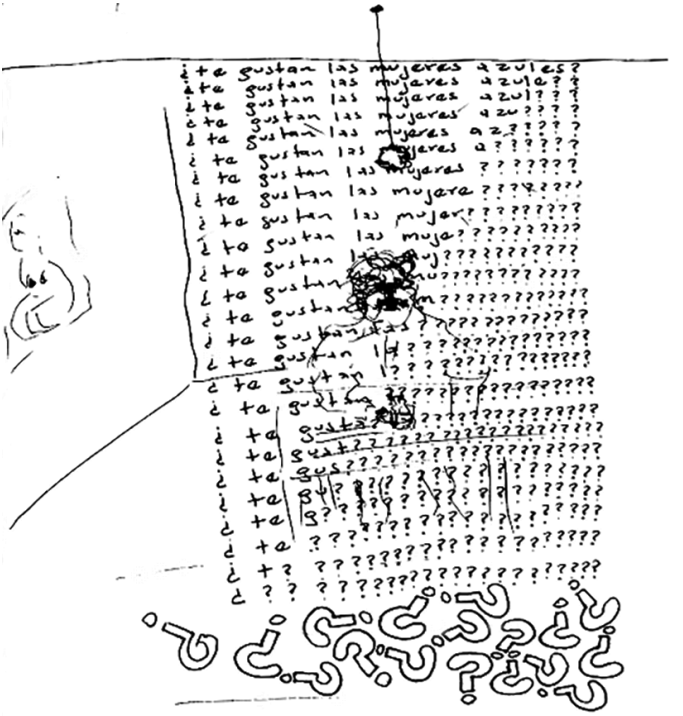
a mí me gusta la cerveza
es hora que me pregunten
si estoy triste como un borracho

yo no soy borracho

mi pajarito del espíritu no es un cóndor
porque un trozo de luz no tiene mayor intensidad que el sol
Dylan Thomas fue buen poeta
yo no soy un borracho
estoy comprendiendo que solo el canto de los gallos
muy cerca de las cantinas
puede derribar las sombras
y con la cerveza de la luz
se podría jugar al hombre negro
para espanto y amor de los borrachos
que en vilo rompen una botella
el Marco nos rompió el alma

yo no soy borracho
así puestas las cartas entre estos días luminosos
deben preguntarme si estoy triste
porque yo he buscado a la cerveza
y nadie negó que ella convierte en borrachos
casi digo un presente adornado de colores
pero mis recuerdos dibujan sus fantasmas
¿te gustan los borrachos?
alguien debe preguntarme y no me iré sin inflar la barriga
que esta es una cantina con cerveza para nosotros
aunque su hirviente silencio bulla

y los huesos de sus borrachos
no dejen huella por donde pasen
¿te gustan las mujeres azules?



tomo mi octava cerveza
Dylan Thomas tomó 18 whiskys seguidos
el Marco nos rompió el alma
el alma es una bandada de pajaritos
es música entre sueños
es el cielo azul volando
es una gaviota blanca
es la inteligencia a borbotones
yo no soy borracho

Dylan Thomas tomó 18 whiskys seguidos
Dylan Thomas fue buen poeta
él gritó ante su muerte
temiendo al fin su último sonido
yo rezaba en el cuarto agazapado
junto a su cama ciega
y los hijos de la sombra
llameaban como arden las fogatas
ahora su grito de pájaro acuático
me derriba para besar el polvo
yo joven esopo que fabula con la noche
que grité sobre la colina de sir gabriel
grabo antes de la estocada de la noche
aquellas olvidadas mañanas
cuando un niño paseaba con su madre
¿te gustan las mujeres azules?
yo no soy un borracho
a mí me gusta la cerveza —digo—

estoy bebiendo mi novena cerveza
esto no es un delito
yo no molesto a nadie
que nadie me moleste a mí
a mí que soy hueso de pellejo
pellejo mis manos
mis manos temblor
temblor de noches largas
largas las noches sin vos
vos cabecita de alcornoque
cómo se te ocurrió dejarme por borracho

borracho tu espíritu
tu espíritu santo amén
amen a sus mujeres
mujeres canción
canción de cuna cerca del mar
del mar vienen las sirenas
las sirenas anuncian el toque de queda
queda uno muy mal cuando le han roto el alma
el alma nos rompió el Marco
el Marco ha de venir
devenir es ironía
ironía irónico irrisorio
irrisorio mi cuerpo flaco
flameando en mitad de esta cantina
donde la luna ha caído en un vaso de cerveza
y julio jaramillo se toma a pecho
eso de pajarillo cantor
cantor canten cantemos
en el prendedor de mi corazón
te clavaste tú
hemos jurado amarnos hasta la muerte
y esa es la razón de vivir por ti
y si los muertos aman
después de muertos amarnos más
mas es el azar
¿te gustan las mujeres azules?
Dylan Thomas fue un gran poeta
tomó 18 whiskys seguidos

el Marco nos rompió el alma —no me harán olvidar—

el olvido es el carácter adecuado de la máscara
es el aspecto cómico de la historia
es un acto de fe
es el recibir que no tiene ninguna consecuencia
es el engendro ¿te gustan los borrachos?
levanten todos su décima cerveza

¡salud! al maestro que alumbra
un cambio en los climas del corazón
un clima en la carne y los huesos
un clima en la parroquia de las venas
un cambio en el clima del mundo
del mundo loco y de nosotros
nosotros tristes señores de comarca
comadreándonos y compadreándonos los sueños
esos elefantes rosados que entretienen
la conciencia de estar vivo

yo quiero que todos rían conmigo
que rían las botellas
que rían las mesas
que rían las sillas
que ría la cantina
que la risa salga y vaya haciendo reír
los postes del alumbrado público las veredas los edificios
las fábricas escuelas mercados tiendas barrios
que toda que toda esta maldita ciudad ría

rían ustedes también imbéciles
yo no estoy borracho
a mí me gusta la cerveza
¿te gustan las mujeres azules?
pero antes pásenme la décima primera cerveza
que yo no soy buen poeta
a mí solo me gusta la cerveza pálida
con los cabellos espumosos chorreando por su cuello
me gusta
me gusta el vestido oscuro que oculta su néctar
esa alegre ebullición que al contacto con mis labios
la siento fresca revitalizante confortadora
sí sí me gusta la cerveza

toneles de cerveza
piscinas de cerveza
estadios de cerveza.

CABALLOS E IGUANAS
(1993)

DE CÓMO Y POR QUÉ SE LLEGÓ A DESTAS TIERRAS

Habiendo de tratar del Nuevo Mundo
diremos que nuhay dos mundos
sino que deste es uno solo
Mas aquellos que creyen
que hay un Viejo Mundo y un Nuevo Mundo
que se estén en sus heréticas imaginaciones
E debo dezir que el cielo es infinito
como *Extendens caelum sicut pellem*
que dize:
assí cubre el cielo este gran cuerpo llamado mundo
A los que afirman que deste gran cuerpo
no es todo habitable por su mucho calor
y su mucho frío
osaré dezir que lo es tanto debaxo
de la línea equinoccial como por encima
porque Dios Nuestro Señor no va a ser tonto
habiendo criado todo, dejar la zona tórrida
para que sea inabitable por su mucho calor
y lo que llaman polos por su muy mucho frío
Y es de saber que deste mundo no es plano
como los antigüos filósofos dixeron
e que cuando una embarcación se echa al mar
esta no se caye donde el horizonte
sino que sigue como lo probara Wiuro
quien zarpando de la isla Guanahaní

le cogió un temporal tan rezio y tempestuoso
que no pudiendo resistir
se dexó llevar de la tormenta
y corrió cincuenta o setenta días
sin saber por dónde ni adónde
su piragua padeció grandísimo trabajuo
y casi ni comía ni dormía
Al cabo deste largo tiempo
agarrado a los remos de su embarcación
fue arrastrado hacia tierra
no se sabe de cierto cuál fue
mas se sospecha que era lo que
agora llaman Puerto de Palos
Y ocurrió que estando el piloto ya en tierra
fue a parar a casa del famoso Cristoval Colón
el cual lo recibió con mucho amor
y le hizo todo regalo
por saber cosas acaecidas
en tan extraño y largo naufragio
Y como Wiuro llegó descaecido
tan solo con su taparrabos
y viéndolo Colón como un animal
con su color prieto y su pelo tan grueso
como cola de caballo
creyó que era por el mucho sol recibido
Y estando Wiuro ya repuesto en su casa
le habló muy mucho en la lengua guanahaní
y el gran Colón se dio modos para entender
lo que deste le contaba
de las tierras que había llegado

Y habiendo Colón recibido el gran mensaje
destas tierras que las llamó Yndias
se apresuró en acuchillar a Wiuro

Y fue assí como organizó una embarcación
que llegó a las Yndias el 12 de octubre de 1492.

DE NUESTRO TRABAJUO

Como las gentes que venimos de Castilla
éramos no temerosos de Dios
e llenos de muchas pasiones y mucho ganosos por dinero
entrábanos en destas tierras
como lobos rabiosos entre los corderos
por tales y tantas maneras
que no decimos de pluma para contar
y lengua no basta para decir
Ellos eran gentes pacíficas e sin armas
e nosotros muy codicia y robadosa
que vindo que una dellas tenía un niño
y si el perro que llevábamos hacía hambre
tirábamos al niño de los brazos
y así lo despedazaba en su presencia
pero eso no bastaba a nuestros ánimos
y acaecía que llevando veinte o treinta yndios
cargados o trillados de los pescuezos unos de otros
y si alguno roía la trilla, dejaba la carga e huía
nuestro perro alano quellos lo llevaban en andas
en una destas camas que llaman hamacas
lo soltábanos, y antes que llegásenos a él lo destripaba
y era muy festejo ver el espanto de los otros
Dixo una de ser muy estimada
e fue que cuando traíbanos cautivos
algunas mugeres paridas

por solo que lloraban los niños
para que callasen su fastidio
los tomábanos por las piernas
e los aporreábanos en las peñas
Y si desto no era suficiente
los arrojábanos al río
e viendo cómo ya hacía silencio
nosotros hacíanos la bulla de risas
con la bulla mansa de la madre
E cuando un yndio que noera yndio sino ashco
lo echábanos a sacar oro de las minas
y en la noche dándole palos o azotes
porque no traía mucho
lo atábanos de pies y manos
y lo dejábanos bajo la cama
y nosotros encima con su muger haciendo la diversión
e acaecía en estando en desto
nos olvidábanos del yndio bajo la cama
que a los dos o tres días moría de hambre
Y fue una vez que aconteció
questando en nuestro trabajuo
dellos hubo muy mucha resistencia con palos y piedras
y tal que montamos en cólera
e metimos el cuchillo
no perdonando ni a niños ni a viejas
ni a mugeres preñadas ni paridas
e les dimos tanta matanza
que a los más gordos los degollábanos
y asábanos en parrillas
e a las preñadas les hundíanos el cuchillo

y arrojábanos sus entrañas al aire
e a los más regueltos los amarrábanos a un palo
y quemábanos vivos
e a los mancebos e mancebas
les atravesábanos una viga por el ojete
y todo aquel pueblo pareció un cuadro de infierno
destos de las iglesias de nuestra Castilla
E desto es lo que yo puedo contar
de nuestro trabajuo de conquista.

ARUTAM O EL MITO DEL POEMA TIGRE

Arutam se presenta cara a cara
y empieza a gritar:
te mostraré una guerra violenta
como hay pocas desde el principio del mundo
pero has de decir la verdad en tu propia lengua
es un terrible guerrero
que no se apiada de nadie
un tigre que avanza entre una lluvia de símbolos
husmea y ruge majestuoso
y tan solo cuando se lo ha reconocido
anuncia: «yo soy el gran espíritu»
entonces no se percibe ni un hilo de aire
y del pasado sale un duende
envuelto en colchas rojas
que pone en mis manos
el maleficio de los escritores
para que poco a poco empiece a contar.

ZORRO JAPAPIUNCH

Llegó un zorro húmedo
como la sombra de los bosques trell
fue de choza en choza
comiéndose a los hombres
pero cuando entró en la mía
trepándome por las paredes logré escapar
desde entonces
vago solitario por la selva
bebiendo el zumo del floripondio
cantando las súplicas churú
comiendo pedazos de viento
y bañándome en las cascadas tisha
para que venga el gran espíritu
a entregarme su fuerza
y ser el hombre fuerte
que en los caminos desiertos
enfrente a zorro japapiunch
hasta desaparecerle de la faz de la tierra.

EL ZORRO Y EL TIGRE

Colgándonos de un bejuco
bajamos a la cueva
a coger pichones de los rapaces pájaros tayus
llenamos tres canastos
y cuando subíamos
zorro kujancham cortó la cuerda
dejándonos en el subsuelo
entonces robó nuestras mujeres
y se casó con ellas
empezamos a caminar por todas partes
guiados con el tacto
pero mi hermano encontró la muerte
en las fauces de las tinieblas
luego se reunieron los pájaros más ancianos
y decidieron que me iban a sacar volando
me levantaban y cuando ya no podían
me bajaban diciendo: te anuncio
te digo
tú tienes la culpa
por habernos extinguido
después de tantas pruebas
los rapaces pájaros prefirieron
alimentarme con frutos de copal
y transformarse en personas para conversar conmigo

al paso de los meses me enflaquecía
sufriendo la pérdida de mi hermano
y comencé a escuchar a un tigre que rugía lejos
hasta que un día caí en sueño profundo
y vi cómo el animal se acercó y me dijo:
quédate tranquilo
aquí mismo hay un camino de salida
por donde yo suelo andar
y soplándome su fuerza en las manos agregó:
sígueme
cuando llegues a las aguas jurú
tanteando mis pisadas comienza a zambullir
en poco tiempo divisarás una luz
allí encontrarás un tronco descascarado
y agarrándote a él saldrás
frente a la huerta de tu mamá
al despertar escuché los bramidos que se perdían
y empecé a palpar las huellas
hasta donde me zambullí
y salí de la cueva
oyendo que mi madre lloraba
corrí donde ella:
—¿no eres acaso uno de mis hijos queridos?
—estoy a salvo mamá
me bañó sobre todo la cabeza
que estaba cubierta de excremento de los pájaros
mató un puerco grande para que
recuperara mis fuerzas
luego con la pintura negra súa

me puse rayas en el cuerpo y en la cara
y salí
al llegar a la puerta de zorro kujancham
cuando este apenas
hubo traspasado el umbral
le ataqué
cayó cubierto de desgarraduras
perseguí a sus mujeres
y después de destrozarlas
me llevé sus cachorros.

LOS ESPÍRITUS DE LA LLUVIA

Les cortaron la cabeza uno tras otro
y quemaron las viviendas
mi hermano y yo
deambulábamos por la selva
como cadáveres fosforescentes
hasta que una mujer perfumada
de cabellos verdes
nos sirvió chicha y camotes pelados
luego se acostó de espaldas junto a nosotros
cuando mi hermano
quiso saber cómo era
le dio un chirlazo
y se internó en el bosque
volvimos a sentirnos vacíos
pero al instante reapareció
nos hizo agarrar fuertemente
de su larga cabellera
y se lanzó al fondo de un pozo
de donde salían chillidos
llegamos a la ciudad blanca
sus habitantes tocaron los tambores
nosotros hicimos el saludo de los espíritus
y contamos la destrucción sufrida
ellos
enseguida fueron por el camino

como impetuoso viento
entraron al pueblo enemigo de casas alineadas
lo rodearon
y empezaron a estrecharse
como un aro de lluvia y torbellino
arrancando las posadas
y arrojando árboles
contra los que querían huir
luego emprendieron su retorno
entonces los pocos enemigos
que aún tenían vida
quisieron seguir sus pisadas
pero solo vieron árboles
formando una empalizada impenetrable.

PARA LLEGAR AL GRAN ESPÍRITU

Para llegar al gran espíritu
fui por los caminos fríos de la selva
consumiendo hojas de tabaco
caminaba con las tripas pegadas al espinazo
buscando el bejuco de ayawaska
y estando oscuro
construía una enramada
en la cual entraba y bebía jugo de guayusa
hasta purificar la barriga
al día siguiente
comenzaba a tocar el tambor tontuí
mientras hervía las hojas mágicas
en la noche absorbía aquel zumo
con el pico del pájaro de mil colores
lo escupía en mis brazos
y tomaba desafiando a los demás
ya borracho seguía bebiendo y cantando
luego me sentía un jaguar
y veía al gran espíritu
que me alagaba con abundantes puercos y chontas
y con hermosos vestidos de plumas
que era la admiración de los otros.

EL SHAMÁN

Yo soy poderoso
ruidosamente llevo mi gran espíritu
las flechas mágicas me llegan al trote
saltando de un árbol a otro
con alegría atraigo a mis flechas jaguar
para el ataque
emborracho a las flechas bullangueras
soy infalible shamán
metido en mí mismo vuelo en rojos resplandores
enamoro a las flechas
corto el hilo que las une con su brujo
yo soy poderoso wi wi wi
supero a los shamanes napo
meto en el enfermo a tsunki
y saco los maleficios del barro
atraigo con mi baba al espíritu garza
chupo las flechas anaconda
y emborracho a shamanes aucas
wi soy
así como pájaro wichikiuatá
sé el canto de todas las flechas
wi wi poderoso
pertenezco a las grandes esencias
cuando abro los brazos
doy vueltas por el cielo como el gran pájaro

wi wi wi yo
como el temblor chupo a los espíritus negros
borracho traigo chispeantes flechas huevo
que cubren mi cuerpo
yo soy poderoso
capturo a las flechas hierba cortante
poderoso soy yo
a las flechas de simétricas rayas negras
soy poderoso yo
a las brillantes flechas tucán
poderoso yo soy
pongo frenéticas a las flechas ki
soy yo poderoso
sumerjo en la laguna a las flechas pegajosas
yo poderoso soy
borro toda brujería
wi wi wi.

LA AVENTURA

E digo que avanzaban

por aquellos caminos
donde todo es arena y pedregales

con algunos árboles de poca hoja
cardones y espinas

porque siendo los seis meses de invierno
no llueve más de los rocíos

E como las sierras son muy altas
los vientos del sur
azotaban sus carnes

como rictus de corpus christi
y el frío

ballestas y cañones doblegaba arcabuces
E al cabo de los días
el hambre bailaba en los ojos de los castellanos
la dificultad de los caminos cansaba a los caballos
de manera que iban muriendo como perros
caballos y christianos

y para el resto no era menor angustia
que gente tan afligida
recordara la vida en sus civdades
E digo que solo el país canela
y el cacique dorado
les mantenía dentro de las botas
pues era una marcha de ánimas en pena
la que bajaba de la cordillera
e se internaba en la selva
por espesuras tan sombrías que era cosa temerosa
y aunque padecían gran sed
cortaban arboledas y céspedes
que noera trabajo para gente
que abría su boca solo para decir:

«Señor
mosquitos
oro oro e cacique»

Era muy mucha pena cuando se topaban
con cañas más gruesas que el muslo de un hombre
pues les doblaba su fatiga y aflicción

Pero Dios con su misericordia
en las maiores necesidades
socorrió siempre a los castellanos
en destos trabajuosos descubrimientos.

DIMOS MUCHAS GRACIAS A DIOS

Vinieron muchas escuadras
con sus arcos y flechas y lanzas
que les daban hasta sus rodillas

rodelas y espadas que pareciban de a dos manos

con sus penachos

e pintados la cara de blanco y prieto
venían callando derecho a nosotros
como que venían a ver de paz
por señas nos dixeron
que llegaban de donde sale el sol

respondimos: nosotros tan
agora nos platicaron muy mucho

mas nunca supimos lo que dixeron
y se jueron a la hora de las avemaría
e nosotros pusimos velas y escuchas
a buen recaudo

y en la noche oímos
venir gran escuadrón de plumas

nos pareció que por cada uno

había dos cientos dellos
y estando en destos conciertos amaneció

e diximos unos a otros
que estuviéramos con corazones muy juertes
encomendándole a Dios
ya estando claro vimos venir por la orilla
muchos más con sus banderas tendidas y atambores
cercándonos por todas partes

nos dan tales rociadas
de flechas y varas y piedras que malograron

sobre treinta de nosotros
luego se juntaron pie con nuestro pie
unos con lanzas y otros fechando
con espadas de navajas
que parecen son de hechura de a dos manos

que nos traíban a mal andar
y nosotros les dábamos
muy buena priesa de estocadas y cuchilladas
e las escopetas y ballestas que no paraban
unas tirando y otras armando
e estando en desta batalla
los yndios se apellidaban
kayami-utsu piakash nashinia
y arremetían al capitán con diez flechazos

a mí me dieron tres
y uno dellos jue bien peligroso

wea wea wea
ya nos habían muerto sobre cincuenta soldados

no bastaba nuestro buen pelear

porque venían muchos de refresco

traían de comer y beber y abundantes flechas
kiyawa tsukaya ukutum
todos estábanos con dos o tres flechas
y cinco atravesados los gaznates de lanzas

y el capitán corriendo sangre de muchas partes
y nada jue buen socorro
hasta que uno dellos

cortó la cabeza del capitán
y empezó la grita los silvos y la vocería
e viendo que no teníamos juerzas
acordamos con los corazones muy altos
acogernos a la buena de Dios.

AÑO DE MIL QUINIENTOS Y TREINTA Y CUATRO

El rey Inga
envió a su capitán general

llamado Rumiñahui

y tuvimos grandes respuestas
para que volviésemos a nuestros lares
Dixo que nos daría
mucho oro y plata

y nos dieron camaricos y regalos
mugeres para todos los caballos
porque dexían que eran personas
los dichos animales
Viendo desto diximos

que comíamos oro y plata
y que queríamos ver y besar
las manos del rey
porque llevábamos plata y oro

dexíamos de los frenos y herraduras

de las armas y los botones colorados
y que todos éramos amortajados

cubiertos de lana
vestidos de plata fina
Oída esta dicha nueva

el principal Rumiñahui dixo:
«qué nueva va a ser mal mensaje»
Y con todo desto replicó muy mucho
que nos juéramos
y no hubo remedio
porque después de tener cautivo a su Inga

Rumiñahui que dixe en su lengua:

Cara de Piedra

tomó posesión de cinco mil indios

y marchó por las provincias del reyno
reclutando los tesoros
e llevándoles donde no había ojos para verlos
Corazón de piedra

ni una sola pepita de oro para el rescate del Inga

luego hizo los conventos de las vírgenes del sol

cuarteles contra los hijos del sol
levas de yndios le siguieron
otros se nos unieron porque dexían
que éramos hijos del sol

y otros se retiraron a las montañas
Cara de Piedra Rumiñahui
mano de piedra
Rumiñahui
cabeza de piedra
corazón de piedra
destruyó cuanto pisó
dejándonos únicamente

tres chozas
y un mate

para la fundación de la muy noble y muy leal
Ciudad de San Francisco de Quito.

DE CÓMO SE POSESIONÓ DE LA DICHA GRAN CIVDAD DE LA NUEVA ESPAÑA

Pasó revista al ejército el cual se componía
de treinta y dos jinetes de los que cinco
eran inútiles para la pelea
como aquel jinete de fray Fernandino
quince ballesteros y ocho escopeteros
y ciento sesenta de escudo y rodela más o menos
Y ordenó el Señor Capitán
que la fuerza se pusiera en marcha
llevando media legua adelante
una descubierta de cuatro hombres

Caminábanos sierra arriba
con los ojos bien abiertos
y los corazones bien juertes
Y como al cuarto de legua
se avistó un gran numeroso ejército indígena
que campos e cuestas venían llenos dellos
con grandes penachos e grandes lanzas
flechas y varas con tiraderas
piedra y honda
e grandes voces que era un espanto
Y yendo que íbanos con mucho concierto
y el tiro puesto en orden

y el artillero bien apercibido de lo que debía hacer
pero quel rato de los ratos
cortado de miedo no supo
ya que a pedir de voces que le dábanos
tiró fuego e hirió a tres de los nuestros
E como el Capitán vide de la manera que andábanos
ordenó que los dea caballo
peleásenos hermanados de cinco en cinco
con las lanzas terciadas o levantadas
procurando siempre herir al enemigo en la cara
sin pararse en dar lanzadas
pasar de frente atropellando
e que los de infantería peleasen en codumna cerrada
designando tan bien el lugar del artillero
con su pieza de artillería
Oído desto rompimos todos los dea caballo
puestos en cuadrillas
y los escopeteros y ballesteros y de espada y rodela
hechos un solo cuerpo dímosles tal mano
que al rato iban vueltos las espaldas
cosa que fray Fernandino
decía que Dios ha de pagar nuestro trabajuo
Pero al voltear los cerros
nos encontramos otros batallones
los cuales venían armados con mucha vara tostada
arcos e flechas e lanzas
con sus tiraderas maiores que los de nuestro ejército
otros traíban macanas y hondas
con las que hicieron mucho daño
por haber piedra en el lugar

e todos los guerreros para su defensa
eran cubiertos con un buen colchado de algodón
e penachos en la cabeza
y algunos traíban sogas
para lanzar a los jinetes y caballos
y en muchas partes del terreno habían redes tendidas
e también llevaban en andas unos ídolos de piedra
pintados e con algún pegado a la pintura
un sahumerio
y una yndia muy gorda
como el dios de los orientes
que la teniban por adivina
porque les había prometido
que tan pronto como llegásenos al lugar de pelea
los castellanos seríanos vencidos
y creídos en su diosa
se acercaban con bastante osadía
Entonces
con una salve de fray Fernandino
nos pusimos en el mismo orden de la afrenta anterior
e matamos a su diosa
y poco a poco comenzanos a romper sus batallones
hasta ponerlos en fuga
Luego se revisó el campo de batalla
hallándose tres soldados muertos e cinco caballos
y muy muchos muertos y heridos del contrario
Y después que se curó a nuestros heridos
e se medicinó a diez caballos
juimos a pernoctar a la margen de un río
e como de costumbre distribuimos escuchas e celadores

y sería un poco más de media noche
cuando los celadores prendieron a diez principales
que jueron llevados al Capitán e dixeron:
Señor traemos buena obra
e queremos que acabes con los malos kayamis
que con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente
y a todos los más de nuestros pueblos
nos tienen aquí por fuerza
labrando sus sementeras y maizales
y nos toman a nuestras hijas e mugeres
por eso os traemos buena obra
para que cuando los hayáis desbaratado
pedir de mercedes licencia
e irnos a nuestras tierras
Luego que el Capitán entendió lo que los mensajeros
le decían de darle hombres embarcaciones e comida
cayó en tierra postrado de hinojos
con ojos y manos levantadas al cielo
Y nuevamente el Señor Capitán ordenó las tropas
e pidió quinientos hombres a los principales amigos
y así todos juntos marchamos a someter la gran civdad
Pero la dicha gran civdad estaba rodeada de una fortaleza
que por su delantera había su correspondiente foso
e por su trasera una pendiente inaccesible
sus almenas estaban coronadas de combatientes
armados de honda y flecha
e tiraderas para la vara tostada
y cubrían su cuerpo con rodelas a manera de pavesinas
Las dentradas y otros puntos eran defendidos
por dos mil lanceros

cuyas lanzas tenían más de una vara de cuchilla de pedernal
E cuando nos aproximamos a la dicha fortaleza
nos recibieron con grande estruendo
y nos dieron tal descarga de flecha vara
y piedra que cubrió el suelo
hiriendo a cinco soldados y dos caballos
E decidimos aquel primer día hacer algunas escaramuzas
e mirar e remirar la fortaleza
Y luego casi sin el aliento de que no había
cómo adentrarse sin grave riesgo
se mandó a echar pie a los dea caballo
y se acordó construir mamparas o mantas de madera
para que los zapadores
pudieran con sus zapas
abrir portillos a dicha fortaleza
Pero tan buen acuerdo salió contraproducente
porque inmediatamente que tocamos sus filas
nos arrojaron una nube de agua caliente
mezclada con sangre
pez y resina ardiendo
rescoldo y lumbre
y unas piedras tan gruesas
que rompían las mamparas defensivas
e nos tocaba retroceder
como aquellos perros echados por su amo
Y el Señor Capitán nos hablaba con coraje
e fray Fernandino nos daba el valor
y volvíamos a la dicha tarea de deshacer la fortaleza
hasta que logramos abrirle

E viendo desto se ponieron cuatro caciques
en una de las almenas
y vinieron cubiertos con sus pavesinas e dixeron:
queréis oro
y nos echaron siete diademas
e otras joyas como caracoles y ánades todo de oro
y tras ello mucha flecha vara y piedra
hasta que en nuestra defensa dentraron
los yndios amigos
e se dio la gran batalla
Y estando en destas lides
sobrevino una copiosa lluvia y mucha niebla
que solo se oía el tronar de los rayos
y el de nuestros escopeteros
que pusieron en fuga a los indios
fue cuando nosotros pudimos
dentrar en la gran civdad
con las banderas desplegadas
acompañados de los guerreros amigos
E inmediatamente el Señor Capitán
llamó a fray Fernandino y a tres o cuatro soldados
y al escribano de toda la armada
que era otro jinete inútil para la pelea
e dixo: que le dieran por fe e testimonio
cómo él como ante todos tomaba posesión
de la dicha Gran Civdad de la Nueva España
por el Rey e Reyna sus Señores.

TAMBOR SAGRADO
(1995)

IMAGEN DECAPITADA

Con letras negras escribo
lo que puede ser el juego que los inocentes no eligieron,
mi obra es autobiográfica,
soy la gran figura
y el mero retrato sobre el abismo profundo,
resistente como el movimiento del mar, un lobo
que cuenta haber pasado malos ratos.

Resido en esta ciudad paseando por
los pretiles de las iglesias
por eso sé que las flores siempre han sido
originales
y el odio pone duras a las personas;
cuántas veces no he visto el silencio
como un rollo de nubes desdoblándose
en el cielo
bajo el cual hombres mugrientos
me proclaman rey;
de ¡tal palo tal astilla!
pero un solo disparo y esta ciudad se va al caño,
no es que me atraviese un pensamiento negro
como el gato que me sale al paso,
sé que algo está pasando
no quiero ser un hombre muerto a palos navegando
por las márgenes torcidas de un río

no es de gana que realice
esta redacción soñolienta
tampoco que el rojo me confunda como la capa al toro.

Hombre de mirada lánguida como la mía
no puede seguir
escribiendo epigramas corrompidos;
es dramático, pero nadie acepta
que la poesía afecta a las neuronas,
es como si todos
hubieran comprado una cama
para el sueño profundo,
esta es una ciudad de almas negras acariciándose
las partes más obscenas
para que sus hijos carguen con las hachas
como los desconocidos que entran en la iglesia y
decapitan la imagen de Cristo,
pero un solo disparo y todo se va al caño
total no solo el imbécil fracasa dos veces.

POEMA

Durante buena parte de mi vida he soñado
que el demonio aparece y lee un poema
extravagante, hermoso con grandes
efectos de genialidad.

Yo, después de cada sueño, he tratado de
recordarlo; parece ser que en el poema
mi alma recorre un extenso paraje
hasta llegar a un palacio en donde
tomaría posesión del asiento real, pero en el
camino soy atacado por gigantes y tigres,
y me abro paso entre lodazales de sangre.

En el palacio, que se parecía a una abadía de
grandes muros y paredes de piedra, yo era el Rey,
me servían con veneración, decenas de muchachas,
frescas y fragantes, se afanaban por satisfacerme,
las que no mostraban devoción por mí eran
sometidas a suplicios especiales,
estas imágenes no las tengo, son opacas,
solo escucho, como si ocurriese este instante,
sus gritos y lamentos hieráticos.

Sea como fuere yo era un ángel o diablo, un ser
que representaba las fuerzas naturales sin freno que se
manifiestan a través de los instintos y de las pasiones.

Las partes más brillantes del poema eran leídas
por el demonio echando lumbre por los ojos con
entonaciones a veces exageradas hasta lo grotesco.
Esta reacción atisbo en el fragmento cuando
por una intensa ignorancia voy errante a través
de un mundo fenoménico buscando
angustiosamente
los brazos de una mujer y por fin acabo haciendo
el amor con un hombre, él logra conducirme al
perfecto estado de iluminación, abandono el miedo,
el temor y el terror y me invade la energía de la
paz y de la cólera.

Soy propenso a amar a los
hombres tanto como a las mujeres, participo en
actos donde el dios de los mantú y la diosa bawba
cultivan sus más aberrantes desviaciones.
Es como si una clara luz brillara sobre mí,
soy más completo, poseo las virtudes de la mujer
y el encanto de los hombres.

El poema narra mi estado
como uno de los más nobles y bellos pasajes,
tal que cuando despierto y quiero recordarlo termino
acariciándome y en una larga y profunda eyaculación.

El poema es un texto al que me enfrento con gran decisión
por eso me duele que se halle extraviado en los
laberintos de mi memoria.

ACEPTO MI MUERTE

Sin duda hay otro mundo
donde un alma adolorida
me espera,
lo presiento cada vez que
concurro al campo santo, el
aire circula en determinada
dirección,
que los deudos del entierro parecen
dirigirse hacia mí
los escucho cómo me rezan,
y sé que los hombres son
las fieras
más hipócritas que conozco;
por eso me limito
a observar el cortejo fúnebre
desde cualquier rincón del cementerio.

El aire va poblándose de cierto
tipo de energía,
algunas personas enlutadas
lloran sin parar, otras
maldicen a la muerte, ciertamente la
impotencia invade los corazones buenos.

A veces, dejo escapar una
que otra lágrima
no porque el muerto sea un
familiar o un amigo cercano, sino
porque es a mí a quien entierran,
no necesito estar en el ataúd para
que me sepulten y pongan flores.

Estos sepelios a los que asisto
son corresponsales de
mi propia muerte,
rituales a los que concurro
porque de alguna manera
me preparan para ese día o esa noche.

Acepto mi muerte como la
de cualquier infeliz
a quien acompañé en su traslado.

DELICIAS DE LA NOCHE

I

Obedezco a una noble tradición perversa,
amo el dolor, la belleza y el rencor;
sobre todo, la crueldad.
Conservo recuerdos insurrectos de mi infancia,
rememoro la faz marchita de personajes
que me instruyeron en una degeneración ilustre.
Reconstruyo escenas macabras que presencié
asombrado e inocente.

Mi espíritu es desde aquellas noches
crítico, blasfemo contra el mundo
y sus habitantes. Esto sería suficiente
para dar cuenta de mi desbordada existencia.

Detesto a mis semejantes quienes
pueden inspirarme únicamente epigramas inhumanos.

Confieso que desde muy joven
realicé actos que despertaban
el pánico y el aturdimiento de los viejos.

II

Nunca me sedujeron los placeres mundanos
y siempre he recurrido a la soledad.
Aqiev me atrajo por su bosque yerto y
su inhóspito paisaje; allí el río cruza
como un chorro de sangre
y sus márgenes torcidas
son azotadas por vientos putrefactos
que en las noches invaden el aire
de manera demencial.
La curiosidad me indujo por sus parajes,
cada vez más desolados, donde el graznido
de los pájaros de mal agüero y la oscuridad
de la noche me solazaban en mis pensamientos.

III

Recuerdo que, en mis rondas nocturnas,
cuando encontraba a algún ser humano
lo tomaba del cuello, por sorpresa, hasta casi asfixiarlo,
y al soltarlo, corría despavorido chocándose contra los leños.
Pero esto no satisfacía mis instintos, por lo que
decidía hacer cosas fundamentales para mi espíritu;
inventaba fábulas sangrientas de gigantes
y caballos alados. Subía a la copa de los árboles y
aullaba como un lunático, era un gesto vibrante y dramático
que me cargaba de energía para mis desventuras.

IV

Luego iba a las poblaciones cercanas
donde imprimía mi marca a hombres y mujeres
que después de mi presencia ya no eran los mismos.

V

Viví así una temporada de cruda actividad,
hasta que una crisis de nervios me llevó
al manicomio; allí, experimenté, con los
locos, torturas más sutiles y crueles.
Sin embargo, no logré aplacar mi perversidad,
y ahora he llegado a la urbe de siniestros símbolos
que me acoge como a un espectro más.

LOS CANSANCIOS

A las diecinueve horas el día se suicida
y los cansancios preocupados del
orden, admirablemente se recogen.

Un pensamiento genial pasea por las calles,
la soledad y el viento inundan las
iglesias que a primera hora de la mañana
serán visitadas
por ciertos cansancios pidiendo
un momento de descanso para
sus almas dolientes.

Cuando el día renace a las seis horas
la actividad recorre todos los sitios
los cementerios vuelven a albergar
cansancios muertos del cansancio, las
almas en pena se posesionan de
los recovecos de la ciudad, y
la actividad fluye diferente en
las esferas del gobierno; solo
los cansancios se cansan y esperan
el suicidio del día para
descansar, desde luego, si no
se echan una canita al aire
hasta agotarse infinitamente.

PARÁBOLA DE LA MUERTE

Su cabeza de cabello largo
es coronada por un haz de luz,
sobre su rostro está escrito el amor
y la bondad,
en medio de la plaza,
lanza parábolas, como si esparciera
un puñado de maíz a las
palomas hambrientas,
llevado frente al emperador
sufre la pena de muerte, pero
antes perdona a los que le ofenden.

LA NOVIA DE VAN GOGH

Decía que en la otra vida
iba a cuidar de Vincent,
no lo llamaba Van Gogh como los demás;
Vincent era para ella
el hombre y el artista.

Es cuestión de mirar sus cuadros —decía—,
su locura no fue locura,
fue fuerza alucinante. El mundo
después de él no ha sido el mismo.
Vincent se cortó una oreja
e hizo el autorretrato más sabio del hombre.

Todos los días pasaba en el museo
contemplando el autorretrato;
se la miraba complacida. Hasta que
empezó a hablar frente al lienzo:
No, Vincent —decía—, deja que Theo y yo
nos ocupemos. Tú muéstrale
al mundo lo que es el mundo.

Llegaba al abrir y salía al cierre
del museo. Pero cuando quiso
ingresar con su cama y su silla,

—según dijo—, para que Vincent descanse,
le prohibieron.

Desde entonces vive en las afueras del museo
y, con los turistas, envía papelitos
con mensajes para Vincent.

PELIGROSO COMO LA MUERTE

Tú serás mi secreto,
el más noble y bello,
agua alegre
desbocándose por los recodos de
mi piel.

Alegría y condena
de un cuerpo voluptuoso,
insaciable como los sueños.

Mar abierto
en el que naufragarán
penas y lujurias,
el amor mismo
como símbolo de la vida.

Maravilloso escondite
en el que me refugio
escapando del tedio y la amargura.

Fuente del goce,
peligrosa como la muerte,
a la que llego sin temor
y me desvisto para hundirme
en sus locas y peligrosas aguas

que amo como un condenado,
sin el remordimiento
    ni la desdicha,
tan solo con la esperanza
  de haber vivido en la verdad
y la pasión.

BATALLA DE ANTIGUOS Y NOBLES ADVERSARIOS

Solo me queda hacer el inventario
de ese episodio, en el que nos movíamos
guiados por la mano de expertos
ajedrecistas.

Yo, peón recorriéndote palmo a palmo.

Tú, reina bañada en fragancias
y sales de hierbabuena,

alfil moviéndome en diagonal por

colinas y valles tersos,

dama volcando su placer en
el tablero hecho para el amor,
caballo desbocado olfateando tu
sexo custodiado por torres y sirvientes.

Yo, rey puesto en jaque ante
la majestuosidad de tu espectáculo,
tú, alfil yendo y viniendo
de mi cuello a mi pubis de mi
pubis a mis labios.

¡Oh! hermosa batalla de antiguos y

nobles adversarios
en la que no hubo ni vencedora ni vencido.

VUELO ETERNO

Pájaro que despliega sus alas,
multicolores,
sol que cae del cielo,
vertical,
flores, siempre las más hermosas
y bellas,
movimiento de tus ojos
redondos como perlas negras,
sueño perdido en el calor
de los cuerpos,
amor de santos irrumpiendo
el mar,
irrumpiendo ventanas y
todo lo que encuentra,
cariño de lobo,
niña diáfana de los aires
recia como la madre
de mi hija,
vuelo eterno multicolor,
te amo.

CATEDRAL

Paredes blancas
tersas como
el fuego
donde arde el
más seductor
de los ángeles.

Cuerpo gótico de
dos cúpulas esbeltas
que tiemblan
el momento
de la cópula,
y se extasían,
y se riegan
en una sábana
pulcra,
que recoge
la devoción
de un creyente,
que por las noches
llega y eleva
su dulce plegaria
haciendo retumbar
las paredes
de la más gótica
de las catedrales.

EN UN LUGAR PARA LOS DESAFÍOS

Tu fuego interior desecha la burla,
pero estás en un lugar propicio a los desafíos.

Atraviesas casi sin dificultad
hasta que eres tomado por el brazo,
no soy yo, respondes a
los improperios que te lanzan,
logras soltarte y
caminas apresurado
por una calle
que no es la misma calle
que son tus mismos pasos
que no son
los mismos pasos por el lugar
donde solo los desafíos son verdad.

PRESAGIO

Una mujer atraviesa el bosque entre sueños
flores lilas escoltan su paso sonámbulo,
es como si buscara un albergue en medio
del bosque,
el ronroneo de la comadreja y
el chillido del cuervo
son el presagio de su despertar.

Sola, en la noche
se acomoda en un lecho de girasoles
muertos,
sueña que atraviesa un bosque
oscuro y húmedo
cuando despierta tiene en sus manos
un ramo de lilas.

HISTORIA

Un hombre, relativamente, joven,
sentado en una banca de piedra,
una banca ordinaria; al lado
una muchacha dulce,
piensa que ese hombre es de piedra.

La muchacha se levanta
y se marcha dulcemente.

El hombre ordinario, mira cómo,
relativamente, la muchacha se pierde.

Es historia de amantes quedarse sentado en la banca
mirando cómo una mujer de piedra se marcha dulcemente.

TENTACIÓN DEL OTRO
(1995)

UN ÁNGEL

Cuando estaba escribiendo, apareció un ángel, fue como si se hubiera reventado una pompa de jabón al otro lado de mi escritorio. Me quedé mudo, no pude ver su rostro porque estaba compuesto de una luminosidad que lo único que dejaba apreciar era su silueta, eso sí, envidiable. Su voz era una mezcla de aves, digo porque cuando hablaba parecía volar o sino trinaba o cacareaba, pero yo entendía muy bien, por eso cuando dijo que siga escribiendo, moví la cabeza negativamente y me puse a llorar, lo que seguramente le asustó porque desapareció al instante, de nuevo, como si se reventara una burbuja gigante.

UNOS VERSOS

Cuenta la historia que existió un poeta más alcohólico que el propio aguardiente, tanto que ni dormía y cuando lo hacía se acostaba sobre una cama de clavos para atraer a los espíritus que pueblan sus poemas.

Un día, estando el poeta escribiendo su poema histórico, pasó una muchacha en bicicleta, casi ebrio por la estela de fragancia que dejaba la muchacha a su paso, se puso en pies y corrió tras la fresca mujer que se alejaba entre la bruma.

Desde entonces, escribía los más desenfadados y elogiosos versos que se podían escribir a una muchacha en bicicleta. Pero la fortuna y la dicha para que su amor prospere se verían truncas. Cuando el padre de la joven se enteró, prohibió tajantemente aquel romance. El poeta se refugió en la cantina, desde donde disparaba sus versos de amor y locura, que llegando a los oídos del destructor de lo que pudo haber sido el más grande poema de amor escrito sobre la tierra, le hicieron mudar con su hija a otra ciudad. Mas la fama de aquellos versos cada vez era tan grande que se repetían en casi todas las ciudades. Hasta que una mañana, alrededor de 1967, en Caracas, la muchacha salió con su padre a la plaza, y subiéndose al árbol más grande se ahorcaron. De tal manera, que al poeta no le quedó otro remedio que cortarse la yugular con una hoja de afeitar oxidada que descubrió sobre la mesa de una cantina.

UN NIÑO

Cuando golpearon la puerta me levanté a abrir, pero no vi a nadie. Miré a uno y otro lado, tampoco vi nada. Luego, advertí que detrás de la verja habían dejado una canasta con un extraño niño.

Al entrar nuevamente en la casa, lo primero que se me ocurrió fue rasurarlo, ya que era tan velludo como un hombre lobo. El niño apenas balbuceaba mientras mi afeitadora eléctrica iba dejando caer su suave pelambre, al cabo de pocos minutos empezó a temblar, su piel se había puesto como cuero de gallina, y se acurrucaba igual que un pollo desplumado. Rápidamente fui al dormitorio, saqué una cobija con la que le confeccioné un hermoso saquito y un pantalón. Al vestirlo me percaté de que los brazos eran más largos que sus piernas porque el hermoso saquito apenas le cubría los codos.

Sin pérdida de tiempo le puse de nuevo en su canasta, y salí corriendo a comprar un biberón.

A mi regreso encontré al niño subido en la lámpara, columpiándose y lanzando frenéticas voces, así que lo bajé, y después de hervir la leche, puse la mamila en su boca, lo tomé en brazos y empecé a pasearlo por la casa hablándole de que debe tomar su tetita para que se haga fuerte, sano y robusto; mientras le hablaba, me miraba con su mandíbula caída y sus grandes

orejas como si no entendiera o como si entendiera todo lo que le decía, y cada vez que colocaba el biberón en su boca y le decía: ¡Aguu! ¡Agucito! Con un movimiento abrupto ponía la mamila a un lado.

Cansado de subir y bajar con el niño en brazos fui a la cocina a prepararme un café, en el momento que abrí el refrigerador, el niño se abalanzó a las bananas, las tomó y con una habilidad pasmosa comenzó a pelarlas.

Luego de comer tres frescas y grandes bananas, creo que, del contento, daba trampolines y esos saltos que los gimnastas llaman media luna.

Así durmió en paz hasta el otro día en que el circo pasó frente a la casa y para que se divirtiera lo saqué a mirar, pero él prefirió irse en medio de los payasos y de las bailarinas.

UNA MONTAÑA

Ella se enamoró del gigante y el gigante también de ella. Era maravilloso cuando el gigante bajaba la mano para que ella subiera a su palma y llenándole de besos la elevaba. Se sentía segura en sus brazos.

El gigante loco de alegría, apenas se casaron, construyó un castillo con puente levadizo y todo. Era un gigante cariñoso. Su amor lo entregaba gigantemente.

Pero un día, que tuvo que ausentarse, apareció un enano que le hizo muchas promesas a su mujer, incluso que le construiría un castillo más bonito.

La mujer del gigante se sintió halagada y le pareció divertido agacharse a besar al enano. El enano le construyó el castillo y puso unos dragones para que la cuidaran.

Cuando el gigante regresó, miró que su mujer divertida se agachaba a besar a un enano y juntos entraban en un castillo custodiado por dragones.

El gigante entristecido se sentó frente al castillo del enano y de sus ojos brotaban lágrimas gigantes, cada vez que la mujer se agachaba a besar al enano.

El gigante nunca se levantó y, poco a poco, se fue convirtiendo en una montaña, que en el invierno la cima se cubre de nieve y, en el verano, los amantes la escalan para mirar cómo se derrite la nieve, porque dicen que el gigante vuelve a llorar, al mirar a los amantes que se besan.

UN GUSANO

Hoy he perdonado la vida a un gusano, estuve a punto de pisarlo, pero mi zapato cayó con sus setenta kilos muy cerca. El gusano cruzaba presuroso, como si el sol de la mañana hubiera convertido en una sartén la vereda, seguramente le ardía la pancita y se deslizaba hacia la hierba húmeda del parque. No lo sé, no me detuve a observar. A lo mejor, se atrasaba a una cita de amor o a una cita de negocios, pues los hombres cuando tenemos estos compromisos nos precipitamos como gusanos, porque una cita de amor o de negocios puede ser la primera o puede ser la última. ¿Quién sabe? También es posible que los gusanos no entiendan nada de citas y lo que él hacía era cruzar la vereda como cualquier gusano. Como yo, podía estar dirigiéndose al trabajo y si nos topamos en el mismo camino, debe trabajar en la misma biblioteca. Claro, no atendiendo al público, porque una biblioteca con un gusano pasando libros a los lectores, no sería una biblioteca sino un sueño. Él debe trabajar en el sótano devorándose los libros, literalmente, comiendo libros, y yo sé que en el subsuelo de la biblioteca los libros están amontonados, pudriéndose. Este trabajo debe ser tan digno como el mío. Debe haber gozado como yo devorándose *La metamorfosis*, debe haber sufrido con los libros de los poetas malditos o puede estar riéndose con Henry Miller o echando chispas con un libro malo, porque una biblioteca también tiene libros malos, tanto que ni los gusanos los soportan. Pero puede suceder que esté dejando

volar mi imaginación y que el gusano sea eso, únicamente un gusano; es decir, cualquiera de los metazoos triblásticos, bilaterales, de cuerpo alargado, cilíndrico o acintado, blando, sin esqueleto, carente de patas articuladas y con sistema nervioso ganglionar que corresponden a los tipos anélidos y platelmintos como dice el diccionario de RAE. Y si no le pisé, fue por pura casualidad. Finalmente, si aquello acontecía, no pasaba absolutamente nada, todos hacen lo mismo y nadie se sienta a meditar en lo que pudo haber sido ese gusano si no le aplastaba. Digo que, un gusano, para mí, no es la *mínima cinta métrica con que mide el campo Dios*. Pero estoy feliz, no porque he perdonado la vida a un gusano, sino porque hoy aprendí algo, que tal vez me sirva para el resto de mis días.

UNA SUERTE

Por la mañana, un hombre besa a su mujer y abandona el hogar. Cuando intenta cruzar la calle, un auto le arroja por los aires. Los curiosos, rápidamente se congregan y murmuran: ¡Qué mala suerte! Llega la ambulancia, colocan el montón de huesos sobre la camilla y se aleja haciendo ulular la mala suerte.

Desde el hospital se comunican con la esposa. La mujer detrás del teléfono exclama: ¡Qué mala suerte! Y rompe a llorar.

En el quirófano, la mala suerte termina con el hombre. Abandona el hospital y toma el primer vuelo. Cuando está a punto de estrellar el avión, la buena suerte, que ese día está junto al piloto, realiza una maniobra digna de encomio y aterriza sin dificultad.

La mala suerte, arrojada del avión antes de llegar a tierra, cae en el patio de una escuela y acompaña a un estudiante en los exámenes. El estudiante pierde el año y la mala suerte se dirige a mi casa. Golpea la puerta. ¿Quién es? Tu madre —responde, queriéndome engañar—. No puedo atenderte —le digo—, estoy terminando un poema en el que desaparezco a la mala suerte.

Escribo que estoy en el momento culminante de mi presentación. Soy un mago y hago salir de mi sombrero de copa una liebre, después saco otra, luego la tercera y, tras esta, una paloma blanca que apenas aparece vuela sobre la cabeza del

público. Por último, toco el sombrero tres veces con la varita mágica, meto la mano hasta el fondo de la copa del sombrero, y en mi mano sale un fulgurante huevo amarillo, como un pequeño sol de verano. Con un breve gesto de asombro lo presento al público y en ese momento el huevo se quiebra y de él aparece un pequeño angelito que revolotea como si se tratara de un gorrión, mientras aletea crece hasta alcanzar el tamaño normal de los ángeles, el público mira en silencio mi acto.

El ángel, de hermosísimas alas doradas, me lanza un reto: si eres tan buen mago como cree el público, desaparece de él a la mala suerte —dice con voz nítida.

Yo lo acepto gesticulando una venia y, de inmediato localizo a la mala suerte que ronda entre el público. Con un movimiento de mi varita, le traigo en levitación frente a mí y a la voz de tres la Mala Suerte desaparece por completo.

El público se siente reconfortado y aplaude mi actuación. Es así como termino el poema. Cierro mi cuaderno y salgo a dar un paseo, pero cuando estoy cruzando la avenida un camión me atropella brutalmente. Eso me pasa por no saber escribir un puto poema.

UN PAISAJE

En mi pueblo, cuando una mujer virgen muere dicen que su cuerpo se evapora y sube al cielo y que luego, al ponerse la tierra más seca que cuero de lagarto, baja en forma de lluvia con truenos y relámpagos, humedeciéndola tanto que la dejan lista para la siembra. De ahí que, en época de sequía, saquen a pasear una virgen. Como es una imagen de madera, apenas cae una pequeña lluviecita.

La gente se desespera porque no llega una tormenta con truenos y relámpagos. Los hombres más ancianos salen a buscar vírgenes (de carne y hueso) y entran en las casas recitando yaravíes muy hermosos. Por eso, antes de que lleguen estos sabios rutilantes, las madres trancan las puertas y tapan los oídos a sus hijas, pero como el canto de los ancianos es tan melodioso y profundo, las doncellas escapan y los siguen para el sacrificio en luna tierna.

Es así como, durante la mayor parte del año, mi pueblo es verde y lleno de árboles con abundantes frutos.

UN CUCHILLO

Escuché decir: ¡Carajo! Me has hecho tener tanta rabia que me dan ganas de comerte. Sentí mucho miedo, porque al regresar a mirar, encontré a una mujer gorda tirando de la oreja a un niño, me estremecí y no creí que una persona pueda comerse a otra. Esto solo puede suceder con los animales, pues mi gata cuando parió se comió a su gatito, y creo que también sucede con los peces, por eso dicen que el pez grande se come al pequeño. Pero que una mujer se coma a su propio hijo me resultaba increíble, mejor dicho, absurdo; aunque aquella señora, prácticamente estaba desprendiendo la oreja de su niño, me imaginé que al lograr arrancarla se la iba a comer en serio, por lo que casi turbado, me acerqué y le pregunté: ¿Seguro, no se va a comer al niño, verdad? La mujer, con la cara roja de rabia y echando chispas por la boca, sacó de su cartera un filudo puñal con el que me cortó la mano. Mientras se la comía como un animal rabioso, miré que de mi brazo que había quedado mocho chorreaba abundante sangre, me dije: quién me manda a meterme en estas cosas, y salí corriendo para mi casa.

En la casa, en tanto me cubrían el brazo con vendas, les contaba que todo había ocurrido porque una mujer quería comerse a su hijo, pero nadie me creyó.

Mi hija empezó a decirme que había quedado como el manco del espanto, le corregí, no, mijita, es el Manco de Lepanto,

y ella dijo que yo no era Cervantes. Me enojé mucho. Le tomé de la oreja, y cuando vino su mamá a defenderla, saqué mi hermoso puñal que guardo bajo la basta del pantalón y le corté la cabeza, de manera que su cuerpo salió desesperado y fue a parar a la casa de mi suegra, que viendo el cuerpo sin cabeza de su hija me gritó que soy un caníbal, le respondí: ¡Caníbal su abuela! Tremendamente enojada, sacó su cuchillo y, aprovechándose de que estaba manco, me corto pedacito a pedacito.

UNA VIDA

Un señor llega al Monte de Piedad con los ojos en las palmas de las manos. Se acerca a la ventanilla, y a la cajera le hace un guiño con el ojo que sostiene en su palma derecha. La dependiente, mirándole a las cuencas vacías, se mete una mano en el pecho y se arranca el corazón, con el corazón sangrante, dice que no es un banco de ojos.

El señor guarda sus ojos en el bolsillo y sale con el rabo entre las piernas. La vida ya ni siquiera vale un ojo de la cara. Conoce de memoria el camino de regreso.

En su departamento, saca los ojos del bolsillo y los deposita en un cofre bajo llave, se recuesta en la cama. Los ojos se cierran y el señor sueña que a la mañana siguiente llega al Monte de Piedad, coloca sobre el mostrador su cabeza de cabellos negros mientras señala que la deja en prenda. La cajera, una hermosa mujer decapitada, cuyo muñón del cuello adorna con un colgante de bisutería, le indica con la mano para que se coloque en la fila. El señor toma su cabeza como si fuera una pelota de fútbol, y se dirige al final de la cola de personas decapitadas.

Los ojos se abren, el señor despierta asustado, y como si quisiera comprobar que todo ha sido un sueño, se toma la cabeza y la acaricia exageradamente. Luego, se dirige al cofre que está sobre la mesita de noche, pero sus ojos no están, han desaparecido, tal vez para siempre.

UNA FIESTA

Nunca antes estuve en este sitio, es tan limitado y bullicioso que, si no fuera por el cruce de aquel hombre elegante, que capa en mano revuelve mi sangre, este coso seria sumamente aburrido. En nada se parece a las inmensas praderas de los páramos, donde acompañado de la manada pastaba y disfrutaba de la fresca hierba y del viento vertiginoso que sopla en las montañas.

Muy pocas veces veía a uno que otro vaquero, que montados sobre sus caballos nos dirigía a prados cada vez más diversos, a veces, se olvidaban de nosotros semanas, incluso meses. Esto según escuchaba para que nos fuésemos haciendo para la fiesta.

Nunca hasta hoy vi tanta gente: gordos, viejas, flacos, niños, mujeres que gritan histéricas, jóvenes emocionados. Este lugar es una locura, por eso el hombre que capa en mano se atraviesa me irrita, no soporto sus chicuelinas ni su traje lleno de luces que incendian mi corazón hasta la muerte. Yo en los páramos era calmo, muy pocas veces me trompeaba con el resto de la manada. Jamás imaginé que la presencia escuálida de un hombre pudiera sacarme de mis casillas. No me queda más que arremeterlo con todas las furias que tengo, sino que el maldito esconde el bulto tras la capa y se esquiva con mucho arte, con una maestría que parece tener desde que nació. Es un hombre relativamente joven que cuando me cruzo cerca de su pecho

hace gestos de grandeza y sale caminando con la elegancia de un modelo. Entonces, el público aplaude alborozado, y yo me quedo parado, en medio de la plaza, casi sin comprender lo que pasa, hasta que vuelve a ponerme su capa al frente y muerto de iras, botando espuma por la boca, lo embisto una y otra vez, la gente grita ooole, ooole. No hay duda, el maldito es bueno, ni cómo negarlo, hasta me ha hecho resbalar en la arena. Ahora, estoy lastimado en los labios, pero mi sangre en vez de enfriarse se calienta más. De repente escucho: ¡ahja, toro! Y la vista se me nubla emprendiendo una carrera desaforada para tratar de desbaratar, por lo menos, al trapo rojo y ver en realidad los argumentos que tiene este mozo. Seguramente se echará a correr para esconderse como un bicho tras las tablas. La gente quebraría su voz en los tendidos y yo por unos minutos sería el dueño de la plaza, el dueño del pensamiento y de la imaginación del público.

Escucho música de trompetas, parecidas a las que anuncian la llegada al infierno, pero ahora más que nunca eso no me importa, yo soy el quinto de la tarde y, como dicen los entendidos, no hay quinto malo. Esta es mi fiesta y quiero salir de este sitio con los cuernos en alto, ya he soportado, de la mejor manera posible, los banderillazos que el diestro quiteño ha colocado como una ofrenda floral sobre mi lomo, también he perseguido a ese estúpido caballo blindado que a pesar de todo casi lo derribo. Esta música de trompetas y redobles no me hace sino quedar quieto en medio de la arena, esperando al hombre; a propósito, no sé dónde se ha metido. Mientras tanto, digo que esta especie de rito debe tener su gracia para que miles de gentes se congreguen a disfrutar sufriendo.

He visto al hombre, mozo valiente, lleva traje rosa bordado en oro, se acerca, es como si un aura de gloria le rodeara, viene directo a mí, empuñando con fuerza en su mano derecha el estoque, no piensa en nada más que en hundírmelo hasta la empuñadura. Pero hacia allá voy.

UN LADRÓN

Yo estaba durmiendo calladito, el ladrón abrió la puerta con la llave maestra que tienen todos los ladrones. Dormía a pierna suelta, el sueño es una cosa más bonita que un ladrón, pero él empezó a andar en puntillas, doblando la punta de sus zapatos de goma, no hacía ningún ruido, se imaginaba que yo dormía a pierna suelta junto a mi mujer, que a mi lado dormía como un enorme pájaro al que la noche había sorprendido en su migración hacia el sur. Yo, soñaba en un niño que tenía cabeza de armario, era mi amigo, se reía cuando le pedía que fuéramos a jugar fútbol, su risa era el ruido de las puertas. El ladrón, había abierto la puerta de mi habitación. Se percató de que soñaba en un sueño, y de que mi mujer dormía como una golondrina gigante junto a mí. Yo, en plena cancha jugando con el cabeza de armario, que ganaba todas las pelotas por alto. Le decía: En los córners tienes que subir, y él respondía: No, loco, después quién se queda atrás, no puedo regresar tan rápido. Rápidamente el ladrón cerró la puerta, bajó a la sala; allí sacó un bolso en el que cabían el refrigerador, la televisión, mi máquina de escribir y, sobre todo, la bicicleta de mi hija. Pero cuando estuvo frente al televisor, inteligentemente, decidió comprobar su funcionamiento, lo encendió justo cuando en la pantalla aparecía Woody Allen en *La rosa púrpura del Cairo*. Yo le mandaba al Cairo al cabeza de armario, por su culpa nos hicieron el primer gol, el partido se nos estaba poniendo cuesta arriba y, abajo, el ladrón, matándose de la risa, viendo la

televisión, pero se dio cuenta de que hacía mucha bulla, así que se tapó la boca con las manos y siguió riéndose con la boca tapada. Mano en el área, yo voy, le dije al cabeza de armario. Coloqué la pelota en su sitio y la pateé con fuerza, con fe, la pelota, en su vuelo de golondrina, se anidó en un costado del arco, volviendo la sonrisa al rostro del cabeza de armario, mientras Woody ponía cara de estúpido porque no comprendía lo que pasaba en su película, el personaje salía de la pantalla y le hablaba. Mi mujer, como un montoncito de plumas durmiendo a mi lado con las alas desplegadas, una pelota despejada al vacío a la que llego rompiendo la trampa del *offside* y empalmo un balazo que pega en el horizontal, el cabeza de armario entusiasmado grita: ¡Esa es, Madrid! ¡Esa es! El ladrón, con la sonrisa en las manos, acerca una silla y se sienta a mirar la película. Mi mujer sueña que es un hermoso pájaro que sale volando por la ventana; yo, casi agotado porque a los tiempos que juego, me aproximo al cabeza de armario que sudoroso abre sus puertas y juntos vamos hacia las duchas. Mi mujer vuela por el cielo del barrio enterándose de lo que pasa en cada una de las casas. Siento un chorro de agua que me calma, y al mismo tiempo, me despierta con sed. Enciendo la luz, veo que mi mujer duerme, dulcemente, agarrada de su plumón. Me dirijo a la cocina, al atravesar la sala, el ladrón se pone en guardia, y me dice: Deberías seguir durmiendo. Respondo: Y usted no debería entrar en las casas a esta hora a ver televisión, él responde: Es verdad, yo debería estar robando, pero la película está tan entretenida que me olvidé a lo que vine, y me invita a sentar. Woody Allen parece estar enamorado de su personaje. ¡Ah!, digo, es *La rosa púrpura del Cairo*, siempre pasan buenas películas a esta hora. Fíjate que no sabía, me dice, el ladrón, amigablemente. Así es,

le digo. Creo que están pasando un ciclo de Woody Allen; ayer dieron *Días de radio*. Si es así, tendré que cambiar de horario, dice. Ya lo creo, digo, porque parece muy estúpido que se siente a mirar la televisión cuando debería estar robando. Lo que pasa es que esperaba un comercial, pero a esta hora no han sabido pasar. Pues me admira que un ladrón tan instruido no sepa, digo. Bueno, dice, fíjate que no, como la televisión es una porquería, nunca imaginé que las buenas películas pasen a esta hora y sin cortes comerciales. Ahora, ya lo sabe, dije, así que lárguese de mi casa. ¡Ehhhpa!, dijo, no te parece absurdo que me vaya con las manos vacías. De ninguna manera, le dije, se va llevando el conocimiento que las buenas películas pasan en la madrugada, ¿no cree que es suficiente? Sí, claro, dijo, pero a quién le sirve, cómo puedo llegar donde mi mujer con el bolso vacío. Ese es su problema, le dije, nunca he visto un ladrón tan torpe. Así hablábamos hasta que mi mujer llegó volando, se posó en el espaldar del sillón, y empezó a gritar como lora: ¡Qué pasa! ¡Qué pasa! El ladrón, extrañado de ver su plumaje, dijo: Nada que, en vez de entrar a robar, he llegado a ver la película. ¡Ah!, exclamó mi mujer, mirando hacia el televisor, es *La rosa púrpura del Cairo*. ¡Buena película! Y se pusieron a conversar sobre cine, directores y actores, hasta que amaneció y apareció mi hija en pijama trayendo una hermosa rosa azul metálica que la entregó al ladrón diciéndole: La he cortado para ti, porque escuché que te gusta mucho *La rosa púrpura del Cairo*. El ladrón, casi abochornado, la tomó con una sonrisa, se puso en pies y dijo: Es hora de que me marche, estoy empezando a tener sueño. Pues lárguese, le dije, recogiendo su funda que la lancé al rostro. El ladrón, abrió de nuevo la puerta y salió. Iba pensando cómo el personaje salía de la pantalla

y conversaba con Allen. Se preguntaba: ¿Habrá películas en las que, después de robar, uno pueda salir de la pantalla y confundirse entre el público? Caminaba con sus zapatillas que a la luz del día eran rojas como dos tomates. De pronto, un perro empezó a ladrarle empecinadamente, se acordó de que en uno de sus bolsillos llevaba comida para entretenerlos, pero cuando iba a echársela, el perro se paró firmemente y dijo: ¡Qué! ¿No te das cuenta de que soy un perro policía? El ladrón, cabizbajo, tomó otro poco de comida y le lanzó, el perro, atrapándola en el aire y moviendo la cola, se marchó. ¡Qué película más buena! Que uno pueda entrar por la pantalla a la casa de Hudson, de Stallone y robarles todo, incluso sus aficiones sexuales, seguía pensando mientras salía de la ciudad y se internaba en uno de esos barrios marginales. Vio que un pájaro volaba y se acordó de mi mujer, entró por un callejón donde un borracho al pasar por su lado, botella en mano, le saludó: ¡Hola, Carlos! Sírvete un trago. El ladrón se llama Carlos, o más conocido como Carlangas el mago, el que al ingresar en una casa desaparece con todo. Nuevamente un perro se cruza, el ladrón exclama: ¡Oh!, un perro, y sigue. En la casa de la esquina un hombre arde en fiebre. El ladrón observa que dos niños han hecho un círculo en el suelo y juegan lanzando bolas, el uno le dice al otro: ¡Estás muerto! Y el otro responde: ¡Mentira!, recogiendo su bola del círculo. El hombre de la casa esquinera está enfermo. El ladrón pasa por su casa y no sabe que adentro un hombre se muere. Llega a una puerta negra e ingresa. En el interior, su mujer todavía en la cama, como una gallina empollando, se sobresalta al mirar al ladrón exhibiendo su bolso vacío, la gallina le abraza y le dice: No importa. Agotado, se tiende sobre la cama, enciende el televisor y queda profundamente dormido.

PUERTAS ABIERTAS
(2000)

Escucho la voz del pájaro
que está en la rama
del manzano,
mueve su cabecita cimbreantemente
y, a veces, aletea
casi sin control;
pájaro de pico amarillo.
Pequeña nube de plumas
que canta con júbilo.

Ahora se eleva y
cae como lluvia
multicolor,
vuelve a emitir su canto;
imagino son versos de amor
repitiéndose como un
eco
desde otro árbol lejano.

El pájaro va de rama en
rama,
infla su pecho azul-plateado y
canta con el corazón palpitante,
luego ensaya un vuelo
pintando el cielo de

azul, de amarillo,
mientras se pierde en
la espesura
de aquel lejano árbol.

Mi madre
corta con dedicación
destellos rojos
que huelen a campo y nostalgia.

Ella, riega y abona este sitio
preferido
por pájaros y lombrices;
el suelo guarda la humedad
y el olor de la tierra.

Vida inundada por el sol,

entrecruzamiento de células
que corren en todas las direcciones
llevando o trayendo alimento
para que broten
fulgurantes rosas rojas
que mi madre corta amorosamente.

Piña derramada en
rodajas sobre el
mantel blanco,
aroma fresco
haciendo agua la boca.

Dulce carne del trópico
de la que no queda rastro
al levantarnos de la mesa.

Hoja que zigzaguea el viento
y se posa sobre los girasoles,
gusanito de alas tersas
donde se esmeran los
colores del cielo, los
colores del mar y la tierra,
encendiendo el asombro
del niño que maravillado
corre tras su vuelo.

Cabellos rutilantes que caen
en cascada
negrísima sobre
la blanca almohada.

Fuego en el sueño
invadiéndolo todo.

Mujer incendiaria,
a su paso
brillan lirios y
madreselvas.

Cuánto amor en su
cuerpo desnudo
tirado junto al mío
como un ramito de luces
iluminando mi vida.

Mi mujer envuelve
su cuerpo
con espuma,
empieza a cantar
y el agua corre
en pequeñas oleadas
hacia el sifón de la ducha.

Se riega aceites y
sales de rosa.

Canta una letra muda
haciendo del baño
ritual primoroso.

Mi mujer,
reluciente como una mañana
de verano en el campo,
al salir del baño
apenas percibe
que soy el príncipe
de la canción muda,
que con pasión
tarareaba bajo la lluvia
de la ducha.

Ha venido mi amigo Favio
a ver la construcción
de la casa,
hace muchos gestos
de exclamación y
preguntas.

Yo, trato de
explicarle cada cosa.

Luego, me abraza
felicitándome y
se despide.

Va pensando que es
una casa
muy ostentosa para
un simple poeta, una
casa muy simple para
un poeta ostentoso.

Entre estas paredes viven un hombre y
una mujer,
mudas testigos de
amores y estremecimientos.

Cofre que guarda
gran parte de la vida
de dos seres entrañables.

Ellos han pintado sus muros
para que les brinden calor,
recias paredes
soportando risas
y susurros,
amén dicen a todo
lo que pasa, y
no es mentira si ellas hablaran.

Un trozo de pan en la mesa relumbra
de alegría, una mesa de palo sin mantel;
una mesa cualquiera, pero pulcra.
Un pedazo de pan sin la repostería francesa
o ecuatoriana. Un trozo de pan ordinario,
pero con amor.

Una mesa.
Un pedazo de pan.
Una felicidad diaria.

Pero existen mesas cojas
y panes agrios, donde la alegría no se sienta
a la mesa.

Mesas patojas,
adornadas con sedas y flores, en las que
poderosos dejan caer manos y carpetas
siniestras. Mesas de negociaciones. Mesas en las
que se trazan los designios del mundo. Mesas del cementerio
y del quirófano.

Mesas como espejo del hombre donde la alegría
dura poco, igual al banquete que uno coloca
sobre la mesa para el disfrute con los amigos.

Mesas sencillas y luminosas, llanas y lisas
como rostros recién lavados.

Mesas azules y negras.

Mesas rojas.

Mesas frías.

Redondas y cuadradas como los sueños.

Mesas blandas.

Mesas imposibles y llenas de gloria.

Dulces y olorosas mesas de amor.

Mesas y más mesas que hombre y mujer van colocando
en cualquier sitio como su fiel autorretrato.

Cuántos siglos transcurrieron
para que el hombre dé
con la silla,
animal de cuatro patas,
sobre el que descansa
el cansancio.

Pero ¡por favor! Tome asiento;
silla de secretaria,
silla eléctrica,
objeto para que los
amantes
practiquen sus juegos.

Difícilmente podrá el hombre
sentarse a sus anchas
en algo que no sea la silla.

Uno va a la cama
por haragán o por frío,
pero también come
sobre ella
y sueña
y muere.

¡Es increíble! El
tiempo que pasamos
en ella con ella.

Pobres de nosotros, si
un día aparece un loco
y ordena quemar
las camas del mundo.

MORDIENDO EL FRÍO
(2004)

La fría cabeza apaga al ardiente corazón,
el ardiente frío apaga al corazón de la cabeza,
la cabeza ardiente apaga el frío del corazón,
apagados corazón y cabeza queda un frío ardiente.

(*Libro del Mal Amor*)

El tiempo más fresco del año

En el verano íbamos al campo. Era maravilloso el trino de los pájaros, el vuelo de las luciérnagas en la oscuridad del bosque. Imaginaba que flotaba en el espacio con millones de estrellas a mi alrededor. Desde esa época, me agrada el olor de los eucaliptos y la fragancia de las vacas que llevaba a casa en los zapatos. Pero no pasaba más de una semana y quería salir corriendo en busca de la ciudad. Por suerte, un día descubrí a una muchacha que se bañaba en el río. Todas las tardes, escondido entre las ramas, miraba cómo, con delicadeza, se acariciaba el cuerpo y mojaba su pelo haciendo brotar abundante espuma.

En cierta ocasión me presenté y apenas avanzó a cubrirse las partecitas. Le conté que varias veces la había observado desde los árboles. La muchacha, sin decir nada, se dirigió a las aguas más profundas y se puso a nadar. Rápidamente me desnudé y fui a su lado. Entonces, mis veranos fueron como podrán imaginarse.

La chica más bonita del barrio

Cuando pasaba, la mirábamos hasta que se perdía. Luego retomábamos la charla como si nunca hubiese cruzado frente a nosotros un ángel con minifalda.

Ninguno se atrevió a decirle nada. Solo la mirábamos en silencio, y es probable que a todos se nos apareciera en el sueño. Era la muchacha más hermosa que había llegado al barrio. Minifalda, tacos, caderas electrizantes, nos dejaban mudos cuando iban y volvían de la tienda. Nadie admitió estar enamorado. Nos hacíamos los locos conversando de fútbol o de cosas de mayores. Muchachos altaneros fumando todo lo que había en la esquina e intentando vivir la vida como en una película de Spike Lee.

Muchacha fresca. Diosa que al menor gesto suyo cualquiera hubiera ido como un perro a cumplir lo que pidiera. Pero antes de que esto sucediera, apareció acompañada de un bonito, que al atravesar frente a nosotros le pusimos el pie y cuando quiso reaccionar le caímos a patadas.

Al poco tiempo, mi vieja decidió cambiarse de barrio, y más tarde me enteré que Licario había vacilado con la muchacha, también el loco Miguel, antes de que cayera en manos del negro Carlos y tuvieran una bebé.

Qué pasó con nuestras novias

—¡Ranas! ¡Mujeres ranas! La Paola, la Catalina y la novia del Vittorio.

Qué secreción o caricias nos proporcionaron para como gladiadores romanos abrirnos paso en el coliseo de la noche. Burlando hordas de drogadictos y delincuentes hasta llegar a sus pies y ofrecerles el lado más blando y caliente de nuestro corazón.

Una década bastó para poner sus cutis verdes como el bronce oxidado de las iglesias.

Mujeres con las cuales arrastramos nuestras pequeñas glorias por salas de concierto y lupanares, y por las que brindamos días enteros festejando sus cuerpos y destrezas. Pero hoy, el tiempo las presenta como ranas. ¡Mujeres ranas!

—Por eso, mi querido Paco, sigamos bebiendo, que ellas también nos mirarán como a dos sapos ahogándose en alcohol.

La corriente de la niña

Cuando ingresamos al hotel se ruborizó. En la habitación insistió en que apagara la luz. Le besé lentamente cada sitio del cuerpo y poco a poco fue liberándose de las sábanas y de la cabeza.

Luego inventaba historias disparatadas y se iba conmigo a cualquier pueblito cercano.

Mi enamorada se convirtió en una diosa, dijo que para hacer el amor no necesitábamos huir y nos encerrábamos en un hotelito del centro. Cada vez me pedía nuevas formas de amar o ella creaba una a la que daba nombre. Así: La corriente del niño, que me dejaba, prácticamente, damnificado, o La cruz del sur, en la que permanecía boca arriba, con los brazos horizontales mientras ella navegaba sobre mí.

Mi enamorada, una diosa por quien guardo profunda devoción.

Las profesoras

Con un buen amigo salimos de una fiesta, agarrados de dos mujeres hilarantes. Íbamos metiéndoles las manos hasta el alma y haciendo versos a la luna, mientras ellas aullaban y se colgaban de nosotros como dos claveles.

Nos dirigieron a una escuela. Allí, mi amigo se encerró en primer grado y yo fui directo al aula de sexto.

Tiempos más tarde, mi amigo sigue burlándose cruelmente de que nunca terminé la primaria y me trata como a un bobo. El muy cabrón se cree muy listo. Solo porque esa noche se me fue la mano con los tragos y me quedé dormido como un angelito.

Realmente era insoportable

Yo también tuve una muchacha rubia que estaba loca por mí. Cuando empezó a asumir el papel de esposa perfecta, hui como un potro que regresa a las praderas salvajes.

Cansada de esperarme con la mesa servida a media luz, se casó y comenzó su vida escandalosa. Daba vergüenza mirarla interrumpir entre mis amigos. Se sentaba en las piernas de cualquiera y me insultaba. Tenía que tomarla del brazo y conducirla a su casa.

Un día apareció en el bar con los ojos desvaídos y los labios húmedos como las mujeres rubias de las películas. Sacó de su cartera un revólver y me disparó. Caí, destrozado el corazón.

Desde entonces no la he vuelto a ver.

Mi incursión en el cine

Carina Seria, en las escenas más patéticas, se agarraba de mí y arrimaba su cabeza a mi hombro buscando protección. Yo miraba las imágenes de maquillaje abominable, pero pensaba en el calorcito de su cuerpo junto al mío.

En determinado pasaje de la brutal trama puse delicadamente mi mano sobre su tierna flor. Ella dio un sobresalto como si se hubiera abierto una puerta en la película. Luego ya no pensó más en las escenas decoradas con salsa de tomate. Eso me contó cuando ingresábamos al motel.

La mujer que va a mi lado

Casi nunca he logrado mantener la calma con una mujer bonita. Me he puesto a saltar como una cabra vieja o he roto en ataques de celos que rápidamente las alejaron de mi lecho.

La última se preocupaba por mí. Me hacía mimos y estaba convencida, firmemente, de que soy uno de los mejores poetas de estas tierras agrestes. Mas yo, en vez de valorar sus sentimientos, me paraba en mitad de la vía y gritaba: ¡Vivan las mujeres azules! Y es que una mujer bonita es fiesta todos los días. Pero ya ven que no he tenido suerte y hoy mismo camino de arriba abajo del brazo de una fea.

Postal urbana de Quito con yo en el fondo

Montañas irrumpiendo el cielo de la noche, calles locas que suben y bajan, campanarios, más campanarios, autos que patinan al doblar la esquina, jóvenes que se dirigen a las discotecas pateando latas de cerveza, parejas que se besan mientras los semáforos cambian. Música fugándose entre las piernas de una minifalda y los tacones obscenos de un muchacho que da los primeros pasos en su verdadero mundo. Niñas de fantasía perdiéndose sobre el rechinar de las motos.

Y allí voy yo, casi sin poder pararme, abrazado de una mujer que como bandera me agita por bares y hoteluchos.

¡Ah!, esas muchachas

Me gustan las muchachas del sur. Tienen las piernas bronceadas y fuertes de tanto subir y bajar las colinas de sus barrios. Feroces lobas para hacerlo en el auto o en el baño del bar. Tampoco es que se enamoren así porque sí. Aunque un día pasarán sobre el cadáver de quien se ponga al frente, con tal de ir tras el más ruin y truhan de los muchachos, por el puro amor que sienten por él.

¡Cómo me gustan esas muchachas!

LATITUD CERO°
(2005)

Al inicio creí que la poesía sería
posible gracias al contacto con el mundo
y en esas circunstancias me hallé frente a una mujer.
Cerré los ojos y la besé, como si hubiera sido la más bonita de la
fiesta. Pero aquella destrozó mis labios y me arrastró por un
tiempo entre sus piernas.
(*Libro del Mal Amor*)

Me abombas, Hipocleas,

con que tienes los mejores versos.

Tanto y en todos lados mencionas

lo mismo y lo mismo

que si pudieras escucharte

advertirías el ruido de una asquerosa mosca

cuando se intenta descansar.

***

Grande y afamado Nerio,

¿por qué cuando nos cruzamos

finges ni siquiera reconocerme

en pelea de perros?

Si al mencionar que estás a un paso

de alcanzar la cima

lo hice con la verdadera admiración

que guardo para ti y tu obra.

***

Al pasar por el bar

divisé al cagatintas de Torcuato.

Sentado frente a una muchacha,

metía sus repugnantes anteojos en un libro

mientras la muchacha fumaba con despreocupación.

¡Ah! Cómo te conozco, ¡viejo descarado!

Te preparabas para engatusarla con uno de mis poemas.

***

Quién no conoce que para que tu nombre,

vanidoso Troglio,

figure en la lista de los más vendidos,

envías a tus lacayos a comprar

el mayor número de ejemplares,

que luego regalas sin gracia.

Pues, cuando reseñaba para el periódico

recibía hasta cinco copias de un mismo libro tuyo.

***

Cuando el carcamal Tazio proclamó
que mientras los jóvenes escriben con el culo
los mayores lo hacen con la cabeza,
mencioné que era muy cierto
puesto que muchos viejos tienen el culo averiado.
Luego entraron en una discusión,
y todavía no hay acuerdo:
si para sentarse a escribir se necesita el culo o la cabeza.

***

El atolondrado Cayo Fondo sufre,

se enferma y sufre

si no advierte una línea del periódico sobre su libro.

Sufre, se enferma y sufre

si la línea que aparece advierte su atolondramiento.

***

Te confieso Lelio,

que, aunque para todos

seas el gran poeta ecuatorial,

para mí no eres más que un hombre con facha de tendero

que en los recitales quiebra la voz en trémolos atiplados

como putita de academia.

***

Nimio el Oscuro se acercó

música a mis oídos,

al menos eso debió creer

al ponderar mi libro con lluvia de superlativos.

Mas, sé muy bien que apenas le doy la espalda,

escupe sobre mi nombre y mi poesía.

***

Cuando el atolondrado escribano
envió a su amante para insultarlo,
el poeta, ni corto ni perezoso,
se bajó los pantalones
y mostró el tesoro escondido de Rumiñahui.
Desde entonces, todo el mundo
sabe quién es quién en el reino de Quito.

***

El alcohólico Marco Antonio,

ebrio de poder, maquinó un edicto en mi contra.

Pobre vejestorio,

calzoneado por una joven cortesana,

hace lo que esta pide.

PAVO MUERTO PARA EL AMOR
(2012)

Sobre la mesa y sobre la cama, delirio;
pero muerte rebatada
trae la golosina al cuerpo muy goloso.

(*Libro del Mal Amor*)

APERITIVO

En el amor, un roce, una palabra, desatan imágenes suculentas.

Tabla IX

En la epopeya de Gilgamesh, una de sus doce tablillas dice:
Nada sabe Enkidu de alimentarse con pan;
a beber cerveza no le habían enseñado.
La ramera abrió la boca y dijo a Enkidu...: (... Aquí se corta el [gran poema.
Sus líneas faltantes han provocado un sinnúmero de versiones.
La atribuida a un poeta ecuatoriano es la que más cautiva):
La ramera abrió la boca y dijo:
come el alimento,
porque es una condición de vivir, *consume la fuerte bebida*
y acuéstate conmigo como es costumbre aquí. *Enkidu comió cordero*
hasta quedar saciado, *de bebida fuerte apuró siete copas*.
Y su espíritu desátese contra la ramera que esperaba en su lecho.

ENTRADA

No se requieren diamantes para una cocina relumbrante.

Ginebra para el atardecer

La verdad, paso entretenido con ollas y sartenes. Me encanta palpar los alimentos de primera mano. Uso delantal y cuchillos bien afilados. Soy capaz de preparar la mejor pasta en diez minutos o quedarme seis horas moliendo tamales. Pues nada, absolutamente nada, se compara con ver a la mujer que amo saborear mi lomo de cordero con ginebra al atardecer.

TAPAS

Hay olores que evocan a la única mujer.

Cena o escena

Picó la rúcula y la endivia con desgano; echó sobre ellas migas de almendra y macadamia, vinagre de jerez y aguacate. Al tomar el lomo de ternera en sus manos, parecía que destajaba el corazón de su enemiga. Acomodó la mesa, sin brillo ni fragancia, y se sentó a esperar. Cuando él llegó, cenaron en silencio. El resto se publicó en el diario de la tarde.

SNACKS

Tanto en la cocina como en la cama la creatividad
debe ser tomada por los cuernos.
(Frase de un amante descubierto bajo la mesa).

En la cocina con Katia

Tenía pescado, limón, cebolla, ají, sal. Como si a un poeta le entregaran palabras: desgarbadas, insólitas, comunes, milenarias y relucientes. Combiné uno con uno y otro con otro, dejando con la boca abierta a Katia, que incrédula me metió en su cocina.

PLATO FUERTE

Todo entra por los agujeros del alma.

Del *Recetario del Nuevo Mundo*

La leyenda habla de una monja dominica con conocimiento enciclopédico; aunque lo único que se conoce de ella es su *Recetario del Nuevo Mundo*. Un compendio culinario de comidas profanas, que la monja preparaba para exacerbar a los prelados.

En su célebre «Receta para los matrimonios de infieles», mezclaba más de diecisiete esencias entre cacao, canela, ají, clavo de olor, pimienta, jora; y elaboraba una salsa con la que ponía a asar marranos a fuego lento. El animal, humeante de fragancia, era exhibido con un tomate rojo en el hocico. La comida se iniciaba con la Oración al Chancho: Bendito, bendito que moriste por nosotros, libéranos hasta clarear el día. Dicho esto, los monjes hundían el diente y se apuraban jarras de vino o chicha; para luego, uno por uno, cruzar el patio, subir escaleras, recorrer los pasillos e ingresar en las alcobas donde monjas locas esperaban por ellos.

Pavo muerto para el amor

Un pavo con media botella de vino adentro, no logra dos pasos en línea recta, va de aquí para allá como una canasta de plumas. No mira dónde pisa, sus pies se enredan y se resbalan, trastabillan, caen, no encuentran el camino de la cordura. Busca el mundo de las ensaladas, la frescura de las lechugas, los gemidos de la nuez o el contrasentido de una salsa que lo ame. Es un pavo erótico listo para tenderse sobre cualquier mesa amorosa.

Poema de amor de la dinastía Tang

El gran poeta Li Yin Xua, quien entregó todo su esplendor a la poesía china durante la dinastía Tang, solía caminar por el bosque de bambú. Cierto día, vio un pequeño pez de oro nadando en las aguas cristalinas del arroyo. El poeta, turbado, metió manos y pies en el riachuelo; al tercer intento lo atrapó. Lleno de júbilo regresó a casa y preparó un manjar para su esposa. El pescadito relucía en el plato que el poeta colocó frente a su mujer. Si el olfato no me traiciona, Li Yin Xua escribió:

Esta mañana nuestro amor brillaba en las aguas mansas del arroyo. Yo lo veía desde los juncos altos de la orilla. Y esta noche tú y yo cenaremos hasta confundirnos el uno en el otro.

El tigre de los años

El tigre no ha probado bocado hace días. Atrás quedó su luz por la noche de los bosques, el oro de sus líneas y la furia de sus garras convertida en rubí. Sabe que si no come morirá en la estepa calcinante. Ha puesto la mira en la joven gacela que pesca hojas frescas entre los arbustos de un costado. Su estómago cruje sin sacar los ojos de la comida. Calcula la distancia entre él y la víctima. Analiza el terreno y mira a la primorosa gacela sin inmutarse. El viento se queda quieto; y como un chispazo le llega el aviso de su oportunidad. Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se lanza como un relámpago en busca de la presa. Pero es un rayo sin luz, una flecha sin oro, que en la desbandada quiebra el rubí de sus garras, tropezando y rugiendo por comida.

Ají de palabras

El ají quema en lo más íntimo, es fuego a flor de labios, territorio en la punta de la lengua que escupe palabras negras y locas. Río rojo que va de boca en boca como llamas arrasando todo hasta que tocan la fuente del almíbar; y las palabras se convierten en trozos de carne que laten y suben al pensamiento, al corazón de la lengua, donde pica más que mil palabras extrayendo el gusto a los alimentos del sueño.

La tripulación del Beagle

En 1835 Darwin ancló el Beagle en las Islas Galápagos y lo primero que llamó su atención fueron las descomunales tortugas que los balleneros capturaban. De esta manera, el naturalista comprobó que el galápago asado era una delicia. Pero nunca imaginó que después de un festín de tortuga gigante, los marineros, alucinados y victoriosos, evocarían a sus amantes cantando o recitando los más bellos y variados poemas de amor de la lengua inglesa. Este comportamiento de la tripulación significó el inicio de su teoría del origen y evolución de las especies.

POSTRE

En la cocina, como en la vida, hay una de sal y otra de harina.

La virgen de la zarzamora

Se dice que el inca Atahualpa tenía un séquito de veinte vírgenes para atender su alimentación. Que en las mañanas colocaban frente al trono todo lo que el imperio producía, y a un señalamiento suyo, corrían a depositar en la boca del rey lo que este requería. Mas, en cierta ocasión, una de las doncellas, enterada de que al inca le gustaba la zarzamora, cuando él señaló la fruta, aquella se apresuró con un manojo de la misma, y mientras le daba de comer, dejó resbalar una zarzamora entre sus pechos y, haciéndose la que recuperaba la juguetona fruta, ofreció al inca su pezón.

Comida afrodisiaca

Algunas tardes éramos una jauría de niños y niñas cantando: *Con esta sí*, *con esta no*, *con esta señorita me caso yo*. Y nos hacían tomar de la mano. Yo niño y ella niña y nos casaban. Entonces, apartados del grupo, construíamos nuestra casa con chalinas, sábanas o lo que fuera. Mi esposa me mandaba al trabajo, y yo volvía a los tres minutos, muy cansado, pero ella ya tenía la cena: una hoja de papel con trescientos gramos de césped, cuatro pétalos de flor, una onza de tierra, palillos quebrados espolvoreados y una ramita de chilca. De postre: helado imaginario de chocolate. Yo agradecía a los dioses por permitirme tan rica comida. Inmediatamente nos acostábamos e intentábamos lo que toda pareja de recién casados hace después de una comida tan afrodisiaca.

AL SUR DEL ECUADOR
(2015)

PAISAJE DE CIUDAD

Sobresalen dos crestas, entre ellas una meseta
en la que descansa la ciudad a 2850 metros.
Es un horizonte encadenado por montañas.
Se tiene la ilusión de encontrarse suspendido
en la atmósfera contemplando las nevadas
cabezas del Cayambe, el Cotopaxi, el Antisana,
cerca están el Pichincha, los Illinizas, el Pasochoa,
el Rumiñahui, proyectándose uno tras otro hacia el cielo.
Mas la ciudad es invadida por nubes y en la niebla uno puede
toparse con firfises paseando perros furibundos que quieren
salir corriendo, pero se arremolinan unos con otros
produciéndose un ensortijado de correas; como los firfises
nada saben desenredar, terminan abandonando a sus
mascotas de cantos melancólicos. Esto aleja a las nubes,
vuelven a encenderse las grampelias mientras sopla un viento
oscuro, la aspereza circunda amurallada e inmutable, y
provoca a los irgiles y wines pavonearse por las anchas
avenidas proclamando a los cuatro vientos: ¡*Quien no ama las
nubes que no venga a Quito*! No todo queda allí, una blonda
nube cardelina se coloca como bufanda en el Cotopaxi y da
rubor ver a esos irgiles rechischar descaradamente
obstruyendo el tránsito. ¡Vaya ciudad! de pruntabones lisos y
callados escondiendo sus primorosas manos en nubes azules,
bajo un cielo contradictorio y hostil que arroja escarcha o se
astilla en aristas heladas de un paisaje con nubes acariciantes

de edificios, para luego colarse por las chimeneas del tren que atraviesa los Andes ecuatorianos como una krima traqueteando traqueteando mientras se aleja.

LAS ENCANTADAS

Son erupciones volcánicas aparecidas en el mar.
Superficies rugosas, calcáreas y negras, cicatrices del tiempo.
Al principio no existía vida, entonces llegaron las aves y
depositaron semillas incluidas en su excremento o en el fango
adherido a sus patas, otras pepitas resistentes al agua llegaron
por el mar desde el continente suramericano, troncos flotantes
que transportan iguanas, tortugas que emergieron del mar
y se convirtieron en gigantes terrestres, animales habituándose
al alimento hallado en las islas. La ley del más fuerte.
Fue la selección natural.
Galápagos está a mil kilómetros de mí, pero a los dos
nos atraviesa la línea equinoccial. He escuchado relatos
de bucaneros y filibusteros atracando en ellas,
mas no conozco Galápagos.
Sitio de naturalistas, alemanes locos, que se refugiaron
y pelearon contra la naturaleza y contra sus almas.

No conozco, pero imagino si Gauguin, en vez de Tahití,
llegaba a Galápagos: la vida reptil y el siseo retratados
con retorcida, doblada y petrificada lava negra
dando lugar a saurios antediluvianos y prisioneros
calcinados en medio de una rala y esquelética maleza
como si hubiesen sido quemados por un rayo.
Todo bajo un cielo bochornoso y encapotado en el que
despuntan conos volcánicos, entre los que se deslizan

tortugas gigantes resoplando, o iguanas cruzándose
torpemente como diablillos de las tinieblas.
Pinturas dignas de todos los diablos, pero no de Gauguin.
Darwin se sintió atrapado por estos retratos de las Galápagos
y se adentró en el misterio de los misterios.
No conozco Galápagos, he leído la prosa amenazante
de Melville con grandes cactos, lastre negro poblado
de monstruos y aves color tierra posando sobre su cabeza;
para él los marinos malvados eran convertidos en tortugas,
un archipiélago maldito salido después del final del mundo.

No conozco Galápagos y soy suelo calcinado, lengua partida
y escarceada por sol, la sal corroyendo huesos, roca áspera que
repta y atrapa los colores quietos del monótono horizonte
azul, descubrimiento, escondite, agua chocando contra la
creación divina, vida rota, detenida a ristre para adaptarse
a los tiempos. No conozco Galápagos, lenta tortuga contra
los rayos del cielo y las corrientes del mar. Soy roca áspera que
repta el suelo calcinado, corroído descubrimiento de los
colores quietos, creación divina chocando contra la vida,
horizonte azul monótono de huesos en las corrientes
adaptándose al sol, escondite detenido al cielo y a sus rayos
calcinados. No conozco Galápagos, soy vida del cielo y del
mar, creación del tiempo, colores ásperos, agua que corroe
a los tiempos, divina roca, lengua de hueso escarceada,
descubrimiento de las corrientes que reptan en horizonte,
suelo en ristre calcinado, a los dos nos atraviesa la línea
equinoccial.

NOCHES DE GRANADA

Estoy en Granada
el sol pica la piel y
tu recuerdo pica mi corazón.
¿No sé qué hago junto al Lago de Nicaragua?
Es un mar que topa los volcanes
y yo me hundo en las aguas negrísimas de tus ojos.
Voy de isleta en isleta
mirando cómo viven los nicaragüenses.
¿Qué hago en Nicaragua,
38 grados a la sombra,
si mi nostalgia por ti
alcanza los 40º en la noche?
Granada,
ciudad de casas azules y verdes y amarillas,
imagino que en aquel patio de paredes rojas
tú bailas y me esperas,
mas yo, recorro las calles
en busca de una lata de cerveza.
¿Qué hago aquí?
Gioconda Belli lee sus poemas
y Cardenal
y otros cientos de poetas
pero ningún poema dice
cuánto te extraño estas noches de febrero.

A ORILLAS DEL DANUBIO

El claro de luna de tus ojos,
tus ojos de brillo intenso mirando,
mirándome con pasión y olvido.
Sin la memoria de mis manos
recorriendo tu cuerpo y tus poemas.
Nadie, nunca, no volverá
la poesía a esos lugares.
Solo el brillo intenso en tus ojos
como un claro de luna
en la noche de mi memoria
deshojando tus poemas,
maniquíes de amor.
Sombras que danzan
en el claro oscuro de esta tarde
a la rivera del Danubio,
lejos, muy lejos de ti.

EN LA HABANA CON MIS AMIGOS CUBANOS/ QUIEN TOMA LA FOTO SOY YO

Están los amigos lindos; alrededor salitre y óxido,
grandes manchas de tiempo, el implacable,
corroe todo. Hay fisuras y grietas,
el desmoronamiento deja ver hierros podridos,
piedra, cemento, ladrillos destartalados;
el polvo y un vaho verde azufre corrompido se impregna.
E sonríe, es culpa de aquellos. M mira de frente,
le acompaña su impostura; cañerías rotas, maderas
acribilladas por comején; C sonríe, no hay otra cara
—dice—. R hace la mala seña; zinc, moho, derrumbe. Y
mi cámara solo atrapa la belleza relumbrante de los amigos.

ARRIB-A-BAJO

Mi novia tiró todo por la ventana.
Vi cómo fue a dar a la calle el cariño,
mi lealtad y nuestra última noche.
Mujer que cuando dice NO, ningún poder
en el mundo la hace retroceder.
Me he quedado a la intemperie.
¿Deberé ir hacia arriba o hacia abajo?
Tal vez, arriba solo es arriba y abajo, abajo.
Si arriba fuera
abajo y
abajo arriba
el mundo sería diferente.
Yo estoy
abajo. Arriba ella tan linda, tan fuerte,
tan decidida. Arriba ella, yo abajo.
Nunca volveremos a estar juntos.
Juntos no es arriba de mí ni yo debajo de ella.
Juntos: los dos arriba o los dos abajo.
Arriba y abajo. Norte-Sur, no diálogo.
Me he quedado en el Sur, no sé qué rumbo tomar.

LOS PÁJAROS

La luz del día languidece detrás de las montañas.
Estoy sentado en la hamaca que cuelga del porche
de mi casa. Son las seis de la tarde. Los pájaros
dan breves aleteos y se internan en las ramas del jardín.
¿Dónde pasaron el día?
Deben haber cruzado la ciudad, descansando en las antenas
de los edificios más altos.
Deben haber picoteado en alguna que otra plaza.
Ahora pían y aletean entre los árboles de mi casa. Se
cuentan sus cosas o llaman a sus compañeras,
mientras el día muere inexorable detrás de las montañas,
y yo, acomodándome, en la hamaca empiezo a trinar.

NOVIEMBRE, EN ALGÚN LUGAR

Tocan la puerta.
—¿Quién es? —pregunto.
—Soy yo —respondo.
Abro y me veo diferente.
—Tanto tiempo —digo—, me alegra
que sigas escribiendo.
—Ya no son poemas encendidos.
—No importa —dice—. Ahora tienes
la vida corriendo en tus poemas.
—Mi vida no es poética —contradigo.
Me brillan los ojos, el mismo brillo
de hace treinta años.
—Eres un muchacho hermoso —dice.
—Soy un viejo comemierda —dice—. Solo
tengo el relámpago de lo que fue mi vida.
Cámara lenta dejándome el goce de
la música.
—Hablas como un viejo —digo.
—Acaso no lo soy —digo.
Es mi homenaje a la luz de las mujeres
que no tuve y que hoy te acompañan.
—No —dice—, si nunca se fueron de tu lado.
—Eso —digo—, ahora hablo con el ángel
que me cuida y me protege a cambio del oro
de mi corazón que entrego sin restricciones.

50 años no son muchos —dice-digo—,
abrazando al joven visitante.

LAS DESAVENENCIAS DE MI MADRE CON DIOS

Mamá muy joven iba a la iglesia,
pedía a los santos que no lloviera
para que se secara su vestido de fiesta.
Por entonces mamá perdió muchos bailes.

También les pedía convertir las piedras en oro
o cosas simples como paz para el mundo.

Cuando papá huyó con otra,
fue la última vez que entró en la iglesia
y pidió con todas sus fuerzas que vuelva
o que le parta un rayo.
Papá no regresó y tampoco recibió su merecido.

Mamá nunca aconsejó ir a misa.
Yo voy, pero no pido nada a los santos,
solo converso con Dios, aunque no lo vea ni
me responda.

Esto para mamá es fantástico.

LA ENCENDIDA

Doblar el lomo. Ir contra el viento. Moverse de aquí para allá. Y desde allá llegar aquí. Cocinar-lavar-planchar será poco. Fregar pisos y el trasero de cinco mocosos. Meter las manos en la vida. Pisar fuerte la vida. Moverse incluso debajo del agua. Seguir, siempre seguir. Convertirse en ola, en vendaval. Sudar, sudar mucho. Vida áspera, vida que no es pero no claudicar. Conseguir el pan, sacudirse las pulgas. No ganarse la contemplación de nadie. Caminar al filo de todo. Caer y levantarse. Ir de frente descubriendo sabores ácidos y fragantes. Tomar un hombre, luego otro para desecharlos cuando quisiera. Estar sola, vivir sola con el bullicio de sus hijos. Darse la vuelta envuelta en las aguas del mismo río y nunca tropezar con la misma piedra dos veces. Esquivar las piedras del mundo sin trastrabillar por la precariedad. Conocer hambre y alegría, reñida con el circulante. Solo circular de sol a sol, máquina, irrumpiendo el cielo nítido y la tierra árida para conseguir la vida. Seguir, proseguir, perseguir, ningún desmayo, ningún arrepentimiento. Seguir, seguir descubriendo las mil y una formas de mantenerse a flote. Sobre el nivel del mar, jamás hundirse, subir con los hijos como una orangutana en defensa del tigre de la vida. Llegar a la cima del Cotopaxi y abandonar el pueblo para patear la ciudad, Quito, fría y sucia, pero suya, no la venció ni hoy ni nunca y le puso hijos para que brinquen y pataleen por sus entrañas, incendiando, rayando las montañas

hasta que se acostumbró o se acostumbraron al movimiento,
a la oscilación, un continuo en el tiempo.
Estar y no estar, pero siempre ser, ser combustión que
rebasa todo. Convertir el aire en poesía, dar de comer uno
por uno sin guardar nada hasta no tener dónde caerse muerta.
Mujer macho, mujer de cojones como tantas que nos han
enseñado a movernos, agitarnos, sacudirnos, reclamar, remover,
vibrar, hormiguear. Por todos los cielos: ¡indignarse!

MAROSA DI GIORGIO LEE EN UN BAR DE MEDELLÍN

Era una mariposa con sus poemas en un bar. Llevaba
vestido ancho de tafetán fucsia con tules negros y azules,
el sitio estaba oscuro, solo una lámpara echaba luz refulgente
sobre su libro. No leía, oficiaba misa llena de feligreses
que hacían mutis hipnotizados por su voz saltarina y grave.
Misales de corte erótico con pedrería de huertos y jardines
salían de su boca, palabras llenas de ramas, frondosas,
cargadas de espinas, bromelias, trepadoras, madreselvas,
enroscándose en las vigas del tumbado.
Por el piso se extendía kikuyo, subía por las patas
de las mesas y las de las muchachas que tenían
los ojos llenos de lágrimas a punto de reventar,
mientras la voz saltarina y grave celebraba
su canto número tres, un rizoma de palabras esdrújulas
enmarañadas en la maleza selvática de la noche.
Nadie decía nada, solo ella nombraba cosas oscuras,
retorcidas como alambres metiéndose por las orejas,
tocando las fibras del deseo y la cobardía.
El público se contenía, era como si algo malo
se estuviera anunciando, como si aquellos
que habían llegado a la misa, luego saldrían desesperados
a abrazar a sus seres muertos y olvidados.
Un olor a naftalina se esparcía en el medio,
daban ganas de arrodillarse, llorar sin compostura.
Pero llegó un perro, negro, turbio, que mostraba los dientes,

escurriéndose entre las mesas y los zapatos de la gente,
fue a subirse a la mesa, al lado de la lámpara.
Tenía los ojos desorbitados y vidriosos,
se agazapó como si fuese a saltar sobre alguien,
ella empezó a acariciarle mientras leía,
el perro negro y erizo se puso manso sobre la mesa.
Nadie se movió, solo escuchaban y miraban al perro
de lana espinosa acomodarse para dormir.
Un niño, un niñito de esos que todavía no entienden el mundo
o el mundo no les entiende a ellos, señaló con su dedo acusador
al perro, su madre, al percatarse, dobló el brazo del niño, que
nuevamente señaló hacia el perro, de nuevo su madre lo dobló;
el niño hizo un gesto rotundo y volvió a levantar su mano con el
dedo apuntando al perro; entonces, su madre le dio un golpe
y se produjo un sonido impreciso y sordo,
como un ahogado susurro de conversación,
en el mismo instante en que el perro se encabritó
y salió del recinto con el rabo encogido,
dando pequeños saltos como un conejo de fieltro percudido,
al niñito le brillaron los ojos y fue tras él,
dejando la sala con la voz sonando más fuerte,
para que le escucharan hasta los que estaban afuera del bar.
Mencionaba la historia de un pájaro de cuatro pies
que no podía volar, caminaba dando doble zancadas en una jaula;
tan pronto llegaba a un extremo, emprendía el retorno,
sus patas se habían convertido en pilares musculosos,
fuertes, anchas como las de un toro de lidia,
daba brincos y aleteaba sin poder elevarse. La voz,
cada que el pájaro de cuatro pies daba un *petit* salto,
se elevaba como si por fin volara.

Era un poema que lo tejía y destejía,
resultaba gracioso ver a los pies de la lectora,
en una canastilla el montón de páginas encrespada
resistiéndose a perder la forma de minutos antes.
El bar estaba lleno de niebla, cuando terminó ese poema,
al fondo se escuchó que alguien bufaba y aplaudía
con entusiasmo, pero pronto uno de sus vecinos le tapó la boca
como si hubiera sido un asalto, aquel volvió a sentarse derechito
al auditorio, allí se estuvo como una gallina.
Las palabras volvieron a ser un gran manto de organdí
asentándose sobre los rostros húmedos y lóbregos esperando
redimirse escuchando textos celebérrimos, como aquel de la monja
que mostraba su seno derecho a cuanto hombre deambulaba;
uno dijo no señora monja tengo el mío en casa y apresuró el paso;
otro chistó, es un seno color azul-celeste, no me atreveré a tocarlo,
estoy en veda, no sucumbiré y corrió por un laberinto hasta
desaparecer en los cuatro muros del deseo.
Luego la monja sacó su seno izquierdo, con los senos al aire
fue a parase en las puertas de la universidad,
cuando salieron los estudiantes de botánica,
pasaron sin decir una palabra,
frente a la monja que mostraba sus membrillos.
Más tarde salieron los de ciencias del derecho, que al ver
a la monja establecieron puro conjeturas sobre senos expuestos,
monjas locas bastardos que se aporrean mujeres.
Se entabló una discusión infinita, aprovechada por la monja
para desvanecerse en el acto.
El texto seguía con una vecina cariacontecida llena de humo;
el auditorio no respiraba, solo seguía la lectura y contemplaba
el perfil aguileño de la autora como una mariposa posada

en la rama del membrillo. Leyó que la vecina
fue hallada en un bosque de amaranto con la falda
subida hasta la cintura, las piernas abiertas como una muñeca,
con su calzoncito rosa tirado cerca de los árboles,
así recibió a cuanto transeúnte se atrevía a detenerse
y depositar su liquido rojísimo con el que se preñaría.
La vecina contaba: uno, diecisiete, veinte y tres... y en eso
apareció, en el recinto, ese niñito que salió atrás del perro,
ahora todos le vieron convertido en hombre,
había pasado tanto tiempo, su madre le reconoció de inmediato
e hizo un espacio a su lado,
el niñito-hombre grueso, tosco como tendero de pueblo,
levantó la mano, apuntó con el índice hacia su madre
y fue y se sentó a su lado, no hubo ni murmullos ni susurros,
tampoco el vaho de hipocresía se impregnó;
la lectura seguía su ruta rauda, la voz grave y saltarina,
cantaba como un salmo: que alguien vestido de novio
quería casarse con Nubia, la hija del carnicero,
que él vestido con traje blanco y camisa gris,
se había apostado en la esquina a esperar por ella
para abordarla y casarse, pero ella no salía porque
despostaba reses, metía el cuchillo en las carnes del vacuno,
salpicándose de sangre, como si un animal negro
se hubiera resistido a su muerte y hubiera relinchado
con la aorta abierta.
Nubia caminaba a la puerta de la carnicería,
con los cuchillos en las manos, una y otra vez;
miraba al novio en la esquina, musitaba frases inentendibles,
sus ojos se agrandaban, se ponían saltones viendo al novio
en la esquina con su traje blanco, camisa gris.

Ella lequeríanolequeríaquerianolequerianoooooolequerisiiilanolonq,
no sabía lo que pasaba por su corazón,
solo destripaba vacunos y colgaba la carne
en los ganchos como le enseñó su padre.
Tenía enredado su corazón con una gaza,
era como si su corazón estuviera nublado,
no lograba dilucidar si quería casarse o no quería casarse:
El novio en la esquina pateaba pedrezuelas para distraerse;
una de ellas fue a dar contra un coche rompiendo sus cristales,
el chofer bajó del auto, puso cara de criminal y corrió donde
el novio, quien ni tonto ni lento fue a refugiarse en la tercena;
Nubia le recibió definitivamente con los cuchillos en sus manos.
La lectura concluyó y un hilillo de líquido escarlata escapaba
por el piso mientras una mariposa negra y grande ascendía.

LOS MIRLOS

Pequeño avión de cartulina negra,
con pico naranja.

A su aterrizaje forzoso
precede la planeación elegante.

Saltan entre las ramas y brincan
en la tierra negra del jardín
o sobre el prado mustio.

Jamás se los ha visto en las plazas
o robando sobras de turistas.

Nunca adornos de jaula.

Hay quienes dicen que vistieron de luto
a la muerte del Inca.

Una vez tuve una cría en mis manos
mientras sus padres, abuelos, amigos
zumbaron sobre mi cabeza
graznando, graznando y graznando.

Un bullicio acusándome de todo.

Mas solo la puse a buen recaudo
antes de que mi perro acabara con ella.

Pájaros salvajes
a los que poco a poco
la ciudad
va reduciendo, sometiendo, alejando, apartando, retirando, separando,
[rechazando, ahuyentando, esfumando.

AMOrOMA

Juan entra en un bar y descubre a María,
vamos a Roma —le dice—. Antes
de que responda, saca de la manga
un frondoso ramo de rosas frescas. María
sonríe y amanece en su cama junto a Juan.
Cuando él sale del departamento
va pensando en que ella lo ama. Llega a su casa
y su casa no existe,
su mujer no existe, ni sus amigos ni sus padres.
Desesperado corre nuevamente al bar,
allí divisa a María, se acerca y le dice
—vamos amoR—. Ella extiende la mano y
le muestra un lado y el otro, la cierra;
sopla tres veces sobre la mano cerrada y
al abrirla alegres mariposas
revolotean ante los ojos de Juan
mientras María desaparece.
Juan queda con un ramo
de rosas marchitas en el pecho y mariposas
amarillas danzando sobre su cabeza.
Roma, el amoR, María, las rosas, el bar,
su cabeza marchita con alegres mariposas,
su novia no existe, María está en el bar,
su padre amanece, nadie llega a casa,

corre cama de la manga la casa pensando
ramo de rosas cierra al uno y otro lado
amigos tres veces sopla sopla.

ÍNDICE

LA NOVELA DE MI POESÍA (2022)

Mi madre de paseo	11
Mi primera maestra	13
Lavandería municipal	15
Mi madre y el tiempo	17
Mi segunda maestra	18
Cumpleaños	21
Dibujo de una rama	22
La escuelita Fiscal Mixta	23
Gallo de pelea	27
Primeras lecturas	28
Blue Demon contra el Fantasma	30
La Ye	31
A manera de Chuang-Tzu	32
Mi madre se peleaba por mí	33
La muerte de los pobres	35
De las pocas fotos de mamá	36
Cartas que escribía por mi madre	37
Carta	38
El camal municipal de Quito	39
Imagen de la muerte	42
Toreo de salón	43
¿Por qué me puso ese nombre?	44
Poema sin nombre	45
Colegio Nacional	46

La vida es corta 48
Ese es tu padre 49
Murió meses antes 50
La estación del ferrocarril 51
Guayaquil 54
Nueva York 55
Madrid 56
Bérgamo 57
La radical sabiduría de mi madre 58
Poema invisible 60
Los políticos 61
Otras lecturas 62
Los cinco cerditos 63
Mi madre en el campo y yo con ella 64
Oda 67
Oda 68
Oda 69
Quince años 70
El mundo fue y será 71
La música de mi madre 72
Canción 74
Memorial 75
Mamá se cabrea y tengo mi primera gran lección 76
¿Para qué sirve un escritor? 80
Los tiempos que nos hicieron lo que somos 81
Para qué sirve un crítico 83
Economía, poesía y vergüenza 84
Fútbol y cuarentena 87
Valor de uso y valor de cambio 88
Nunca dijo de esta agua no debes beber 89
Lo que mi hermano me dijo 90

¡OH! MUERTE DE PEQUEÑOS SENOS DE ORO (1987)

Al lector 93
El niño de laurel 94
Muchacho de corazón amarillo 96
Rabito 98
María 100
Barba Roja o el misterio del poema 103
Juvan Carzos 105
Invitación 107
Anteojos vegetales 109
Somos desagradablemente un poco de huesos metidos en una caja 110
El exdifunto 112
Mal 114
El esqueleto del tiempo 116

FANTASMA ENAMORADO (1991)

Un mañana 121
Ni siquiera la ciencia es una vaca sagrada 122
Caperucita Roja y el lobo feroz 124
Yo no soy de este baile 125
La cruz símbolo de la suma 127
Poema bíblico 129
90-60-90 130
Como gato panza arriba 132
Los adolescentes 133
Crónica de una familia de nivel medio en todo el territorio ecuatoriano 134

Escribiste un hermoso poema y lo perdí 135
Balada para mi verdugo 138

CELEBRIEDAD (1991)

Celebriedad 141

CABALLOS E IGUANAS (1993)

De cómo y por qué se llegó a destas tierras 155
De nuestro trabajuo 158
Arutam o el mito del poema tigre 161
Zorro Japapiunch 162
El zorro y el tigre 163
Los espíritus de la lluvia 166
Para llegar al gran espíritu 168
El shamán 169
La aventura 171
Dimos muchas gracias a Dios 173
Año de mil quinientos y treinta y cuatro 176
De cómo se posesionó de la dicha gran civdad de la Nueva España 179

TAMBOR SAGRADO (1995)

Imagen decapitada 187
Poema 189
Acepto mi muerte 191
Delicias de la noche 193
Los cansancios 196
Parábola de la muerte 197
La novia de Van Gogh 198
Peligroso como la muerte 200

Batalla de antiguos y nobles adversarios 202
Vuelo eterno 204
Catedral 205
En un lugar para los desafíos 206
Presagio 207
Historia 208

TENTACIÓN DEL OTRO (1995)

Un ángel 211
Unos versos 212
Un niño 213
Una montaña 215
Un gusano 217
Una suerte 219
Un paisaje 221
Un cuchillo 222
Una vida 224
Una fiesta 225
Un ladrón 228

PUERTAS ABIERTAS (2000)

Escucho la voz del pájaro... 235
Mi madre... 237
Piña derramada en... 238
Hoja que zigzaguea el viento... 239
Cabellos rutilantes que caen... 240
Mi mujer envuelve... 241
Ha venido mi amigo Favio... 242
Entre estas paredes viven un hombre y... 243

Un trozo de pan en la mesa relumbra... 244
Cuántos siglos transcurrieron... 246
Uno va a la cama... 247

MORDIENDO EL FRÍO (2004)

El tiempo más fresco del año 253
La chica más bonita del barrio 254
Qué pasó con nuestras novias 255
La corriente de la niña 256
Las profesoras 257
Realmente era insoportable 258
Mi incursión en el cine 259
La mujer que va a mi lado 260
Postal urbana de Quito con yo en el fondo 261
¡Ah!, esas muchachas 262

LATITUD CERO° (2005)

Me abombas, Hipocleas... 267
Grande y afamado Nerio... 268
Al pasar por el bar... 269
Quién no conoce que para que tu nombre... 270
Cuando el carcamal Tazio proclamó... 271
El atolondrado Cayo Fondo sufre... 272
Te confieso Lelio... 273
Nimio el Oscuro se acercó... 274
Cuando el atolondrado escribano... 275
El alcohólico Marco Antonio... 276

PAVO MUERTO PARA EL AMOR (2012)

Aperitivo. Tabla IX 281
Entrada. Ginebra al amanecer 282
Tapas. Cena o escena 283
Snacks. En la cocina con Katia 284
Plato fuerte. Del *Recetario del Nuevo Mundo* 285
Pavo muerto para el amor 286
Poema de amor de la dinastía Tang 287
El tigre de los años 288
Ají de palabras 289
La tripulación del Beagle 290
Postre. La virgen de la zarzamora 291
Comida afrodisiaca 292

AL SUR DEL ECUADOR (2015)

Paisaje de ciudad 295
Las encantadas 297
Noches de Granada 299
A orillas del Danubio 300
En La Habana con mis amigos cubanos/
quien toma la foto soy yo 301
Arrib-a-bajo 302
Los pájaros 303
Noviembre, en algún lugar 304
Las desavenencias de mi madre con Dios 306
La encendida 307
Marosa Di Giorgio lee en un bar de Medellín 309
Los mirlos 314
AMOrOMA 316

El tigre de los años
se imprimió en septiembre de 2026
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

El tigre de los años

Este libro reúne buena parte de la poesía publicada de Edwin Madrid, en una antología personal que, sin embargo, pasa de ser una simple recopilación. El poeta reconfigura su obra al someterla a un nuevo orden, dotándola así de un sentido distinto. *El tigre de los años* le ofrece al lector un vasto recorrido por la poesía audaz del autor ecuatoriano. El cuestionamiento de los límites entre la narrativa y la poesía, la capacidad de poetizar la realidad, el poema como escenario para reelaborar la memoria histórica y personal, son algunos de los elementos que configuran el universo de Madrid.

Edwin Madrid

Es una de las voces más destacadas de la poesía ecuatoriana contemporánea. Autor de una extensa obra que incluye, entre otros libros: *¡Oh! Muerte de pequeños senos de oro* (1987); Fantasma enamorado (1991); *Celebriedad* (1992); *Caballos e iguanas* (1993); *Tentación del otro* (1995); *Tambor sagrado y otros poemas* (1995); *Puertas abiertas* (2000); *Mordiendo el frío* (2004); *Latitud cero°* (2005); *La búsqueda incesante* (20h06); *Pavo muerto para el amor* (2012); *Al Sur del ecuador* (2014); *Todos los Madrid, el otro Madrid* (2016); *Trilogía 0°0'0"* (2021), y *La novela de mi poesía* (2022). En 2004 recibió el Premio Casa de América de Poesía Americana, y por su poemario *Al Sur del ecuador* le fue otorgado el Premio Único de Poesía del Ministerio de Cultura del Ecuador 2013. Parte de su obra ha sido traducida al árabe, inglés, portugués y francés. Ha sido escritor residente de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs (Saint-Nazaire, France; 2011) y de la Residencia 1863 (La Coruña, España; 2022). En la actualidad, dirige la editorial independiente Ediciones de la Línea Imaginaria.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

9 789800 126189

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA